



hay
un lobo
muerto
en mi orilla

Raquel
Zieleniec

Hay un lobo muerto en mi orilla.

**Raquel Zieleniec
2000**

*A Jaime
A Ethel
A Diego
... y por qué no? A Maite*

y a la memoria de los que ya no están

CAPÍTULO I . AQUEL DOMINGO

Hace muchos años, había una quinta ...

Lo supe ese mismo día. Y se cumplían dos largas horas ya, deslizándonos aún por la carretera, indagando su ubicación.

Íbamos faltos de datos: un apellido polaco que hacíamos resonar por aproximación, una quinta que podía ya no ser, un Stepan que tal vez estuviese muerto.

Dudábamos además, que la familia hubiese abandonado el lugar. O tal vez, la quimera fuera creer que aún permanecería allí.

La tarde se presentaba mágica. El otoño se derramaba sobre los campos arados, los frutales, la tierra fértil. Un guiño cálido desde lo alto seguía nuestras tribulaciones sin perder detalle.

Recorriendo Pajas Blancas yo me descubría turista en mi propia ciudad.

- Stepan compró esa quinta hace, ¡hace más de 50 años! La plantó toda toda con árboles frutales - había aseverado Don Jacobo esa misma mañana, regodeándose con orgullo ajeno- ¡Ooy, debe ser muuy rico!!

Stepan era uno de los cuatro compinches que partieron juntos desde Polonia y arribaron al puerto de Montevideo, allá por el 29. A partir de entonces, jugados ya sus exilios voluntarios, el único merecedor del recuerdo del viejo había sido Stepan.

Una vez tan sólo había visitado la quinta de su amigo.

Y sólo una vez, había llegado Stepan hasta el pueblo, el día que encontró a Don Jacobo vendiendo cotín en la tienda. Fue recibido con gozo y una invitación a pasar a las casa, a esperarlo allí, algunos minutos. Pero Stepan tuvo la deferencia de quedarse a medio camino, en el patio rodeado de magnolias. Había abierto sobre el brocal del pozo, el lechón que trajo consigo para el almuerzo. Él y su mujer daban cuenta de su manjar, de prisa. Sabían que en la casa de un judío el cerdo está prohibido.

Habían transcurrido treintaicinco años.

Y esta mañana, precisamente esta mañana, mi padre político despertó soltando con su vozarrón, el ansia imperiosa de volver a ver al amigo. El deseo se abría paso como un torrente retenido que desbordaba al fin, arrastrándonos en la correntada.

A medida que nos íbamos acercando, la impaciencia del viejo crecía. Creía ver la casa por doquier y en su precipitación, ésta lo sobresaltaba al aparecer y desvanecerse como una alucinación.

Encabezando aquella desusada excursión David y yo vacilábamos sin alternativa, entre instrucciones ambiguas y contradictorias con las que sucesivos vecinos nos venían guiando.

Don Jacobo parloteaba sin respiro, entretejiendo, con lo poco que sabía, todo lo que deseaba encontrar. Stepan había levantado aquel imperio con sus propias manos. Había obtenido los mejores frutales de la zona. Iba a vendernos cantidades desmesuradas de frutas a muuy bajo precio -hacía los cálculos en voz alta- porque le tenía a él, su amigo, en la más alta estima

Sobre la llegada, esa ilusión se había ahogado en un mutismo impotente.

- ¡Esa es! ¡Es esa!! - dije de pronto sin creerlo yo misma.

David viró abruptamente el auto. Las acacias arañaron las ventanillas y una rampa de piedra nos interceptó el paso.

Delante de nosotros, enmarcada por un bosquecillo profundo y oscuro, una breve tarima de cemento evocaba un escenario vacío. Hacia el ángulo derecho, una vivienda pequeña y humilde dejaba al desnudo el revoque, tiempo ha saltado.

Un gato barcino desperezó su siesta, interrumpida por un mundo pequeño que pobló de gritos el lugar. De la casa, los matorrales y los arbustos brotaron niños, perros y aves que saltaron y ladraron y graznaron. La gritería recrudeció de golpe y volvió a apagarse. Luego hubo un instante de silencio.

Al volver la vista al frente, la escena ya había comenzado. Un hombre y una mujer se habían materializado en aquel coliseo natural. O tal vez fuera una enorme foto, fija y sin movimiento. Las dos cabezas casi juntas apenas avanzadas, miraban hacia adelante. Tan rubios como los niños que se escondían tras las faldas de su madre.

Serenos e impasibles hasta el desconcierto, nos miraban. Con la impudicia de quien deja ver su propia curiosidad. Así quietos, formaban parte del paisaje.

Una boina encasquetaba la cabeza masculina. Debajo de ella, los ojos eran dos rayas horizontales diseñadas para no pestañear. Su rostro cuadrado resultaba tan hermético como un bosquejo sin terminar.

Atrapados en aquel mimetismo que no discriminaba actores de espectadores, todos quedamos paralizados por igual.

Entonces el hombre de la boina ensayó un movimiento. Se cruzó de brazos y dejó bien en claro que se disponía a esperar.

El tiempo empezó a desdibujarse para mí. En aquel espacio cada gesto parecía tener vida propia, despegaba de sí mismo y quedaba suspendido en el espacio.

En cámara lenta vi descender a David del auto, cerrar la puerta con fuerza, dar un paso adelante y detenerse. Despacio. Decidido a saborear el momento.

Devolvió aquella mirada con la misma parsimonia. Luego levantó la barbilla.

- ¡Yo soy Shefak! - le espetó al desconocido.

Miré entonces al hombre. Era su turno. Los ojos y la boca se apretaron aún más, reforzando la línea horizontal en su rostro. Sin apuro, cuando le pareció llegado su momento, sacudió la cabeza y respondió en el mismo tono: - ¡No! ¡Usted es Scheftzak!! -pronunció en polaco original, devolviéndole al nombre la música perdida.

En el asiento trasero, Don Jacobo arremetía la puerta con el bastón para bajar más ligero y Doña Pía en su turbación se precipitaba tras él, por la misma puerta.

Tan definidos rasgos en aquella faz denunciarían para Don Jacobo al hijo de su amigo y me permitían a mi vez, imaginar las facciones de su padre, ya muerto como nos anunciara el último vecino.

No intenté moverme. Aquellos personajes parecían reclamar un espectador, alguien cuyo testimonio diera fe de su existencia. Recuerdo confusamente cómo aquel grupo vibró, cómo se sucedían los abrazos, las sonrisas, las palmadas, fundiéndose unos con otros una y otra vez, no sé por cuánto tiempo.

Sé que de pronto la tierra cesó de girar. Los gestos, los murmullos quedaron suspendidos. Todo se detuvo por un instante. En aquel decorado peculiar un rayo de sol iluminó la aparición de un nuevo personaje. Una esplendorosa anciana de abundantes y blanquísimos cabellos se acercaba con paso inseguro, aguzando la vista ante aquellas inesperadas visitas.

- ¡Oooy, Yacob!!- su suspiro se quebró en cascada.

Y el grupo volvió a enlazarse riendo, girando, danzando en la conmoción de aquel inesperado, único y último reencuentro.

Absorta como estaba, no me di cuenta que la mujer rubia de pie junto a la ventanilla del coche aún cerrada, me estaba sonriendo. Su presencia perturbaba el hechizo y me forzaba a interrumpirlo. Al advertirla, me vi -ella como yo- en el mismo lugar, al borde justo de la historia. Mirando.

- Stepan Krawtzckiewicz!! -había dicho por enésima vez Don Jacobo- mientras yo repasaba la guía telefónica con desaliento, cambiando consonantes, reduciéndolas, imaginándolas. En casa la tarea se había vuelto misión y cada cual se embarcaba en ella como podía.

Los viejos habían accedido a abandonar por algunos días el pueblo, en busca de un diagnóstico más ajustado. Lo habíamos obtenido. Doña Pía se estaba muriendo. Esa circunstancia hacía precipitar una inagotable y pujante fuente de recuerdos, que imposibilitados de aparecer todos a la vez, se agolpaban atropellándose unos en pos de otros, reeditándose ansiosos. Empeñados ellos en no perecer.

A horcajadas en palabras y gestos, desbocados en tonos y exclamaciones, ese cúmulo de recuerdos se materializaba sorpresivamente para mí en imágenes tan nítidas como desconocidas. Desfilaban con vida propia ante mis ojos, que -sin poder evitarlo- las capturaban ávidamente una por una, escena tras escena.

Y vi aquellos cuatro hombres -sin certificados legales- huir de Polonia, corriendo y escondiéndose, burlando la guardia y saltando fronteras. Los oí tropezar y maldecir, luego reír, los vi caer rendidos de fatiga, dormir en cualquier lado y proseguir el viaje en busca de mejores designios.

Cuatro amigos hastiados de buscar un trabajo digno, postergando durante meses la decisión de su exilio hasta obtener el consentimiento familiar. Despedidas desgarradoras, alivianadas por la promesa de volver a reunirse bajo otro cielo, cuando la certeza iluminase su horizonte.

- Stepan Krazkievich!! -clamaba Don Jacobo y su tono imperativo velaba cualquier eco de nostalgia.

Aquel domingo en la quinta, las dos viejecitas octogenarias cuchicheaban sus secretillos de alcoba. De aquellos cuatro hombres lanzados juntos a su ventura, el que reeditaba sus desvelos era Czalpinsky, un granuja! Ese mujeriego que abandonó a su mujer y a sus hijos para no volver a reunirse con ellos, ése...

En complicidad nerviosa, las dos ancianas sofocan risitas y se vuelven adolescentes por un instante. Dignidad femenina que descansa en el orgullo por sus hombres, que las amaron lo suficiente para enviar por ellas y sus hijos -como si sólo fuesen hijos de ellas- uniendo la familia otra vez en estas tierras, otrora extrañas.

La seguridad de hoy remonta las incertidumbres de entonces, las ilusiones quebrantadas, los temores y los deseos. Pensamientos confesos o no, de legiones de hombres y mujeres, talados para siempre de sus raíces.

Solo una vez escuché a Doña Pía mencionar a su pequeña hija y recordar que aquella, su niña, murió de tristeza cuando su padre partió. En los dos años que intercambiaron misivas, ella no hizo mención del aciago acontecimiento. Él lo supo después. Fue cuando anunció que enviaría por fin los cinco pasajes que volverían a reunir la familia. Entonces su mujer mandó decir que con cuatro serían suficientes.

Abraham, Matías y Nahum llegaron con ella. Alejandro primero y David después, definirían con su nacimiento la confirmación del exilio.

La consigna de los cuatro hombres era iera América !

Sin embargo en secreto, Jacob albergaba la intención de quedarse ben Amberes, donde su hermano Salomón había iniciado el éxodo unos años antes. Pero sucedió que la víspera de la partida, todas sus pertenencias se habían esfumado. Ese incidente selló su destino y lo entregó en manos de sus compañeros.

¡Don Jacobo sonríe! Ellos mismos confiscaron su atado de ropa y su dinero para impedirle desertar de aquel grupo que partía a instancias suyas y bajo su liderazgo. Con un gracioso gesto de aquiescencia pretende convencerme de no haber tenido otra alternativa que continuar viaje a Sudamérica

Las imágenes que me acompañan mientras sigo con atención su relato, súbitamente se desvanecen. ¿Por qué instar a un grupo a partir ...y al mismo tiempo cavilar una traición! Las imágenes se han vuelto signos de interrogación y éstos, claves de sol. La línea monocorde del relato de Don Jacobo se transcribe en un pentagrama. Entre sus cuerdas paralelas escucho en lontananza un acorde forte, disonante. Parece una melodía de otros tiempos que gime secreta y celosamente camuflada en una clave diferente.

Y recuerdo entonces historias de desaparecidos.

En Amberes donde pretendió permanecer, los nazis aporrearon la gpuerta de Salomón, diez años más tarde. Su familia no volvió a saber de él.

Y como un rezo, reiterándose en una misma nota, canta en mi mente la frase que Jesús -luego de la traición de Judas- dirige a Dios:

- Por qué me has abandonado...

- Pajas Blancas -la información le parecía suficiente a Don Jacobo- vive en Pajas Blancas!
Mientras el viejo y yo nos sumergíamos entre fragmentos de nombres, historias y cálculos de los años transcurridos, David que parecía haberse hecho a un lado, sacudió la cabeza y tomó la decisión.
- ¡Vamos allá!
Todas las dudas y objeciones se atoraron, empalidecieron al sentirse desalojadas y terminaron empequeñecidas, arrumbadas en el rincón.
La primera pista la ofreció un añoso vecino. Si, vivía una familia polaca única en la zona ... quinteros claro, pero mucho más adelante! No, no sabía su nombre.
Fue durante aquella travesía por Pajas Blancas que se nos murió Stepan, sentenciado por su último vecino lindero, justo un kilómetro antes de llegar. Ante el brusco vuelco que lo insertaba en un presente tan impensado por él, Don Jacobo se revolvió airado en el asiento y ordenó casi a voz en cuello :
- ¡A ella no la quiero ver, no me importa! ¡No vamos a ningún lado, volvemos!!
El resto del camino su empecinamiento se hizo duelo. En silencio.

A los 49 años Matías falleció a causa de un repentino tumor cerebral, que se había puesto de manifiesto apenas un mes antes. Aquel día Alejandro, David y yo nos deslizamos juntos para anunciarle a los viejos lo que nadie quería saber. Un latigazo cortó el aire cuando entramos en aquella habitación. No fue necesario decir nada.

- ¡Oooy, Oooy! -Doña Pía cerró los ojos y el clamor brotó de sus entrañas. Se hamacaba hacia adelante en un movimiento de éxtasis. Sostenía en sus labios una extraña melodía que plañía larga y temblorosa. Un gemido sin lágrimas atravesó la sala. Ella no estaba allí. Tan sólo el dolor, convertido en plegaria.

El viejo por su parte enrojeció abruptamente. Descargó con furia un puñetazo sobre la pesada mesa de roble y se mordió los dientes.

La mujer rubia de rasgos nórdicos seguía a mi lado. Era de rigor devolverle la sonrisa, pero no hice preámbulos. Puse en palabras la congoja del viejo y quise saber cuánto hacía que Stepan

- Seis años. Se mató- me interrumpió sin ambages, soltando el secreto familiar que parecía quemarle. Y en su lenguaje crudo y escueto habló de miedos indecibles y rifles cargados. Un gallinero cómplice del pertinaz destino senil. Cuchillos ocultos, niños azorados...

Esa irresistible atracción que ejercía sobre mí un pasado que ... no me pertenecía? No, no me pertenecía. Eran fuerzas cósmicas las que me transferían a otro espacio donde flotaba como un puro espíritu, en otra dimensión del tiempo. Ya no me sorprendía, entonces, que la mujer rubia estuviese esperando por mí durante esos seis años. Ella me entregaría el secreto y yo tomaría el relevo.

Tal vez por temor a mi definitivo desvanecimiento, algún resto mío intentaba el rescate y manteniendo con esfuerzo el estado de vigilia, no cesaba de interrogarme. ¿Qué hacía yo en aquella casa de Polonia en un tiempo en que aún no había nacido, sentada en un banco largo entre rudos campesinos, tomando vino ante una gran mesa forrada de hule, sin saber bien qué reminiscencias infantiles ...

Aquella viejecita chupaba lengua y labios sin cesar, con gesto obsceno. Creí verla sonreír. Tal vez volvía a paladear aquel grueso pan de centeno que solía hornearse en la desaparecida Gobernatura de Kraznoshiltz.

La fuerza que emanaba de ese apretado grupo me hacía ver una calle ancha, bordeada de humildes casitas de madera. Un camino de tierra hilvanaba las casas y unía aquellas familias. A través de las ventanas yo atisbaba su trajinar cotidiano. El camino se perdía en el atardecer y desde el río veía regresar al pequeño Abraham correteando junto al niño rubio de boina y ojos como rayas. Las mujeres secaban las manos en delantales enharinados, mientras los hombres, con lentitud, subían la cuesta al ritmo de sus pesadas botas y el crepúsculo marcaba el final de otra jornada.

Nadie volvió a mencionar aquel domingo. Parece no haber existido nunca. Las imágenes se fueron replegando conmigo y hoy las atesoro sin saber qué hacer con ellas.

Yo que nunca recuerdo mis sueños, me he preguntado muchas veces si ése pudo haber sido uno de ellos.

Si no fuera así, si aquella granja realmente existió, ella habita en mis pensamientos de todos modos, como un mero sueño.

CAPÍTULO II . EL HOMBRE QUE PERDIÓ EL JUICIO

- ¿Feigl? ... Feigl, Doña Pía!

El bramido de macho nos alcanza -a Doña Pía y a mí- ya instaladas en el auto. Lo vemos bajar pesadamente los irregulares escalones de piedra que acompañan el declive del jardín. En su flanco izquierdo, un David atento. En su mano derecha sostiene un bastón de caña con el que tantea inseguro, el camino anguloso

- ¡Feigl!

Ella no responde. Hace ya tiempo que no hace eco de las urgencias de Don Jacobo. Pero aún sabiéndolo me gusta convocar el tono gruñón de sus comentarios.

- Yo oigo, yo lo oigo. ¡El sordo es él! No voy a contestarle. No tengo fuerzas para gritar.

Nuestras miradas siguen en silencio sus pasos torpes, sus zapatos ensanchados y sus pantalones manchados, demasiado grandes, tiesos ya con el correr de los años. Ella no parece percibir nada de eso. Ni siquiera sonríe al ver aquellos enormes pantalones, colgar de raídos tiradores, apretados por demás con un cinturón, tan inútil como la idea de una tintorería.

¿Qué mira entonces, qué piensa doña Pía?

Como si hubiera escuchado mi pregunta, exhala un suspiro y la siento murmurar detrás de mí:

- Mm...mi héroe!

La exclamación ha huído de sus labios y ella misma se sobresalta.

El eco llega a mis oídos y algo empieza a sucederme. Un atropello de escenas comienza a desfilas ante mis ojos, capturando mi mirada. Giran en un caleidoscopio y se enfrentan con palabras que él ha ido dejando caer a lo largo de los años. Expresiones que yo creí olvidadas en mí, sacuden su sueño y despiertan. Rasguñan con el pie y a ritmo vertiginoso galopan en busca de sus correspondientes imágenes. Todo se agolpa en mi cabeza y como puedo voy tratando de ordenar su salida.

Veo unas botas negras de porte elegante, altas y lustrosas que sobre diminutos esquíes se deslizan a toda velocidad sobre un río congelado. El robusto muchachote va sorteando con destreza las partes más delgadas del hielo y cruza la cuchilla hasta perderse en un horizonte de plata.

El shabat ha terminado. Yacob vigila ansioso la aparición de la primera estrella. Cuando la señal brilla, él suelta un resoplido de alivio. Ha obedecido los mandatos del padre, ha acatado la ley de Dios, *el séptimo día descansarás* concluye al fin y sin más dilación se apresura a mudar su atuendo festivo por ropas menos ceremoniosas. En pocos minutos cubrirá los cinco kilómetros que lo separan del pueblo.

Alborotados sus cabellos rubios, con la boina morada en la mano, la sonrisa se dibuja infame en su rostro al empujar la puerta de la taberna.

Extraña cita a la que acude cada sábado. Ella posee el escozor de un mandato que roba su sosiego, del cual no puede -tampoco quiere- sustraerse. Aún hoy lo conserva en su vesícula gimiente. Yacob va hacia ellos. Ellos, que se han vuelto poros de su propia piel, se instalan en su entraña como ese sempiterno enemigo de sí mismo que nunca más podrá exorcizar. Les ha puesto un nombre asaz lejano de sí. Son los *goim*¹ de su pueblo.

El azul tiene esa chispa divina con la cual el iris inventa una ingenuidad. El azul de sus ojos es el arma con la cual va a hacer frente a tres o cuatro jóvenes antisemitas que acodados en el bar de la fonda, aguardan ansiosos a su vez, su llegada.

- Si, m´hija -alardea mientras se da un respiro para crear con maestría el preámbulo que juzga necesario- *el paisano* siempre llegaba puntual a su cita !

Nombrarse a sí mismo desde los otros, rompe el encanto. Acaba de malograr la inocencia de una mirada azul.

En la taberna, el paisano es recibido con abrazos y gestos exacerbados. El grupo, regocijado con su presencia, palmea al recién llegado con fuerza. Lo desafía a costear cerveza para todos. Entre risas expectantes y burlas solapadas, el paisano invita y paga. Paga y ríe. Brinda con ellos y golpea espaldas a su vez, a empujones, con un sordo forcejeo. Deja que su pie vacile a la par de los goim, mientras levanta la jarra y la hace chocar y rebotar contra las otras, una y otra vez. Y otra...

Y no cede hasta verlos tropezar con las sillas, balbucear incoherencias, golpearse contra las paredes y trastabillar por fin en la difícil tarea de encontrar la salida. Es entonces que siente llegado su turno. Se yergue por fin totalmente sobrio como si recién hubiese llegado. La mirada congelada y dura de el paisano es un azote que cae sobre ellos como la ira de dios. Su boca se estira en una mueca, absorbe el aire hasta tocar el hipo, estalla en espasmos de risa. ¡Y ríe...!

Sus carcajadas resuenan por los rincones que van quedando vacíos, cabalgan por encima de las mesas y se precipitan en cascada hasta saltársele las lágrimas.

Cuando mi mirada vuelve en sí, la descubro coagulada sobre los estropeados zapatos de Don Jacobo. Los veo aún titubeando por el jardín. De pronto se transmutan y vuelvo a ver botas. Botas de campo, oliendo a bosta y barro.

¹ No judíos

Ahora montan de un salto sobre un viejo carromato. La jornada apenas despunta. El sol convocado como testigo, aún bosteza viendo al mozalbete salir del valle. El camino se promete serpenteante y lento. Jacob toma las riendas, carcomido por la impaciencia. De pie en el pescante, apura inútilmente los dos jamelgos que lo arrastran.

Tiene que ser el primero en llegar.

Va a negociar con carne que él no puede comer. Por eso no fraterniza su almuerzo con los aldeanos. Solitario en algún recodo, cuando el hambre acribille su estómago, se detendrá para devorar con fruición adolescente el frugal almuerzo. Pan, leche y papas hervidas. Para no transgredir la *kashrut*². Ha partido de la Cuchilla de Dronzev, su morada. Desde esa altura, se domina todo el valle. Diminuto allá abajo, se delimita un complicado cruce de seis caminos.

Tal vez porque él nunca describe la belleza serena que deja conjeturar, yo instalo mi escondrijo detrás de unos arbustos. Y a mis anchas logro contemplar la sinuosa sinfonía en verdes.

Un perezoso tránsito de minúsculos carros, jinetes y caminantes, se desplaza sin orden alguno en todas direcciones, con ritmo de principios de siglo. Adivino sus saludos al cruzarse. Admiro el tiempo que le obsequian a sus vecinos, deteniéndose para saber de un hijo enfermo, del precio del cereal, de la pasada tormenta. Para ofrecer el carretón a quienes van de a pie.

A veces no entiendo hacia dónde se dirigen esas reducidas criaturas, ni para qué unos desandan el camino que otros acaban de recorrer.

También los hay que enfilan la cuesta rumbo a mi escondrijo. Llegan fatigados y hambrientos al almacén que está a mis espaldas. A medida que se van acercando, veo sus pantalones anchos colgando de los tiradores, apesados por un cinturón inútil. Pasan a mi lado, pero no me ven.

Giro para seguir sus pasos. El emplazamiento oficia de almacén y refugio para los viajeros. Entro con ellos a un recinto no muy grande, donde ralean unas pocas mesas, algunos bancos de madera sin lustrar ... y algunos parroquianos.

A Dios gracias, todo está abarrotado de mercadería. La madre de Jacob es tal cual él la ha descripto: grande, gorda, linda. Atiende a los consumidores con amable diligencia. Provee granos, ofrece leche, arrima las conservas, se multiplica a sí misma cuantas veces la requieran. No por ello cesa de hornear diariamente el grueso pan de centeno, ni de almacenar con ritmo infatigable salsas de tomate, pepinos, carne, trigo, porotos, cereales...

La abertura de la cocina queda a la vista. El humo que invade la sala en volutas, derrama sus múltiples aromas. Aún mezclados huelen bien, no les falta cierta consonancia.

Demoro unos minutos hasta familiarizarme con tal despliegue de actividad. Diviso luego en el fondo una pequeña puerta. Esa ha de ser la trastienda, donde Binam, su padre, encuentra refugio. Como nadie me ve, hacia allá me deslizo.

Un hombre pálido y descarnado -¿vestido de luto?- se inclina en exceso sobre una mesa situada en mitad de la habitación. Tal vez la luz que entra por el ventanuco no sea suficiente. Ha logrado crear en esa pequeña sala un silencioso santuario despojado de mobiliario, con sus paredes vacías.

Lee. Tiene abierto un enorme libraco. Allí transcurre su existencia, hecha a medida del goce de Dios. Ha tomado de Él, en usufructo, las Sagradas Escrituras y a Ellas dedica las horas de su vigilia.

No está en su ánimo intervenir en la tarea del almacén.

Tampoco su mujer intenta interponerse entre el hombre y el libro. Las mujeres tienen el estudio vedado. No son aptas para comprender.

- ¡Gracias Señor, por no haberme hecho mujer! - reza todo varón en su primera oración, cada mañana.

² Precepto respecto del tipo de alimentos a ingerir y en qué condiciones: sin mezclar lácteos con carne.

- No se trata de privilegios -interpreta el viejo- Es el lugar al que cada uno está destinado, por designios divinos. Es el orden natural de las cosas.

¿Cuál es el lugar que Dios padre le asigna a la mujer?- le pregunto tratando de desfigurar mi provocación.

Y él me explica, aunque yo no lo entienda. Lo aprendió cuando retornaba cansado, joven y famélico, pretendiendo incursionar en la cocina para saborear un adelanto.

- No, m'hijo, hombres en la cocina no, -aleccionaba su madre- la cocina es cosa de mujeres. Los hombres traen dinero, las mujeres cocinan.

La anécdota enorgullecía a Don Jacobo. La utilizaba en cada ocasión en que su desamparo culinario lo colocaba ante la perspectiva de no saber prepararse tan siquiera una mísera infusión.

Mientras tanto en la trastienda, la figura paterna solitaria, enfundada en su sacro traje negro, encomendaba a Dios su nostalgia. Si ser ilustrado y varón es el lugar más próximo al Señor, su corolario ha de ser por fuerza, el rabinato. He ahí la mayor aspiración de su vida, malograda. Su Dios sabrá por qué. Tal vez de ese fracaso surge su misión en la tierra, que cae inexorable sobre su primogénito. Por simple orden natural de la secuencia generacional.

Porque Yacob es quien está señalado por Él para ser rabino, es que Binam censura sus frías madrugadas. Por eso para Binam, faltar a la ceremonia de los *tfilim*³ con el propósito de aventajar a otros en banalidades materiales, profana a Dios e insulta su propia persona.

Yacob no comprende por qué sus monedas rebotan en el equívoco. Sigue empeñado en exhibir y hasta restregar un patrimonio que nunca será suficiente para comprar el reconocimiento de aquel padre.

Ha pasado el cometa Halley por nuestro universo. Todas las fútiles instrucciones que recibí para ser testigo de tal acontecimiento sólo lograron desalentarme. No pude diferenciar el cometa de cualquier otro astro brumoso del firmamento estrellado. Los diarios relataban el espectáculo único que el mismo hoy esquivo cometa había presentado ante la población mundial de 1910, iluminando el cielo de aquel modo aparatoso.

De pronto recordé que tenía muy cerca de mí al testigo privilegiado de un hecho que no volvería a repetirse. Podría Yacob, con sus 13 años y su judía curiosidad infantil, olvidar aquel suceso? Me acerco con entusiasmo reclamando de Don Jacobo, su ilustración.

- ¡No, m'hija, no! Mi pueblito era muy pequeño... ¡por allí no pasaban esas cosas!

³ Tfilim= Filacterias. Trozos de pergamino con pasajes de la Biblia. Sus extremos se hayan enrollados. Suele atarse en la frente o en el brazo. Rito religioso, matutino. Oración realizada con ese instrumento por varones mayores de 13 años.

Hoy Don Jacobo también tiene su primogénito. Abraham suele rondar la plaza del pueblo, acechando -entre otros- el paso de Alejandro o de David. Aparece de improviso detrás de los arbustos y los sorprende con un salto de fauno deserotizado, clamando auxilio. Digamos, pidiendo dinero.

Siempre es cuestión de vida o muerte. Farfulla sonidos guturales, nasales, indescifrables, sin lograr explicitar qué le sucede, qué necesita en verdad. Tampoco importa mucho. Nunca se hará cargo de la deuda que contrae.

Cada vez que lo veo, no puedo evitar que mi memoria insolente y fatal, irrumpa y me ofrezca su imagen oculta detrás del árbol. Y aunque sea como él, apenas sensitivo, no por ello parece dichoso.

Aún con esa superficie rugosa a la vista, la única vez que el azar nos dejó solos, él se ingenió para desplegar ante mi, otro Abraham. El que nunca pudo ser.

Doña Pía dormitaba apacible, internada en esa ocasión en el sanatorio del pueblo. Él y yo coincidimos unos minutos de nuestras vidas, a su lado. Esa tarde, a un lado y otro de la cama, su ser sin rumbo cierto dio su testimonio. Esa vez no mascullaba sonidos ininteligibles. Su verbo surgía claro y bien timbrado.

Había terminado el ciclo escolar. Ese mediodía, al volver de su último día de escuela, depositó con firmeza su libreta de calificaciones sobre la mesa. Observando de soslayo la reacción de todos, mostró luego su pase para el liceo. Por fin, con entusiasmo, hizo pública su voluntad de continuar el segundo ciclo de enseñanza, luego del verano.

La falta de respuesta de un padre no es necesariamente una negativa.

El siguiente período se reinicia. Sin que nadie se lo recuerde, él se dirige hacia su nuevo lugar, en el aula liceal. En seguida regresa, con sus abatidos doce años, sin haber podido entrar. Debió anotarse previamente.

Es Doña Pía esta vez la que toma la palabra. Palabra de madre que consuela a su hijo, evitando coartar sus esperanzas:

- ¡Te vas a anotar el año que viene!!

Ese torpe y enorme niño que hoy juega sin entusiasmo al empresario, parece seguir esperando. Aún no sabe a dónde puede ir. Aún desconoce el complejo procedimiento de una inscripción.

Tal vez el próximo año...

En la trastienda, Binam-el-sabio balbucea apostolados judíos. Dios provee el pan. Para merecer esa bendición, el hombre ha de dividir mitad para el día, mitad para la noche. Y rezar su agradecimiento a Dios.

Yacob con su apetito pertinaz, nunca comprendería una verdad tan ajena a su naturaleza. Además del pan, a él también le apetecía comerse un pollo -solía devorarlo entero, él solo- amén de un buen galón de cerveza para facilitar su descenso por el garguero. Por otra parte era él mismo quien lo proveía. Se lo ganaba a fuerza de orgullo, madrugada y coraje. Y su mayor secreto era llegar antes que los otros.

Al cabo de innumerables jornadas, el docto Binam cerrará con ampuloso gesto los grandes textos sagrados y exhalará -como un estribillo- un suspiro quejumbroso.

- ¡Ooy, este muchacho nunca llegará a ser un buen judío!

- ¿Es él por ventura un mal judío - solía increparme Don Jacobo liberando de un tirón un alegato que yo no sabía a quién iba dirigido- es acaso un ladrón sin principios como los goim, alguien podría reprocharle haber traído un maestro para enseñar judaísmo a sus hijos y a los hijos de los judíos que vivían en el pueblo? ¿iQuién había promovido la construcción para que las 45 familias judías tuvieran un *shil*⁴!? Y entonces, no había él colaborado además con su dinero? Y entonces, tiene algo de malo su dinero?

El recital fue ganando su propia música a través de los años. El laúd del medioevo se ajustaba a la letra plañidera. En sus breves respiros, yo agregaba acordes, silencios y hasta algunos suspiros.

Nadie puede hacerlo responsable de que la comunidad judía haya vendido luego -como los mercaderes del templo- la pequeña edificación. Ni tampoco que una tímida parrillada luzca hoy azorada, una estrella de David en su fachada!

¿Es él un mal judío ... no era a él a quien llamaban para dirigir las oraciones, para cantar los pasajes de la Torá ... no tenía acaso una buena voz? No hallaba las respuestas. Lo he visto apelar una y otra vez. Lo he visto hundirse en un juicio kafkiano, clamando desde su desgarró oculto un reconocimiento.

¿De qué, de quién? Nunca lo supo.

¿Son tal vez, sus conocimientos bíblicos de *ishive bujer*⁵ los que están bajo sospecha?

¿Se podía acaso mantener la kashrut ortodoxa judía en el alejado poblado de un país laico?

Feigl pretendió hacerlo. Apenas desembarcó en la nueva tierra, quiso sostener el viejo precepto. Seis meses de debilitamiento físico hicieron sucumbir el intento. Ella supo que ése fue el precio del desarraigo.

El alegato de la defensa está perdido de antemano. Sus palabras, ángeles que pueblan el espacio de la corte cual figuras de Chagall, flotan sin vida.

¿Qué ha de hacer un buen judío para ser reconocido como tal? ¡Qué es lo que no ha realizado!?

Él mismo es el fiscal y no lo sabe. También es el juez. Y ya ha dictaminado su veredicto.

Ha perdido el juicio. Ahora es tan solo el reo cumpliendo su sentencia.

Tántalo polaco, condenado a reivindicar indefinidamente su buena fe ... mosaica?

Sentada entre el público, no logro encajar las piezas: una pingüe acusación, su exigua defensa y el fallo. Es una operación matemática que no cierra. Los mosaicos de sus renunciaciones no pueden sumarse en el capítulo de vida en que hizo la América. Parece haber algo más que no ha sido presentado ni declarado, que evoca otras tierras, otros cálculos. Tal vez el juicio pertenezca a otra jurisdicción y ya nunca sabré qué lo acosa ... No habrá nadie para testimoniar de lo que aún parece estar en causa, para él. No habrá quién -quién no, tal vez podría haber qué- alguna cosa, un trozo de papel podría bastar... Veo botas?

⁴ Sinagoga

⁵ Estudiante de la *Ieshivá*: institución que impartía conocimientos bíblicos y talmúdicos a nivel universitario.

¿Me obsesionan las botas? Ahora estoy viendo botas de soldado. Marchan unas tras otras en tropel, marcando el paso. Casi escucho el redoblar de los tambores y el grito del sargento.

Me sobresalta una sombra que se desliza a mi lado e interrumpe mis cavilaciones. Doy un respingo. Me descubro sentada en un auto. Esperando.

¿Cuánta vida puede transcurrir a lo largo de unos pocos escalones!

David abre la puerta y detrás de mí un deslustrado bastón se hace pivote para aquellos zapatos ajados y ensanchados que quedan deglutidos tras el portazo.

- Nos vamos. ¡A Pajas Blancas !

- Mm... mi héroe! - había susurrado la vieja.

Y yo no necesitaba apostar ya nada por sus pensamientos

CAPÍTULO III . NADA A LA VISTA

La radiografía tirada como al descuido sobre la mesa, deja una mancha negra y opaca en la luminosa asepsia del consultorio. El oncólogo le ha puesto nombre y se ha recostado en su sillón. Ahí permanece, en silencio.

Mi capacidad interrogativa se ha desvanecido. Las ocho décadas de Doña Pia gravitan a mi lado. Es la pesadilla de un bebé aberrante, abandonado en el dintel de mi puerta. Ella no parece interesarse en el resultado de su propio diagnóstico. El mal ha permanecido agazapado en su cuerpo durante tres lustros.

Pensé en David. Mal momento para él - como si hubiera alguno bueno.

Recién casados, la dictadura que se vislumbraba como un huracán en el horizonte, nos tomó de rehenes. Pero fue el azar -no ella- que nos llevó a residir al pueblo. Este año con el totalitarismo herido de muerte -aunque bastante maltrecha- volvía la democracia. El mismo azar nos traslada, ahora con nuestros dos pequeños, a Montevideo.

Mal momento para David. Ampliar sus horizontes era renunciar al prestigioso letargo pueblerino para volverse un anónimo ciudadano. Se suma ahora un más alto precio de despedidas sin retorno.

Para mí, volver a Montevideo era volver a casa, alegría que compartía con los que comenzaban a regresar del exilio. Acabábamos de mudarnos.

En pos de esa radiografía, arrancamos a los viejos del pueblo por unos días.

Para darle un toque de gracia a su desacomodo, deambulábamos con ellos por las proximidades de nuestra nueva casa, disfrutando el entorno que habíamos elegido para vivir. Nuestro barrio es un refugio de ruidos, de palomares edificadas hasta el ahogo, de hacinamientos que acosan la ciudad, sitiándola cada vez más. Nos perdíamos entre las casas que parecían compartir su belleza con jardines exuberantes y

árboles añosos. Los colores resplandecían entre los matices oscuros de la vegetación. En rincones perfumados, las flores brillando se abrían al sol.

Pensé que Doña Pía -callada en el asiento de atrás- había quedado deslumbrada en aquella paz poblada de trinos. En busca del acorde común, dejo caer sin advertirlo a tiempo, una pregunta que se equivoca apenas emitida.

- ¿Le gusta el barrio, Doña Pía?

Claro, no le gustaba. Su respuesta me recordó las callejuelas angostas del pueblo y sus tardecitas. El placer de ir arrastrando sillas a la vereda para intercambiar con el mate, los acontecimientos urbanos. Para poner al día las últimas habladurías de los vecinos.

Su exclamación y mi propio error empero, confluyeron en mi risotada.

- ¡Psch! ¡Se vienen a vivir al campo!?

Terminaba el exilio. Dejábamos de estar bajo sospecha. Era el fin de nuestra libertad condicional. Todo parecía volver a la vida. Pero entonces sin respeto por la vida, la vida inició sus apremios médicos.

Se había vuelto necesario indagar lo que en ese momento yo sola, sólo yo estaba sabiendo.

Lo que emergió por fin en mi voz, parecía muy alejado de una placa radiográfica.

- ¿Cómo llega Ud. doctor, a elegir una especialidad tan condenada al fracaso?

Yo estaba despreciando con rabia, su impotencia. Y la mía. Él comprendió.

- Depende de cómo se mire -me respondió con calidez, sin vacilar.

Había encontrado su respuesta hacía tiempo y su sencilla verdad, muy bienvenida para la ocasión, apaciguaba mi agobio. Habló de la calidad de vida y sugirió no intentar curar la enfermedad.

- Deje que continúe viviendo como ella quiera -fue lo último que retuve-.

Créame, se va a morir de cualquier otra cosa. Antes.

Comprendí que no había nada qué hacer y no había que hacer nada. Tampoco había mucha diferencia entre la vieja y cualquiera de nosotros. Y en su favor, nadie sabía siquiera si llegaría a cumplir los ochenta.

No había pensado en el viejo aún. Cuando lo supo no hubo furia ni arrebatos esta vez. Restregaba las manos con desconcierto caminando de un lado a otro de la habitación y repetía para si mismo:

- ¿Qué voy a hacer, qué voy a hacer?

Para un veterano de guerra que pisaba los 90 años, hacer nada podía volverse intolerable.

Arrastrada a una guerra nacionalista contra la tutela rusa en los albores de la primera guerra mundial, Polonia llamaba a sus hijos a defender la patria. A los bienamados y a los otros. Yacob, como tantos, intentaba hacer algo para escabullirse del servicio obligatorio. En pos de un certificado de NO APTO para el ejército, dispuesto a sacrificar uno de sus ojos -nunca recordó cual- intentó estropearlo con orines a través de métodos que he declinado saber.

Aquel acto suyo -entre temerario e ingenuo- dejó su huella. Aunque no fue eximido del servicio militar ni su vista sufrió perjuicio alguno, la incertidumbre durmió a su lado durante años sin que él mismo osara reconocerlo.

Ya octogenario, sus gastados ojos reclamaron para sus cataratas una intervención quirúrgica que él atravesó con tal inusitado entusiasmo que logró hacerme fruncir el ceño. Me gusta tironearle la lengua tanto como a él responder. ¡Eureka! estaba contento. Había detectado por fin las consecuencias de su acto irreflexivo de entonces. Y se convencía de estar reparando el daño que lo había inquietado desde hacía sesenta años.

Movilizado en 1916, su participación en la lucha fue breve. En medio de la reyerta -algo pareció acontecerle- una fuerte convicción hizo presa de él, atenazó su garganta y en forma perentoria lo obligó a tomar una brusca determinación.

¡Esa no era su guerra y no iba a participar en ella!

¿Cómo evitar ser declarado desertor?

El destacamento al que iba destinado estaba próximo a la frontera rusa.

Una fría mañana de setiembre, su patrulla recibe la orden de avanzar una vez más hacia el frente de batalla. Esta puede ser su oportunidad.

Una vez más las imágenes se presentan ante mí con nitidez. Veo botas militares sucediéndose unas a otras. Parecen rozarse haciendo más compacto su andar, como si apretarse unos con otros pudiera proporcionarles algún refugio.

Durante la marcha, un par de ellas parece rezagarse y enlentecer el paso. En un recodo de la espesura se ocultan, se apartan del contingente militar hurtándose de su salvaguardia y con cautela se internan por otro sendero.

El soldado explora los matorrales contiguos hasta dar con el que parece más apropiado y en él arroja su fusil. Luego saca un pañuelo blanco de su bolsillo, y agitándolo sobre su cabeza redobla la marcha.

El hombre va adelantándose solo hacia el frente ruso, sin vacilaciones. Ahora se trata de dejarse ver y sorteando los arbustos evitando quedar oculto entre la maleza. Rodea una isla de manzanos hasta alcanzar el llano y al avanzar por una curva se da de bruces con el enemigo.

Una patrulla rusa lo ha divisado y en silencio lo aguarda apuntándole con sus rifles directo al corazón.

Luego de un breve respingo, Yacob suspira aliviado. Entonces, levanta los brazos y les espeta triunfante: - ¡Me entrego!

Prisionero: Yacob Scheftzak Enviado a : Siberia.

Se deslizaba en silencio por la casa con sus pasos cortos sin más ruido que el leve susurro de sus zapatillas de abrigo. De la cocina a la tienda. De la cocina al patio trasero. Infatigable en su tarea cotidiana.

El patio y los pollos que allí atesoraba era una zona que mi olfato no me alentaba a explorar. Los atiborraba día y noche con granos de maíz y restos de comida. Nunca supe cuántos tenía ni de dónde salían tantos como solía cocinar.

También alimentaba a sus gatos, sin que el gesto se acompañara de caricia alguna. Eran dos machos, iguales a cualquier gato, que durante años merodearon con suavidad por la casa o salían de correrías por los techos vecinos. Hasta que sucedió el milagro El más atigrado apareció un día a punto de tener cría.

En esa casa de hombres toda la familia tuvo que admitir a regañadientes que al menos uno de ellos -de los gatos- había sido siempre hembra.

Doña Pía nunca levantaba la voz, hablaba poco y nadie sabía qué pensaba. Cualquiera caía en la trampa de creer que su silencio otorgaba crédito a sus opiniones. Ella no discutía. Había aprendido a sobrevivir. Para ello sabía cómo hurtar el cuerpo a los golpes. También a los del viejo guerrero.

Cuando él voceaba airado, ella deambulaba alada a su lado. Al principio mi admiración creyó captar su habilidad para dejar pasar la tormenta sin que el huracán la despeinara. Pero no era así. No había ninguna tormenta para ella. No se trataba de amortiguar heridas o soslayar padecimientos. Ella simplemente no estaba allí. Vacarse era su modo de sobrevivir.

Un modelo tan diferente del que yo conocía se volvía para mí puro enigma, pura ausencia. Atracción de un vacío hacia el cual me veo arrastrada sin poder sustraerme, presumiendo develar en algún momento -como si lo tuviera- el sentido oculto que se me niega.

Lo anunciamos con alegría, ¡nos íbamos de viaje! Nuestro entusiasmo golpeó la piedra, dio una voltereta en el aire y herido a traición, sucumbió en la orilla. Ella estiró la vista hacia la lejanía. Nos habíamos vuelto transparentes. Y repitió aquella vieja chanza judía ahora encarnada en su letra:

- ¿Quién va a cuidar del negocio?

La ternura asomaba fugaz cuando esbozaba una sonrisa, para volver a ocultarse. Tal vez por eso la visita de los hijos a la casa grande tenía el tiempo de una instantánea. La voracidad asomaba y cerraba como una flor. En seguida volvían a irse. Parecía el anatema de ancestrales espíritus que advertían lo que había quedado en falta. Su estigma se personificaba luego en los hombres de hoy. Los varones grandes nunca se saben reclamando miradas hacia atrás, protestando las caricias que les fueron retaceadas.

¡Cuándo perdió ella ... las caricias!?

No vienen imágenes en mi auxilio. Lo que vuelven son sus fugitivas palabras iluminando aquel episodio, que sólo yo parezco recordar. Tal vez la última pincelada de ternura se esfumó junto a la pequeña que murió de pena cuando su padre partió. Y dejó tras de sí, una madre sola en un mundo de hombres en pugna.

Mundo de hombres donde el amor a una mujer se oculta, avergonzado de sí mismo. Nadie podrá decir que algún Scheftzak fue descubierto jamás en un momento de debilidad -léase cariño- ante su mujer.

Doña Pia no quiso saber de su enfermedad ni de lo que significó para los otros. No tomó parte en el asunto.

¿Le importaba? ¿Acaso ante su propio diagnóstico terminal, su falta de interés apostaba una vez más a sobrevivir?

- ¿Qué voy a hacer, qué voy a hacer?

No es habitual esa frase en boca de Don Jacobo. ¿Estaría por fin envejeciendo?

Yacob siempre supo encontrar los recovecos disponibles para acomodar el cuerpo. Cuando pisó el puerto de Montevideo, el Frigorífico Nacional había declarado la huelga. Entre algunos "carneros" que habían entrado a trabajar, faltaba un carneador. El puesto parecía estar esperando por él desde Dronzev. Aquellos mismos gestos tan familiares lo reclamaban dentro de un nuevo escenario que no vaciló en ocupar. También lo supo conservar cuando el conflicto llegó a su fin y los obreros retornaron a la faena.

Con la cuchilla en la diestra y los pies en tierra firme, se dio el tiempo de comenzar a otear el horizonte. Sin idioma y sin dinero no podría establecerse. Algunos paisanos viajaban desde la capital para abastecer el interior de un país despoblado y carenciado. Eso era lo que se ofrecía a sus cavilaciones.

Trabajaría por su cuenta y riesgo sin socios ni patrones, a su modo. En lugar de emprender viajes largos, se instalaría allí mismo, en algún poblado. Sin vacilaciones, sin demoras. Se instaló en una modesta pensión del pueblo y firmó un "certificado de llamado" para traer consigo a su familia. Habían pasado dos años.

Casi sin darse cuenta la segunda guerra mundial estallaba a lo lejos. Pero esta vez su pellejo no estaba en peligro. No eran los nazis los que conmovían sus afanes. Era él quien definía su propia contienda y se inscribía en ella como general en jefe, estratega y voluntario.

- ¡Cien kilómetros en un solo día, m' hija!

Dos décadas después de la primera guerra, está atravesando las haciendas de la Banda Oriental a pie, doblado por su pesada carga. Empecinado en aventajar a otros, obsesionado por colocar y vender sus trastos. Con los dientes apretados, sordo al viento y a la lluvia, insensible a la incandescencia estival.

Una vez más lo veo calzar sus botas desgastadas y polvorientas rastreando la campaña. Carga sobre sus hombros, pesados canastos con espuelas cuchillos tijeras toallas relojes boinas... para vender o permutar. Retorna a casa el fin de semana con dinero, artículos de oro y plata, sillas de montar, huevos...

El carro con caballos vendrá más tarde. Ahora lucha con bravura, incansable y solo, enfrentando sus propias alternativas relatadas hoy con su bien ganada soberbia.

Sus noches en campaña no tenían estrellas. Dormía en caballerizas o graneros ajenos, improvisando un lecho de heno, compartiendo su ocasional dormitorio con desconocidos. Eran peones, esquiladores, troperos, de paso en busca de trabajo. ¡Bah, gentes de mal vivir! Dejaban su facón al alcance de la mano, debajo de la alforja.

Él prefería no ir armado aunque muchas veces había que hacer la vista gorda, mirar por el rabillo del ojo y ver cómo un mal bicho metía la mano en su canasto y escondía entre sus trastos, el pequeño botín. Había que dejarse robar sí, m' hija, porque con los goim nunca se sabe, cualquiera puede ser un asesino. ¡Porque el peor judío es mejor que el mejor goi! Yo te lo digo, ¡nunca lo olvides!

No lo olvidé. ¡Cómo podría!

Mientras tanto en el pueblo, Feigl -la reserva de su ejército- golpeaba las casas puerta por puerta ofreciendo blusas, visos, bombachas, culotes...

El esfuerzo físico casi titánico de aquella época se sostenía en un único pensamiento, fijo y monolítico. La certeza de lo que había que hacer se volvía despótica y reclamaba para sí todo el aliento.

En clave remota, una lira gemía historias de guerra y muerte, en los intervalos del trabajo. Si prestarle oído aguzaba un viejo dolor, éste se incrementaría luego, por no haberla escuchado.

Los alemanes se habían convertido en robots programados para matar. El genocidio estaba en marcha y el eco de los aullidos comenzaba a invadir el planeta. Aunque él intentara ocultarse entre los pajonales, esta vez no se vería absuelto por la impostura de su desertión.

Los nazis unidos a los rusos comenzaron la pesadilla. Como siempre la primera invasión, la más cruenta, cayó sobre Polonia.

No quedará un solo testigo en su familia para refrendar, de cada uno de ellos, lo acontecido. Es precisamente a él que le tocará testimoniar acerca de lo que nunca vio.

Sabe que su madre abandonó esta tierra pocos años antes de imaginar siquiera lo que se avecinaba. En el mismo momento en que su rostro se ilumina, una penumbra lo atraviesa. Sé bien que ninguna misiva volvió a enlazarlos. Él sabe también que jamás sería indultado.

- ¿Qué puedo decir - su mirada se fija en el horizonte mientras su cabeza se bambolea apenas en un sube y baja- ... qué puedo hacer!

La bruma deviene ausencia y ésta se proyecta en una gigantesca pantalla vacía que viene a su encuentro, se puebla con sus perplejidades, se nutre con su energía. La suya, la de quien permanece vivo. Él, el sobreviviente.

Don Jacobo balancea repetidas veces la cabeza, en un inútil gesto buscando una resignación que nunca llegará. El silencio se prolonga y yo, yo dispongo del tiempo del mundo para observarlo.

Voraz, la pantalla reclama imágenes y me envuelve. Me sacude con violencia y parece arrancar de mí, horrores que no reconozco míos, ni siquiera suyos. ¿O sí? Intento apartar la vista pero me arrastra, me emplaza en tiempos en que yo no existía, me enfrenta con sucesos que él nunca vivió.

Son impudicias de regodeo asesino, cuerpos exánimes recién extraídos de la cámara de gas, barridos por una pala mecánica que va empujando una infame mezcla hacia una gigantesca fosa. Aquella multitud que se arrastra parece comenzar a incorporarse amenazante, antes de volver a desfallecer.

Es toda la raza humana la que estoy viendo perecer.

Son sus hermanas, mis bisabuelos, tus tíos ... se van ... todos, todos juntos.

¿Adónde se van?

Me parece escuchar la diana de una trompeta. Es un acorde de despedida. La *shoá*⁶ acompasa el retroceso de la grúa, que se detiene el tiempo justo para retomar su rutina.

Trato de respirar hondo y el aire revuelve mi estómago. Dios es pornografía. Pornografía prohibida para seres humanos.

El viejo seguía en silencio. Una sombra opaca denuncia en su mirada una honda desazón. No percibo resonancias. Le pregunto.

Piensa en las cartas. Las cartas de su hermana Braja. Ella le pedía ayuda ... le urgía huir de allá, traer a su familia. Necesitaba su favor... su hermana Braja!

Luego de balbucear la razón de su desazón, recupera de a poco su ritmo continuo y decidido.

¿Cómo podía él responder a aquel grito de auxilio, qué podía él hacer? ¡Qué podía hacer! Se afanaba con el trabajo, luchaba para ganar un dinero que aún no tenía... no podía ayudarla!

Las palabras quedarán ahogadas en los puntos suspensivos. Sucumbirán inexorables ante sucesivos intentos de explicación. Pero estarán siempre allí, horadando la vida.

Por otra parte ¡quién iba a pensar...quién iba a pensar!

Ahora soy yo la que pongo punto final. Hay cosas que no quiero saber. Hoy, eso se me hace evidente.

Mientras escribo temprano en la mañana -con Albinoni en mi oído- aparto por un momento la vista para clavarla en el océano que hoy ante mi ventana se despereza sensual sobre la orilla. Un lobo de mar yace muerto en mi lugar preferido, el que suelo elegir para sumergirme. Tres jóvenes intentan volver aquella mole al agua propulsándola -qué ingenuidad- con pequeñas palas de juguete. El mar lo vuelve una y otra vez a la orilla. Pero ellos insisten y se empecinan hasta que aquel despojo oscuro se ve por fin flotar sobre el agua acariciado por la espuma blanca. Muy lentamente, a medida que la profundidad lo devora, va desapareciendo de la superficie.

¡Qué más da! Yo sé que está allí aunque ya no lo vea. Cuando hoy baje a darme un chapuzón habré de evitar esa zona. Si hubiera despertado más tarde ...

Ya nada queda a la vista.

⁶ Clamor. La raíz en hebreo contiene al verbo llamar. El sentido alude a que una catástrofe tan terrible no tiene nombre. Sólo se puede hacerla resonar.

CAPITULO IV. UN ISHIVE BUJER

- ¡Un *ishive bujer*! Si, m'hija iyo!, *el paisano*.

Supo narrar el suceso una y otra vez sin modificar un ápice sus términos. Esa repetición siempre idéntica a si misma que haría las delicias de los niños, lograba desquiciarme.

Los judíos del pueblo estaban de fiesta. Ese día recibían con orgullo, al rabino que venía desde Montevideo para conducir la ceremonia de un *Bar Mitzvá*⁷.

Con él departía Don Jacobo acerca de la importancia del conocimiento, cuando de pronto el rabino - dispuesto a lucir el suyo- con gesto ampuloso comienza a citar una frase bíblica:

- *El ignorante no puede realizar sus logros...*
- *... porque sólo vive en el temor a Dios*- se apresura a finalizar Don Jacobo.

A esta altura de su remembranza, Don Jacobo aspira oxígeno con fruición, acumula fuerzas y suelta el resto de un solo tirón: palabras y gestos, pausas y silencios, imposturas, todo surge de su inscripción mnémica ready made, directo al consumidor.

- Y el rabino se escondía -suelta una risueña risotada- si m'hija, se escondía! -asiente varias veces- Quedó mudo... -breve pausa- Retrocedió con respeto -tira la cabeza hacia atrás, y avanza su voluminosa papada. Reconoció que se hallaba frente a un *ishive bujer*. -y agrega soberbio entrecerrando los ojos para evaluar mi admiración- Si m'hija, iyo, *el paisano*! -acaba finalmente ahído de triunfo.

Tantas veces había yo escuchado la romanza, que ya detestaba su música. Nublaba mi vista un odio devastador que sabía irracional. Hubiera querido destrozar con golpes de puño la sonrisa beatífica de aquel rostro redondo de bebote viejo.

Nunca pude concebir la Ieshivá como un edificio universitario, atiborrado de alegres estudiantes. En su "Yentl", Bashevis Singer los envuelve en tfilim, cubre sus negras levitas con el *talit*⁸ y esos rostros ávidos de saber chorrean ideas cuestionadoras a través de los rulos que enmarcan sus largas y alambradas *peiot*⁹.

Para mí, adquiere la forma de un modesto y precario habitáculo con sillas viejas en torno a una mesa de caballetes, donde un escaso grupo de púberes se apretuja casi temeroso. Rostros pálidos de varones destinados a arrastrar una pesada herencia, permaneciendo en la periferia de una vida social a la cual no desearían luego pertenecer. Asediados por sapientes hirsutos que ofrecen privilegios, al precio de permanecer pertrechados para siempre dentro del sagrado recinto.

¡Un *ishive bujer*! El tono golpea disonante, pierde su gravidez y lo arrebatan gozosos los fantasmas burlones que habitan a Don Jacobo sin que él mismo pueda percibir su existencia. Ellos tiñen sus empeños y estallan en carcajadas demasiado fáciles adoptando esta forma bizarra de una anécdota que mi estómago no logra asimilar

⁷ Ceremonia de iniciación a los 13 años donde el varón adquiere responsabilidad sobre sí mismo. ⁸ Manto religioso masculino para orar. ⁹ Patillas largas

A través de los años el relato se volvía el consecuente⁸ estribillo de una polonesa cuyas estrofas desaparecidas parecían vociferar a través de mi furia. No se cómo, los acordes se volvían más armoniosos dentro de un pentagrama cuya clave, cuya clave parecía esconderse precisamente allí, en mi propia ira.

Sin embargo, las imágenes que acudían ahora en mi ayuda, desplegaban esta vez una inocua escena cotidiana. Los espectros se mofaban también de mí, rehusando mi convocatoria.

En la sórdida trastienda de un almacén de campaña, aquel desvaído semblante se inclinaba ante *Los Libros*. Binam no conocía la risa de los niños, ni el sol regalándose entre los abetos del bosque. No rozaba el dinero porque se hallaba en gracia divina. Algún barbado lo había tentado con el santo privilegio, mientras la vida se escurría sin que él lo advirtiera, se perdía sagradamente entre el polvillo de los guisantes, el maíz y el acre olor de los libros.

Meneaba la cabeza cuando pensaba en Yacob. Sus aspiraciones de verle convertido en rabino, chocaban con un apetito joven e impertinente, valla¹⁰ que quebrantaba su propia armonía generacional. Aquel hombre que volvía a cerrar a la noche las sagradas escrituras, insistía en nombrar su desaliento y su preocupación:

- ¡Este muchacho nunca llegará a ser un buen judío!

La frase me pisa los talones¹⁰, retorna en la media luz de rencores compensados y es a mí a quien hostiga -qué absurdo- en una ira filogenética. ¿Qué es ser un padre? Don Jacobo parece saberlo y se dispone a dar su testimonio.

Matías también pretendía acceder a la secundaria como si fuera un millonario, o un goi que no se preocupa por su futuro.

Una vez más un hijo suyo reiteraba ciertas aspiraciones, con timidez sin duda, desalentado de antemano por el magro resultado que lo había precedido. Cuando la esperada negativa cayó sobre él sin poder comprenderla, le faltaron instrumentos para enfrentar el trueno de aquel vozarrón.

Quedó aturdido y cedió su decisión al padre:

- Entonces, ¿qué voy a hacer?- preguntó sumiso

Las facciones de Don Jacobo se dulcifican al reproducir la escena. Es la señal del zorro que se relame cuando la presa se le ofrece mansa y tierna.

- Vas a ser ...comerciante!

Con premura y diligencia le fue entregada al instante una atractiva bandeja con relojes, anillos y pulseras. Las joyas resplandecían al sol. Verlas era cegarse. Un poco deslumbrado por la opulencia de tan preciosa e inesperada carga, salió a improvisar un mercader, con su pubertad como único pertrecho. Por fortuna, al caer la tarde de ese mismo día, Matías regresaba exhibiendo -aún asombrado de sí mismo- la complaciente bandeja vacía.

Su primer gesto fue generosamente detenido:

- No, m'hijo, ese dinero es tuyo.

Apenas un mes más tarde Matías estrenaba -muy ufano- un flamante traje marrón. ¡Su primer traje!

¡Ehh! ¿Qué opinaba yo?

¿Qué podía objetar por mi parte ante pruebas tan irrefutables?

⁸ La raíz del nombre Yacob en hebreo se presta a diferentes acepciones: consecuente, valla u obstáculo y talón son algunas de ellas

En realidad ni él espera mi respuesta, ni yo pienso discutirle. Su convicción además, me asusta, como debió sucederle a Matías. Pero hay algo más. Es esta incongruente admiración que de pronto me acomete, la que me impide impugnarle nada.

Sostener esa posición con tal seguridad, no es poca cosa.

¿Cómo aún hoy puede...?

Es entonces que desvío mi atención hacia su mujer. Ha escoltado todo el relato muy circunspecta del otro lado de la mesa, sin intervenir. Sin hacer otra cosa que asentir en silencio, toda vez que se hizo necesario.

Un pequeño descuido y el último vástago casi logra escabullirse. Tres lustros más tarde David se instala con entusiasmo en la capital compartiendo los gastos de un pequeño departamento con otros tres pueblerinos principiantes. Comienza la Universidad.

Son tiempos inciertos y desprolijos, tiempos de huelgas. De Tupamaros y de incipientes dictaduras. Cualquier incidente capitalino visto desde el pueblo, adquiere proporciones desmesuradas. ¡Matan a la gente en las calles! La vieja amenaza del genocidio se despereza y despierta.

El conocimiento ya no puede esgrimirse como usufructo de potentados. Pero los mismos mensajes, aún ganando en sutilezas no han perdido eficacia.

Una cariñosa advertencia sobre la inutilidad de arriesgar la vida, un dinero muy recortado que cesa...

Otros ingredientes completan el manjar que el viejo engulle sin apuro. Ante los primeros tropiezos, los tiernos compañeros regresan, se dispersan. Una imprevisible ruptura para la cual no ha sido adiestrado y una soledad sin estímulos que hace el resto.

¡Cómo resistir entonces la segura herencia de una bandeja que una vez más promete resultados inmediatos!

- ¡Y me traje a David de regreso! - El pastor con su cayado ha logrado reunir la última oveja- M'hijo ... hay que buscarte otra cosa!

Aunque una vez más me abstengo de opinar, esta vez mi mirada lo toca. Tal sensibilidad logra intrigarme e instalarme en otros arpegios.

Él avanza la mandíbula y me reta:

- ¡Queé! ¿a ti te falta algo?

De pronto la mayor parte de mí se ha desvanecido. No son imágenes esta vez, son frases viejas. Esas palabras tantas veces escuchadas ya no dicen nada; parecen gotear y gotear hasta vaciarse. Pero si no son ellas, ¿qué me arrastra? Las pausas, son esas pausas mudas que me ... sí, me llevan hacia lo que él no dice. Acordes silenciados, no autorizados a resonar.

Quedo buceando en tierra de nadie, en el filo expectante entre este mundo y otra cosa que no sé definir. Ella irrumpe en ritornello, en estrépitos que me aturden hasta desorientarme. ¿Trae acaso la clave furtiva? Me veo obstinada persiguiendo al homicida de la historia, en un imposible asalto a la verdad.

Cierto temor me retiene. Un pestañear me vuelve al discurso del viejo que no ha variado de frecuencia. Lo escucho desde una gran distancia y sonrío aliviada. En este mundo, sé que ahora soltaré una parrafada que él sabe inútil, tan sólo para salvar algunas imposturas.

- M'hija, te hablo como un padre. Yo no necesito una nuera doctora. Yo preciso una nuera que cuide de mis nietos. ¿Para qué estudias?

El "doctora" conlleva cierto respeto, aunque confunda en un solo término una variedad de títulos. Por otra parte mi elección -yo, mujer por añadidura- ya está trazada y concluida. No se halla en cuestión lo que voy a hacer, porque ya lo estoy haciendo. Pero no me detengo en detalles, me preparo para una coda final.

- Hago lo que a mí me gusta, lo que yo elegí!

Esa aseveración lo deja sitiado. Aunque se sabe sin escapatoria insistirá y repetirá sus fútiles argumentos para obtener tres, cuatro veces y hasta cinco, la misma respuesta monocorde, sin más matices que cierta creciente irritación - ¡Me gusta!

- ¡¡Me gusta!!

- ¡¡¡Me gusta!!!

Finalmente abandona la pulseada. No por admitir mi testimonio, sino por respeto hacia alguien que puede llegar a ser tan terco como él mismo. - Bueno, qué voy a hacer si a ti te gusta...

De súbito vuelvo a extraviarme. Es el encontronazo con acordes de La pasión. Es Bach mutilado que enloquece mis pensamientos de vértigo, de vértigo, vorágine ...

¡Eureka!- lanza sobre mí, el cuerpo del delito. Ya no puedo detenerme. Me deslizo entre líneas y aferrada a su última frase, desaparezco con ella ni sé dónde.

- ...qué voy a hacer si a ti te gusta...

He ahí la frase jamás enunciada, el esperado don de su padre nunca concedido. Esas sencillas palabras que tampoco pudieron concebir sus labios para que cada vástago suyo pudiera recrear su propio origen.

Ese acorde truncado habría cambiado -junto con la gramática- el lugar de quien decide, inscribiendo en cada origen, quién ha de ser el autor, el creador de cada -su propio- universo.

La pregunta de Matías se atraviesa como una sombra, re-clamando una respuesta diferente.

- ¿Qué voy a hacer?

Y de pronto, lo veo. ¿Lo veo? ¿Lo he invocado?

Veo a Matías con un traje marrón ajado y opaco, de pie ante una mesa, con la mano rozando una bandeja de chafalonías oxidadas. Su rostro luce desconcertado. La cabeza gira sobre sí misma y repite con infinita tristeza qué voy a hacer, qué voy a *hacer* -o tal vez- ... qué voy a *ser*?

La visión me sobresalta y parpadeo. Pero ella permanece allí y levanta con lentitud la cabeza en dirección a mí.

El ignorante no logra realizarse, porque sólo vive en el temor a Dios. – la frase planea en el aire, cae entre los dos y nos enlaza. Cuando su mirada captura la mía, algo desde mí, comienza a hablarle. Sin voz. No la necesita. - ¡No! - me escucho decirle en silencio - ¡no! ¡No lo hagas! ¡No le temas! El pasaje bíblico defiende su razón. Es la arrogancia del viejo la que estropeó el resultado, se creyó Dios-Padre ... lo ves? Y tú también lo creíste, ¡siempre es el humano miedo el insensato!

Los ojos de Matías desbordan pesadumbre. No parece haber develado aún el secreto del miedo humano. Y qué podría saber yo mujer, del miedo de un varón a iniciar su propia estirpe, cuando es menester abandonar la casa del Padre- Dios, ¿destruirla? para garantizar el no retorno. Para evitar esa tentación. Tentación que cualquier arbusto, por el mero hecho de haber germinado en su propio espacio, ha dominado ya.

La voz dentro de mí no tiene piedad:

- ¡Aún crees que tu padre nunca tuvo miedo! ¿Acaso no lo ves huir? ¿No ves que huye de su Padre-Dios como un venado que olfatea el peligro? No importa si la figura de Binam-el-sabio ha perdido materialidad, es su sacra fortaleza la que se anuncia como panteón: es allí donde reposan los mártires, sus heroicos huesos judíos.

Los ojos celestes de Matías se agrandan y parecen absorber de los míos, con ansiedad. Yo vacilo sin saber cómo continuar, pero él aguarda y esa voz sigue hablando en mí.

- En esos espejismos ha quedado atrapado. ¿Te perderás tú también en ellos? Buscando un nuevo pacto con Dios él galopó por la pradera -jinete apocalíptico- en su desvencijado carro, olvidando las filacterias. No sabe que cuanto más velozmente aumente distancias, más derrotado habrá sido en la guerra, aún creyéndose vencedor de algunas batallas. Pero tú lo sabes ya, no hay olvido, sus filacterias siguen amarradas en su frente, como una visera que acota hasta dónde se puede ver. Y no hay pactos con Dios: sólo con el insensato miedo. ¡Ahí tienes el nombre del Diablo!

Matías ha quedado ensimismado y desprende mi mirada. Su desesperación ha hecho presa de mí y un escalofrío recorre mi espalda mientras él se desdibuja y se pierde.

La conmoción me hace repetir con exasperación, en nombre de Matías, mi propia frase:

- ¡Porque a mí me gusta!

He quedado sola, más irascible que asustada.

Mi imaginación empieza a circunscribir un Yacob enardecido, increpando con fiereza una máscara gigante -espectro hierático de su padre- que nunca estará presente para consentir su elección.

Es entonces que mi ira también se esfuma.

CAPITULO V. EN PRIMAVERA

Se murió en primavera, cuando todo renace. Se murió en silencio, despacito y a su manera. Perdida entre las plumas de ganso del acolchado de aquella enorme cama, se apagó imperceptible como cualquiera de sus velas de shabat.

Don Jacobo desde la tienda se enfadaba porque ella abandonaba los festones y las puntillas. Un hombre se desorienta, se confunde entre cosas de mujeres.

En su lecho yacía ella, apesadumbrada, relatando cómo le estaban robando de sus roperos los visos y los culotes que con tanto celo guardaba desde hace años, sin estrenar aún.

Llegó el momento en que Don Jacobo quiso pagar, quiso comprar la vida. ¡Qué importaba el dinero ni cuánto le podía costar! ¿Acaso tres mil dólares!? O lo que fuese necesario para salvarla. ¿Cuánto, cuatro?

Nuestros silencios lo ayudaban a admitir que se enfrentaba a un enemigo más poderoso. Una vez más, era su turno de entregar las armas. Doña Pia lo veía con lástima y al percatarse de ello, él bajaba la cabeza y mascullaba.

Cuando comenzó a desdeñar las anchoas y el fiambre con ajo, dejó en evidencia que ya no apetecería más. Fue desprendiendo una por una las hebras que aún mantenían el eco de algún deseo. Una fatiga abismal la acunaba y ella desfallecía hasta quedar sin voz.. En los confines de su entrega, dimitió también sus amores. Persistía una mirada aletargada y un viejo gesto negativo de su mano abierta, adquiría relevancia y desalentaba cualquier intento de.

Entonces Don Jacobo deseó que el dolor cesara de lacerar. Su propio dolor. Deseó apurar esa verdad que ahora sí, sellaba sus últimos designios. Invocó la voluntad de cierto viejo dios si bien algo maltrecho, providencialmente recompuesto para la ocasión.

Un féretro se detiene un momento ante la tumba de Matías y antes de continuar la marcha, la voz de Nahum gime:

- ¡Ya tiene con él a su madre!

La brisa queda paralizada luego de la última palada, cuando los sollozos de David estallan con vida propia. Una tímida flor que no sé cómo apareció en mi mano, se queda allí sobre la tierra negra, suave y fresca.

Es el viejo quien primero desgarrá las amarras, sumergiéndose en la oración:

- *Eine mule rajamim...*⁹

Al elevarse y poblar el aire, las voces que se unen se vuelven caricias que devuelven al canto de los pájaros su armonía.

Los murmullos cesan y la gente se dispersa.. Los cuatro hombres permanecen en silencio uno al lado del otro, junto a aquel montículo de tierra.

Es entonces que veo las boinas, sus cuatro boinas.

En su descenso el sol alarga más y más aquellas cuatro sombras hasta dejarlas tendidas sobre la tierra, cruzando la tumba.

Será la última vez que Doña Pía habrá podido reunirlos.

Retrasando la salida del cementerio como si nadie quisiera irse tan pronto, a través de las altas y oscuras lápidas que bordean el camino, el paso se hace más lento.

En medio de un nostálgico suspiro, son una vez más las cavilaciones de Don Jacobo las que sacuden el sopor que nos envuelve. Está pensando en voz alta

- Por qué no ... por qué no, quién podría decirlo! Tal vez, yo podría tirar algunos años más, por qué no ...

- Sí,sí, te acuerdas. Vamos ique te acuerdas!

Compartiendo una amable merienda con gentiles amigos, el viejo insiste en volver a oír el himno escolar fronterizo de los tiempos de la ocupación rusa. Doña Pía sonríe con timidez acompasándose con un breve gesto de negación de su mano abierta. Ríe desdeñosa y desiste, sabiendo empero que la inamovible determinación del compañero la hará esforzarse en encontrar la melodía olvidada. Ahora parece que va a comenzarla pero se detiene y vuelve a reír, dejando confundir sus gestos de colegiala con sus vergüenzas de vieja.

Don Jacobo aparta las migas para despejar el camino y la expectativa del auditorio crece hasta cercar a Doña Pía que con grandes vacilaciones comienza primero a murmurar, luego a tararear una estrofa aún sin letra, alzando apenas el índice de su mano derecha.

Desde los abismos y las tinieblas es él quien con voz entrecortada da el pie: - *Ievo!*

- *Ievo Imperaterztvo*¹⁰ - Doña Pía no logra disimular una resplandeciente sonrisa. Su turbación no disminuye el regocijo. Aunque se sabe observada despliega impúdicos, aquellos goces escolares, indiferentes ya a la historia de las ocupaciones extranjeras.

⁹ Las primeras tres palabras de la oración fúnebre: *Tú que estás lleno de misericordia...*

¹⁰ Ud. Gran Señor de todo el Imperio

- *Velischesvo gosudar*¹¹ - aporta Don Jacobo con voz cascada.

La gran cabeza de pelusilla blanca con su rostro ancho de ojos azules, se inclina sobre el raleado cabello de ella que, oscuro aún, enmarca una faz pequeña y enjuta de afilados rasgos. El intenso brillo de sus ojos negros parece iluminar la historia.

El tono inseguro se va elevando hasta unirse en un - *Nicolai Vtaroi*¹² - dificultosamente sostenido entrambos.

- *Samoderzis ferosyski*¹³

- *Boj zitzaiajrani*¹⁶

Las dos cabezas se juntan, mientras el índice de su mano derecha vibra ahora con el brazo levantado

- *Zilnin iezavni*¹⁴ - y el tembloroso coro da por terminada su actuación.

Sus sonrisas conmovidas son premiadas con entusiastas aplausos.

Pasado el momento primero y más difícil, ahora ya más estabilizado, del dúo brotan con más fuerza otras y otras estrofas, algunas de tinte subversivo rememorando la revolución rusa. *Ninada manarje ninada tzaia daloj burezasia*

*tovarish uru*¹⁵

El grupo parece habitado por la música de todos los tiempos, transportado por las sincronías que se dieron cita aquella tarde entre las migajas de una merienda dominguera y los restos de unos versos exhumados.

Una estrepitosa carcajada general estalla finalmente y sacudiendo el polvo estelar nos vuelve perezosamente a nuestra era.

Pero la emoción aún desborda a doña Pía y sin saber qué hacer para darle curso, mira de pronto a mi amiga y la pregunta que le dirige nos toma a todos del cuello, por sorpresa.

Dígame la verdad doctora, en su familia ¿no había judíos?

Al recibir a su vez el efecto que ha provocado su propio exabrupto, intenta salir de su turbación con una explicación que lo empeora.

- Porque usted es... tan gentil!

¹¹ Gran Imperio de todo el mundo

¹² Viva el Zar Nicolás

¹³ El más fuerte de toda Rusia ¹⁶ ¡Dios, cuídame al Zar!

¹⁴ Que sea eternamente fuerte

¹⁵ No necesitamos ricos

No necesitamos anarquía

Corramos la oligarquía ¡¡Compañeros, arriba!!

CAPITULO VI . MAASÉ UBOS IOSE BUNIM ¹⁶

Aquellos inmigrantes tropezaron con este nuestro idioma que les era extraño, voces extranjeras que nunca formarán parte de su piel. Durante años tomé por malhablado español lo que no era más que una equívoca traducción.

Son los números -no las letras- los que cuentan. Cuentan del origen de una lengua madre. En la tienda se volvían susurros: *einz, tzvei, drai* ...

¿Qué formas adoptarían esas historias contadas en idish, polaco o ruso? ¿Qué relatos no logran contar-se porque la propia lengua los oculta y los mantiene inaccesibles? No hay allí palabras para hacer puente entre esas dos orillas ni melodía que las enlace. Como un sordomudo que reitera gestos para hacerse comprender, el esfuerzo agotará las señales y éstas quedarán camufladas detrás de escandalosos silencios.

Las claves inactivas caducan y se vuelven espectros que pueblan el espacio cósmico de los tiempos, vagando como almas en pena. Han perdido su lugar y no logran reposar en ningún otro.

Una vez más, sabiendo que no poseo instrumentos para exhumar las cifras, convoco hoy los fantasmas en mi cuerpo. Ellos parecen horadar mis sensaciones, atravesarse en mis silencios.

Y cuando creo haber tocado alguno, no puedo en verdad dar cuenta de él, no poseo la clave. Me veo obligada a soltarlo y dejarlo ir.

Un inmigrante será siempre un exiliado, sin otra patria que sus entrañas, sus piernas y ese algo cercenado para siempre. Sin otra familia que sus reminiscencias, sus muertos, sus reproches de niño abandonado.

Los reencuentros soñados serían posibles si se zurcieran en algún lenguaje de ensueño. Pero ese tejido -rasgado en lugares muy preciosos- está hecho girones. Girones de historias trucas que no deberán recomponerse, a riesgo de ser traicionadas. Se conservarán almacenadas en el granero como reliquias del pasado, como heridas siemprevivas, sin cicatrizar.

Por su parte aquel dolor lacerante, el viejo dolor, ya casi no se siente.

Durante cuarenta años, las epístolas cruzaron prolijamente los océanos uniendo a Feigl con su hermana Mirjam, sin que las ganas de verse y abrazarse logran encarnarse en ninguna letra. Hasta el día en que -sin preaviso- Mirjam dejó la faz de la tierra. Cuando la cadencia de misivas se interrumpió, Doña Pía musitó alguna protesta velada, pero no hizo preguntas.

¹⁶ Así como tratas a tus padres, te tratarán tus hijos.

Tan sólo unos meses antes en oportunidad de un viaje, David y yo recogimos -como flores silvestres- algunos rostros de familia dispersos por el mundo. El mismo día de nuestro regreso anunciamos con entusiasmo la buena nueva: habíamos convencido a Mirjam. Estaba dispuesta a venir, a realizar el postergado sueño del reencuentro. Sólo requería un pequeño aliciente para que su espíritu se materializara aquí, ante sus ojos, cuando Doña Pia lo dispusiera.

La parrafada salió de un solo tirón, atropellándonos a dúo para hacerle entrega de nuestro mejor regalo. Y nuestros brazos se prepararon para recibir su júbilo incontenible o su emoción quebrada.

Pero nuestro gesto quedó congelado. No hubo reacción. O no la dejó ver. En aquel rostro impasible sus ojos se ensombrecieron. La vieja escoba prosiguió indiferente con su tarea de fregar los deslustrados pisos de madera.

Sentí frío. Luego de lo que parecieron 40 días y 40 noches de silencio, levantó la mano derecha y la dejó caer junto con algunas frases entrecortadas. - ¡Aj! mucho dinero, déjenla tranquila. Ya estoy muy vieja, de qué vamos a hablar... ya nos escribimos todo!

Me quedé allí por mucho tiempo, perdida como siempre, en los puntos suspensivos.

Aquellos migrantes ratifican cada vez, la huella de apetitos insatisfechos, entre ellos también el hambre. Los alimentos adquieren a veces esa relevancia que asoma en los gestos espontáneos de quienes han sufrido su privación. Sin darse cuenta retacean la comida o la ofrecen en exceso.

David inauguraba su novia en el pueblo y por primera vez Doña Pía me recibía en su casa. La mesa estaba servida con frutas, torta de miel y licores caseros de media tarde. Sin apetecer nada, hube de rehusarme varias veces lo mejor que pude, ante su tenaz insistencia.

Ya sin recursos para convencerme, su último intento precipitó mi carcajada. Sensible a ella, no volvió a reiterarlo.

- ¡Come alguna cosa, para estar ahí sentada sin hacer nada!

Supo haber alguna tía más expresionista. Su dudosa generosidad corría en forma proporcional a su economía doméstica, sin diferenciar si los comensales eran de la casa o pasaban de visita por ella. - ¡Coman, coman, total ... lo voy a tirar!

Aunque nunca logré saber qué podía enojar a Doña Pia, la única vez que la escuché gritar con furia, estaba la comida en juego. Se mantenía en estado de alerta ante el peligro de ser despojada por extraños.

Volvía de una breve internación y debía guardar reposo. No había sido sencillo obtener su permiso para que La Tota aliviara su tarea cotidiana. Al menos durante un tiempo.

La aceptó de mala gana y puso como condición que nadie entrara a su cocina. Allí residiría entonces, su propio límite a la prescripción médica. Retomó entonces la elaboración de la sustanciosa sopa, con trozos flotantes de pollo, hartos suficientes para ella y el viejo. No vio ninguna necesidad de modificar las cantidades en consideración de la ocasional situación. En su mundo, no había ningún nuevo comensal a la vista.

En mi afán de evitar roces innecesarios entre ambas y siguiendo mis instrucciones, La Tota llegó un día hasta mi casa para plantear su conflicto. Tenía hambre y tan solo aspiraba a que Doña Pía le permitiera freír unas papas, un huevo...

¡Caramba! Sus requerimientos socavaban las propias reglas de juego.

Sabiéndome en posición difícil, emprendí la delicada misión de sugerirle a Doña Pía, que, tal vez, pudiera, permitir, que, alguna papa...

La andanada de protestas que cayó sobre mí en tono tan airado, me detuvo en seco. Nunca se había visto a Doña Pía tan enojada.

Éste no es un restaurante donde cada uno elige lo que quiere comer. Y además, ¡a esa hambrienta mujer no hay nada que le alcance!

Ella no iba a permitir que tocaran su cocina. Quería saber a quién podría ocurrírsele siquiera, que ella debiera cocinar para esa mujer.

Fundar una familia es una misión secular. Comprar una casa, instalar un comercio, es un estilo. Será también el de sus hijos.

Él los creó, Él se sentirá eternamente responsable del futuro económico de cada uno de sus iniciáticos comerciantes.

- ¡Tu nunca vas a quebrar, m'hijo. El que va a quebrar voy a ser yo!

Se hará cargo una y otra vez de los tropiezos de Abraham el primogénito, de las inexperiencias de Alejandro, de las mudanzas de Matías. - ¡Cinco hijos! Cinco dedos de mi mano. ¿Ves? - y estira los dedos para cerrarlos y apretarlos con fuerza en su puño cerrado.

- Sí, veo -y no le digo que eran seis.

Veo como yergue su efigie totémica. La fortaleza que ha construido en lo alto en medio de las estepas, es de un solo bloque. Es Herodes vigilando su Massadá: no hay caminos de salida, ni puertas de entrada. Él dicta las leyes y las sostiene con su puño en alto. No habrá de ceder su cetro. No son vástagos de vida propia, ni ha lugar a flaquezas sentimentales. Cada cual ha de estar en su puesto.

Poco importa si Alejandro lo odia, si Abraham fracasa, si el inquieto Nahum lo cela. Aunque el lazo de David y Alejandro se siegue, no importa. El resentimiento también mantiene unida a una familia.

Nahum puede entreverarse con faldas y deslizarse hasta el fondo de los botellones. El viejo empero no se confunde. Hay que rescatar la tienda. Si el hijo no la sostiene, la mujer lo hará. Para eso están.

- ¡Era duro el viejo! - Matías parecía lamer sus propias heridas con el cálido tono de su voz- ¡Había que hacer plata! ¡Había que trabajar! El viejo empujaba como si uno se jugara la vida -por un momento escucha sus propias palabras y asiente a ellas- Sí, había que sobrevivir... era lo único que le daba gusto, sobrevivir!

Él mismo queda desconcertado con sus propias palabras. En silencio me quedo a la espera de eso que va a agregar, pero en lugar de decirlo, suspira. Cómo dar cuenta de lo que no logra comprender. No sabe decir más.

Mientras me regala esos pensamientos recién horneados, no puede saber que a los 49 años va a dejar su propia tienda para entregar su cuerpo en una sala de cirugía de la cual no va a retornar. ¡Si yo pudiera advertirle!

Su momento de vacilación le abre camino al recuerdo de su humillación adolescente

Una noche cualquiera de verano, tomaba una cerveza en el bar de la otra cuadra con otros jóvenes del barrio. De pronto ve recortarse en la puerta la enorme figura de su padre, que vociferando amenazas se acerca furioso, apartando sillas de su camino.

Un redoble de tambores vibra atronador:

- ¡A casa, vamos a casa! ¡Vamos te digo!! - y para dejar bien sentado que no admitirá ninguna barrera a su torrente, con el mismo impulso desatado, destroza una silla contra el piso- ¡No quiero hijos borrachos en mi familia. Vámonos!

La mirada de Matías se pierde dentro de sí mismo. Hace una pausa en el relato, suspira una bocanada de su pipa y sin sonreír levanta las cejas: - ¡Ahhh! Era bravío, sí. ¡No quería vernos con *goim*! - por un momento adelanta el mentón y su voz se hace más firme- ... y quiénes más había!

Matías nunca volvió a reunirse con amigos. Pero siguió bebiendo. Siempre solitario y en silencio, jamás levantó la voz. A veces cuando el alcohol lo dejaba algo tieso, se levantaba muy erguido del sillón y sin molestar a nadie, iba a descabezar su siesta.

Un eco de voces varoniles resuena en mis oídos. Entonan con fuerza en la sobremesa de la Pascua, estrofas inmemoriales de cánticos en idish. También incluyen otros. Aquellos que surgían como represalias vindicativas ante el odio antisemita que surcaba los aires europeos. *Shiker is a goi, shiker is er trinkn vil er vail er is a goi...* ¹⁷

Maasé ubos iose bunim !

Otro de sus leit motiv favoritos. Con él cree atrapar la sabiduría bíblica desde sus fundamentos. Pero se ingenia para proyectarla en una posteridad que le resulte más confortable. Olvida sus propias raíces, su propia genealogía. ¿Es posible acaso, olvidar?

Con el índice alzado el viejo profeta marca el ritmo: dos palabras por vez. Sus ojos celestes se encienden mientras hace avanzar su abultada papada.

Suele premiar con esa frase algún gesto generoso de quienes lo rodean. Encomendarse a tales augurios lo exime de cualquier dudoso protagonismo anterior. Retoza ahíto, instalado en el espectador pasivo que ahora le toca ser. Cuando alguien toma a broma alguno de sus rasgos -que él mismo califica de seniles deterioros- hace gala de buen humor anunciándole a su burlador que también a él le tocará llegar a viejo. Entonces se vuelve indiscutiblemente profético.

¹⁷ Ebrio es un goi, ebrio es él, beber quiere, porque es un goi.

iMaasé ubos iose bunim!

Es también su manera de cincelar en los nietos, desde pequeños, la idea de fidelidad a los padres - varones claro- donde él se inscribe como padre mítico primitivo, desconociendo las consecuencias. El gesto insinúa además, una advertencia que mezcla la chanza con la amenaza.

Otras veces parece enviar un solapado pedido de auxilio, temeroso de ser abandonado en algún asilo cuando envejezca, como si ya no fuera viejo. Y despliega una extensa casuística de hijos malagradecidos que dejan morir solos a sus padres... ¡como ratas!

Para ser amado elige encarnar la figura del jinete de la venganza. El anciano hechicero no sabe en verdad lo que está diciendo, no sabe lo que está anunciando.

Sólo sabe la manera en que desearía morir. Gloriosamente, como el propio abuelo.

Su abuelo compartía la mesa familiar cuando ésta desplegaba su generosidad recibiendo invitados de alta jerarquía. No se avergonzaban de él sus hijos. Lo presentaban con orgullo precisamente por ser tan anciano. El abuelo se había ido arrugando con el tiempo y se volvía cada vez más y más pequeño, al tiempo que todos los demás crecían fuertes, gordos y lindos. Sin perder nada de lo que acontecía en su derredor, había alcanzado la edad de 107 años.

Ese día, convocó en torno a su lecho a toda aquella familia. Sin adelantar palabra de lo que pensaba hacer, aguardó con paciencia todo el tiempo que le fue necesario para reunirlos.

Al verse rodeado por todos sin que ni uno solo faltara a su lado, les anunció con tranquilidad que iba a morir. Besó a cada uno, se despidió de todos. También de Yacob cuyos ojos celestes de niño asombrado lo miraban más abiertos que nunca, sin comprender lo que estaba sucediendo. A cada quien le dedicó su atención y le dejó alguna frase para el recuerdo. Cuando aquella desusada ceremonia finalizó, solicitó que lo dejaran solo. En aquel público estupefacto, nadie parecía atinar a decir o hacer alguna cosa.

Pero esas vacilaciones ya no eran asunto suyo. El abuelo dio vuelta la cara contra la pared, para no impresionar a los niños con su acto de morir. Hipó tres veces y entregó su alma

Maasé ubos iose bunim.

La reiteración del estribillo hace para mí un giro con dirección retrospectiva, que es siempre la gran ausente. Porque aunque desdeñe saber el curso que imprimió a sus propios lazos filiales, éstos no lo abandonan a él. Los lleva prendidos a su piel aunque no lo sepa.

Esas sombras cruzan su vista cansada y se burlan de él desde sus mismas profecías, con su propio verso.

Yacob acaba de anunciar su matrimonio con Feigl.

Sólo hielo y escarcha en aquella mirada escrutadora de once hermanos y una madre, de pie. Sus figuras estirándose desgarradas hacen más aguzada, desde arriba, aquella reprobación general. Aunque flechas ardientes atraviesan sus sofocos él está alerta y en guardia, dispuesto a enfrentar el embate.

La indignación y la sorpresa eran justas. Su sitio de hijo mayor lo reclamaba junto a la madre, para guiar el hogar que su padre dejara acéfalo. Es la misión del primogénito. Salvaguardar la economía familiar. Encaminar a los hermanos varones. Preparar compromisos matrimoniales ventajosos para sus hermanas huérfanas.

Casi a su pesar él abandona su puesto en la cálida posada para aventurarse solo por los eriales. Un empuje ciego lo arrastra y nada -ni él mismo- puede modificar ya su rumbo.

Feigl era la menor de cuatro hermanas, todas casaderas. Estaba escrito que debía ser la última en contraer matrimonio. Él no protestó. Toleró estoico el desfile casamentero de cada una de las hermanas. Dos años hubo de aguardar para desposar a Feigl, la menor.

Fiel a su homónimo en el Pentateuco, Yacob esperó con tenacidad su turno. Cuando por fin logró llevarse con él a su mujer se estableció en Horschl, no muy lejos de la cuchilla de Dronzev.

Sus anhelos de ser indultado insistirán en aportes de trigo y cebada, carnes y harinas. Cargaba el carro con la esperanza en los brazos. Llevaba tierno y expectante sus ofrendas al altar mayor. Ofrecía sus arcas generosas para colmar el granero familiar precisamente en la ríspida época invernal, cuando hacía falta.

Pero ha desafiado las nieves eternas: su carro retornará a Horschl sin haber descargado el lastre. En su desaliento, sus visitas irán espaciándose cada vez más. Él mismo las irá retaceando hasta no volver ya.

No habrá despedidas cuando le toque atravesar el océano. Morderá las palabras, encajará el golpe y lo arrastrará consigo en un empaque hermético, dentro de su vesícula.

Llegará su hora. La rémora quedará suspendida en tormentas y borrascas difusas, cuyos relámpagos retumbarán años más tarde. Del otro lado del mar.

Una zona oscura cruza su mirada. Sin necesidad de palabras, mis cejas abren una interrogación que él recoge.

- ¡Qué podía yo hacer! ¿Quién iba a saber lo que pasaría en Polonia?... Mi hermana Braja me escribió ...dos o tres veces....yo....

Todo parece escurrirse hacia allí, compactarse allí, en esas misivas. Se vuelve un bulto negro de abjuraciones, huídas, quebrantos. El destierro de sus lazos va hacia atrás, cifrado en esas letras. Las cartas de Braja se vuelven la única huella real de lo que ya no está y sólo ha de pervivir en su memoria, cualquiera sea su precio. El *ishive bujer* no logra olvidar. Por doquier retorna ese signo que señala su existencia.

También la de su pequeña, agonizando su ausencia. Hoy, nadie puede decir cómo se llamaba. Se ha vuelto innombrable, como el dolor.

La letra, sin duda, escribe pura pérdida. ¿Qué puede él hacer?

¿Pretende recuperar ahora algún viejo perfil familiar?

De pronto todo aquel que se aproxime vendrá a arrebatarse algo suyo que en su consternación, desespera preservar. Sucede que ha confundido lo suyo con lo ajeno.

Nuestros veranos a su pesar se poblaban de amigos que venían de lugares muy diversos. Febrero barrenaba con las olas, gozaba entre los niños tostados por el sol, se extendía charlando bajo el cielo multicolor que estallaba tras las puestas de sol. Oteaba la salida roja de la luna llena y se abrigaba en las parrillas de los asados nocturnos.

Sentado el viejo en la hamaca observándolos llegar, un triste pensamiento escapa de sus labios. El tenue murmullo alcanza mis oídos:

- ...otra vez vienen a comer!

Una tarde, terminada la merienda con ese toque risueño que aportan los niños, es Jorge que irrumpe. Envueltos en su aureola de bromas nos trasladamos hacia la terraza donde el mar se desvela calmo y azogado.

Casi en seguida, Don Jacobo trepa como una exhalación la escalera empuñando su bastón con suficiente alboroto para hacerse notar. Se aposenta en un sillón y se instala entre los tres. Se le ve furioso y exacerbado, dejando caer sobre nosotros su desaprobación, a través de un silencio obcecado. La aparición en escena era novedosa y no habían antecedentes para suponer siquiera, qué le había sucedido.

Fue luego, cuando Jorge cerró la puerta tras de sí, que el viejo con violencia inusitada y vozarrón a tono, dio rienda suelta a sus tormentos, a sus celos nonagenarios.

¡Qué creíamos que era él! Lo dejábamos con los niños como un mocoso que se echa a un costado sin miramientos.

Yo estaba viendo en acción la punta de un iceberg que nunca me había sido mostrado. Era difícil creer lo que había estado acopiando. Y más aún lo que habría de continuar.

Fue la gloriosa tarde que David desvió con su lanza el arco de flechas encendidas que el anciano cacique ya tenía tensado. Lo vi enfurecerse, transformar su expresión, elevarse y gritarle a voz en cuello: ¿estar con sus nietos era dejarlo tirado? ¿Acaso no tiene derecho a hablar con un amigo?

¿Dónde pensaba que estaba? ¿Qué pretendía de él?

Yo tenía ganas de aplaudir. David tomaba su lugar. ¡Ése era mi hombre!

El viejo no se intimidó. Aulló airado que se volvería a su casa. Tampoco David se detuvo esta vez. Que sí, que ya mismo lo hiciera. Que él mismo lo iba a llevar. ¡Ahora! ¡Que se fuera! ¡Ya!

Mortalmente ofendido se encaminó hacia su cuarto, bastón en ristre, dejando sentado en acto que jamás entregaría por propia voluntad sus blasones.

Pero no se fue. Y la escena no volvió a repetirse.

CAPITULO VII. ARENQUES, PEPINOS Y PAN NEGRO.

El festín mensual de arenques venía empaquetado desde Montevideo, entreverado -bulto más, bulto menos- con la mercancía.

Al día siguiente él cargaría con ella a cuestas sobre sus dos escasos hombros reiniciando el circuito por la campaña. Semana tras semana, iba tomando forma el proyecto de instalar una tienda que lo eximiera de tan fatigosas jornadas. Un buen local debía ser pensado en el mismo centro del pueblo. Para ello era imprescindible mudar junto a él, también las casas. El nombre para la tienda ya estaba elegido. *El trabajo* iría iluminando todos sus anhelos.

La ruta principal a la capital se construiría muchos años más tarde. En esa época, durante seis largas horas, él y su cargamento se apretujaban en un tren atestado de pasajeros, único medio de acceder al poblado. Al llegar a la estación, un fatigado ómnibus tomaba el relevo y envuelto en volutas de humo negro acercaba a los viajeros hasta la pequeña urbe.

Alejandro y David espiaban su arribo mordiéndose las uñas. El pequeño salía a la vereda impaciente para no perder nada del acontecimiento. Recorría varias veces los pocos metros de la cuadra, haciendo ondular al viento los enormes pantalones que recibiera en rigurosa sucesión generacional. El último de los herederos no tenía aún criterio para protestar por esa tijera mutiladora que, al ritmo de ajenas convicciones, dejaba sus pantalones cortitos, colgando deshilachados. Recortados a su medida, para ser justos.

Doña Pía se apresuraba en la cocina, más pendiente de la señal de arribo que de la propia cena que la ocupaba. Otear el horizonte era innecesario. El rugido del viejo motor podía escucharse sin dificultad desde las casas.

La llegada del hombre marcaba el suceso inusual del mes y sacudía con ello la eterna siesta pueblerina. Cuando por fin el viejo carromato asomaba en la esquina, David corría al grito de ya viene y se precipitaba en brazos del padre. Éste reía feliz, luchando con los bultos que traía y el entusiasmo del niño que no admitía demoras en el abrazo.

Alejandro detrás, algo más discreto en su rango de púber, renqueaba con más dignidad que la habitual, impedido de corretear como también hubiera deseado. Una epidemia de poliomielitis infantil había dejado como secuela en el poblado, un grupo de niños cojeando para el resto de sus días.

La floreciente vida comercial de entonces, alternaba entre sus propios paisanos que desde la capital, lo abastecían. En aquella época de bonanzas rara vez se padecían zozobras. El tiempo transcurría generoso y sin apuro. Era posible detenerse con los paisanos para recordar algún suceso, para discutir un mandamiento de la Torá, para sorprenderse con una historia. De vez en cuando Don Jacobo me regala alguna de ellas, en esas extrañas épocas en que el mundo giraba sin que yo estuviera aún en él.

Me gusta escuchar de Joshua, el fabricante de camas de hierro, ora niqueladas ora pintadas de colores pastel. Arrastraba la misma reseña de peregrinaciones, la misma impotencia por la familia exterminada a distancia en las cámaras de gas. Era un hombre adusto y de pocas palabras, de aspecto algo reseco, cuyo paso achatado denunciaba su pie plano. Pero era un buen hombre y la ternura traicionaba su eterno ceño fruncido.

Anna, su mujer, redonda y flácida, pequeña y de fácil carcajada asmática, poseía una veta scandalizable que cualquiera podía explotar.

Cuando el buen Joshua le entregaba la mercadería, solía rogarle con amabilidad.

- Sea puntual Jacob, págume en fecha!- algún antecedente habría movilizado tal inquietud.

Don Jacobo les dedicaba su mejor sonrisa, que hoy reproduce para dejarme apreciar la literalidad de su respuesta:

- Amigo mío, si voy a tener dinero le voy a pagar en fecha. Si no voy a tener, le voy a pagar un poco más tarde! – mientras Anna dejaba ver una señal de alarma en su mirada.

Sabe también que muchos años después el paisano Joshua y su mujer serían velados y enterrados juntos, eternizada su unión en una sola lápida. Los preceptos del shabat prohíben tocar ciertos instrumentos el sagrado día. Para mantener los alimentos calientes durante el invierno, los buenos judíos dejaban encendida una llamita de gas en la noche del viernes. En esa oportunidad a pesar de las ventanas cerradas, una brisa -tal vez divina- encontró algún resquicio para deslizarse dentro. Apagó la débil e imperceptible llama, dejando al gas invadir la estancia.

Y Dios se los llevó juntos el sagrado día del *shabat*.

Empiezo a pensar en dos féretros cubiertos con mortajas negras, yaciendo uno junto al otro en el suelo, como ordena el antiguo rito religioso.

Me dejo golpear por el sino de una herencia familiar cuya singular trayectoria está ya escrita desde las cámaras de exterminio nazi. *Cámaras de gas...*

Allí, allí un acorde hace temblar todo mi cuerpo sin que yo pueda descubrir su origen, sin que yo pueda leer su clave. ¿O sí? Se nublan mis referencias, me siento enloquecer. Las fuerzas del abismo giraron durante décadas para retornar casi al mismo lugar, casi de la misma manera. Son almas en pena que exhiben con impudicia la grieta, para realizar en ella, su misión de enlace.

Temo lanzarme por esa hendidura, magnetizada por el enigma de su cifra. Esa, que se muestra y se oculta, que asoma y se desvanece en la propia palabra gas. Otra vez, el gas omnímodo y omnipresente asedia el pentagrama y se desliza haciéndose invisible, inaudible, imperceptible.

Aventurarme creyendo capturar un indicio develador de Los Misterios, me abruma. ¿Podría yo...? Aferrada a una clave fluída y letal que va disgregándose, temo evaporarme con ella, diluirme en pequeñas partículas hasta desaparecer. La perspectiva me aterroriza y quiero retroceder.

Disponer de una palabra basta acaso para horadar algún Misterio? Seguramente no comprendo nada. Mi lógica mortal sólo podría detectar los designios del abismo como meras tragedias. El pentagrama devorará los secretos, hurtará sus claves, esconderá los accesos.

Tal vez la locura sea precisamente desaparecer entre las líneas de un pentagrama, deambular entre sus múltiples claves sin hallar el camino del retorno.

Pero ahora vuelvo. Es la voz cascada de Don Jacobo la que apacigua mi seísmo, entierra con firmeza a Joshua y su mujer, y convoca a Dios para que en su paz iellos descansen!

A menudo me regala la anécdota de Joshua, porque sabe que me gusta escucharla.

Recuerdo sombreros de paja colgando de un antiguo perchero con un pequeño espejo incorporado. Siempre han ejercido sobre mí, cierta fascinación. Subía corriendo las escaleras y mi primer gesto al entrar en la casa, era descolgar un sombrero y probármelo ante el espejo. Joshua era mi abuelo.

David recibía de manos del padre el envoltorio de la fiambrería capitalina. Portador de tan sabroso manjar entraba ufano a las casas, donde siete comensales se precipitaban en torno a un mantel blanco. Todos a una, con su mejor apetito, daban cuenta del ágape.

El sueño de Yacob se iba realizando luminoso y diáfano. Su mano de orfebre concebía un paradigma familiar en el que todos reposaban allí, en la palma de su mano. La tienda *El trabajo* abría sus puertas. Los hijos mayores ensayaban sus primeras armas en el comercio. Había que guiar los tropiezos de cada uno de sus varones, designarles el mejor negocio, el pueblo más conveniente para instalarlo. El padre fue cumpliendo con rigor su programa, sin dejar nunca acéfalo su lugar.

- ¡Cinco hijos, cinco dedos! -su gloria convertida en apogeo le permitía ostentar una de sus muletillas preferidas- *Cuando el hijo pide plata al padre, ríe el hijo y ríe el padre...*

Su tarea incluía también los compromisos matrimoniales, omisos desde Polonia. Había que buscar esposas judías para sus hijos judíos. Entre los paisanos de buena familia, claro. Y con presteza interceptaba, desde el principio, cualquier digresión.

El verdadero centro de la reunión familiar tenía lugar los domingos. Éstos fueron transcurriendo uno tras otro a través de los años. Matías emprendía viaje desde el norte para llegar al pueblo, Nahum desde el sur. Todos venían a ocupar su lugar en la gran mesa familiar, que nuera a nuera y nieto a nieto, iba acrecentándose con orgullo. Los domingos se hablaba de negocios, se decidían las transacciones. El viejo presidía el congreso; opinaba y concedía, sugería o impugnaba. Hacía su propio balance de la administración que cada uno ejercía. Eso de cada hijo, no dejaba de ser a su vez, lo propio.

Doña Pía atareada en la cocina entraba y salía sin cesar, indiferente a los vozarrones de los hombres. Sin embargo si alguien la observare con atención, la vería hacer breves anotaciones al pasar, en una libretita negra que mantenía siempre al alcance de su mano, en el bolsillo del delantal. Doña Pía garabateaba números. Cada vez que atravesaba el comedor iba registrando los números de dos cifras que surgían durante la conversación.

Al día siguiente, como todos los lunes, tres o cuatro emisarios hacían cola en la tienda para levantar las apuestas de quiniela. Ella iba distribuyendo en forma equitativa los números recién horneados del día anterior.

El viejo en cambio se interesaba por los de tres cifras. Siempre tenía un momento para cotejar con alguna nuera, los números favorecidos. Juntos lamentaban que por un solo dígito -que tampoco estaba en su lugar- él o ella hubieran perdido el premio mayor.

Los chicos correteaban y recorrían el pueblo conducidos por el tío David, apenas un poco mayor que ellos, a quien todos rodeaban y se disputaban.

Las mujeres repartían su escaso tiempo entre los niños y los cacharros de la cocina. Si a alguna de ellas le resultaba imperioso marcar su opinión, ésta debía expresarse de pie, en breve acotación. Entonces el Consejo de Varones se detenía acusando la interrupción, para proseguir luego donde habían quedado.

Pero algunas veces Eva no podía evitar su congoja y denunciaba con gritos y llantos lo que su hombre se empeñaba en ocultarle al congreso. Era su estilo. Tal vez no hubiera otro.

La diatriba masculina -shh, shh- acallaba la histérica irrupción y aunque no ofrecía consuelo, tomaba aquel exabrupto para medirlo con su propio criterio.

También tenía lugar alguna reyerta cuando el préstamo solicitado se sabía desperdiciado en alguna juerga. Restallaba entonces el vozarrón de Don Jacobo, con la autoridad de un *shofar*¹⁸ en medio de un murmullo de oraciones.

Cuando ingresé con carácter oficial a conocer el clan, ya no había domingos familiares ni reuniones de consejos. Siempre he especulado que mi ventura de hoy habría sido mi infortunio de entonces. Conocer a “mis pares” fue ir tropezando a cada paso, con nuevos desconciertos. Alguien pertenecía a otra galaxia. ¿Yo tal vez? Sin duda, yo.

Todas las nueras cumplían con tesón las más esforzadas tareas femeninas. Ocupaban el puesto de trabajo de los hombres sin importar la causa de sus ausencias: un trago de más, una siesta a destiempo, un par de días de dudosas desapariciones. Las mujeres han de ser infatigables, para eso están.

Para Doña Pía los domingos se deslizaban deliciosamente y se volvían el principal objetivo de su vida. Volcaba su entusiasmo picando carne, amasando fideos caseros para la sopa del mediodía, luego una torta y galletas para la tarde. La cocina devoraba leños con fruición.

El primer indicio de que la situación había cambiado se medía por la disminución de albóndigas. Doña Pía nunca entendió cómo fue que la familia había dejado de reunirse los domingos, cuando todos reclamaban con chanzas sus *klet*¹⁹ con cebolla y su vino casero. Abría la tienda para regalarles bucos a los nietos... en la tardecita devoraban su torta de miel, ieran días de fiesta!

Me inclino a confesar que nunca vi un judío borracho y pendenciero antes de conocer al inquieto Nahum. Era igual a los no judíos, ni mejor ni peor: borracho y pendenciero. Cuando estaba sobrio -como sucede con los gentiles- derrochaba simpatías y era amado por vecinos y amigos. Le llamaban Juancito -un nombre goi- vaya uno a saber porqué!

¹⁸ Instrumento hecho de cuero de toro que emite un sonido opaco y entrecortado, difícil de obtener. Se hace oír en ciertos momentos de las oraciones, por ejemplo la víspera del Día del Perdón.

¹⁹ Apócope de *koklet*, hamburguesa fuertemente condimentada con ajo

En aquella época, Alejandro y David intentaban iniciar un negocio juntos y aunque Nahum insistía, ellos habían decidido no incluirlo como socio. Lo que no encontraban, eran las palabras para hacérselo saber.

Esa tarde en casa de los viejos coincidieron los tres hermanos. Y yo para contarlos.

Cuando Juancito hizo su entrada, traía ya los ojos enrojecidos y buscaba pelea. Alejandro saludó con garbo y de las tres puertas que la habitación disponía, se escabulló por la primera que encontró.

Algo debió suceder que no me fue dable registrar, y -aunque Nahum no necesitaba detonantes- comenzó a soltar improperios incoherentes, gratuitos y a granel. Era la única vía que encontraba para exhibir su decepción y sus reclamaciones, a la espera de que alguien las respondiera. Tiraba puñetazos con el brazo extendido trastabillando en cada movimiento y golpeando hacia ninguna parte.

Creo que algún reproche salpicó a la madre, porque de pronto, transfigurado el rostro, David, que ya estaba cocinándose en su propia sangre, salta al ruedo y lo enfrenta con los puños en alto. También él replicando con manotazos que nunca llegan a destino.

En medio de aquel vacío de golpes, Don Jacobo grita las viejas consignas -ya perimidas y a destiempo- de que los hermanos no deben pelearse.

La vieja fue más efectiva. Comenzó a gemir lastimosamente e interpuso su cuerpo en medio de la refriega, a riesgo de recibir ella el montón desatinado de golpes en busca de destinatario.

- No, no, basta! Oooy, basta!

Era la oportunidad que necesitaban los improvisados pugilistas ansiosos por detenerse. El gesto materno -sin dirimir la cuestión- logró dejar en suspenso aquel episodio.

- ¡Por la vieja! - desafiaron las miradas, ya salvado el orgullo.

Sin más palabras David se dispuso a salir del comedor sosteniendo la puerta para que yo pasara, antes de dar un buen portazo. Me hurté con premura de la misma manera en que había permanecido todo aquel interminable tiempo. En silencio.

La escena quedaría congelada quince años.

No sé cuántas veces me descubrí a mí misma durante mucho tiempo, transmutando manotazos en letra, esa letra que había sido la gran ausente. En principio hice que Nahum sollozara los restos del alcohol. Luego que lograra exigir -no sin terquedad y torpeza ética- su inclusión en el negocio. También lo dejé gritando, reivindicando furioso sus derechos -su derecho filial o su lugar en la familia. Nunca logré encontrarle argumento racional.

Imaginé entonces a David sereno abrazándolo, explicándole la diferencia entre un hermano y un socio. Recordándole lo que significaba iniciarse, por qué prefería a Alejandro a su lado y hasta qué punto no sería redituable ese negocio para los tres.

Pero aunque me apropiara de un guión imaginario, confieso que tampoco encontré las palabras adecuadas para enfrentarlo con la verdad. No lo querían como socio porque él mismo era un inminente e inmanente peligro.

Tampoco pude evitar que Nahum saliera intempestivamente sin comprender nada, con los ojos enrojecidos, dando él -esta vez- el portazo final.

Para reconocer, para admitir que todo ese escándalo era un trueno que impedía disfrutar los susurros y los claros de luna del bosque, fue necesario un rayo de mal presagio, que hiciera retumbar la noche y fulminara a Nahum con un veredicto de muerte: sarcoma de pulmón.

A sentencia tan inapelable hubo que añadirle otro ingrediente: ese fardo que habría de cargar el resto de su rencorosa vida. Remiso aún, un David vacilante llegó hasta el sanatorio. Y aquella escena congelada 15 años atrás, pudo continuar los gestos interrumpidos, saltar lo efímero que a los seres humanos nos confunde y estrechar el abrazo que los asocia –ésta vez sí- para siempre.

Y como Dios manda, lloraron juntos.

Era imperioso que Nahum hiciera estallar la unificación, forzada a lo largo de los años. Que Alejandro la hiciera añicos al fin, para sentirse él mismo, aunque más no fuera como fragmento de la implosión.

Tormentosas épocas donde David pretende situarse en el universo como si no tuviera un tronco que lo mantuviera en tierra. Como si Abraham el primogénito tuviera derecho a fragmentar lo que quedaba de una familia, ya destrozada y asesinada entre exilios y guerras.

Él se hará cargo una vez más de preservar la unidad. A su manera. Él, el padre.

Su manera será salvar su cetro. Para lograrlo, el viejo chapucero le hablará a un hijo de los errores del otro, y cada uno se creará -a su turno- el elegido. Aguzando los reproches entre ellos, su reinado permanecerá a salvo: tierra de exiliados, un poco más vacía cada vez.

Me lo explica sin ambages, estirando siempre la mano. Su mano de cinco dedos, cinco hijos.

- ¿Ves?
- ¡Veó!

Su puño que no consiente, tampoco se quiebra. Y son los dedos de su mano -aunque él no lo crea- los que al huir, se escinden. Cada uno por su lado, como gusanos que saltan de la crisálida para volverse mariposa. Para volar por un día y una noche, el tiempo justo de la ilusión.

Para Doña Pía esa era su familia. Era su carne y su piel. Esa segunda piel que el exilio mutara y que debía permanecer adherida formando parte de su cuerpo. La amenaza de otra ruptura, resultaba insoportable. Precisamente, su punto más frágil.

Cuando estallaron los conflictos familiares, luego del primer impacto no hubo más sobresaltos para ella. Aunque sus hombres se enfrentaran entre ellos con ese perfil definitivo, ninguno se apartaría de su seno.

Una mujer no interviene en asuntos de hombres: no revela opinión. Las intrigas femeninas se tejen sin tanto estruendo. Basta un leve suspiro, una silenciosa súplica. Sin presunciones ni riñas, dejará ver la medida justa de su dolor de madre.

Exánime y lánguida, su viejo estilo romántico de belle indifférence, a tan respetable edad y sin el menor atisbo de coquetería, vuelve a provocar en mí una venerable admiración. Empiezo a comprender su estilo. Cómo sostiene su sitial privilegiado, cómo con suspiros hace sucumbir a cada uno de sus varones. Ellos se ofrecen cual caballeros andantes. Sus gestas de valor invocan el nombre de la desvalida dama que aguarda siempre el rescate de cada uno de sus héroes.

Algunos harán su entrada por la puerta principal de la casa para evitar el acceso de la tienda, donde monta guardia el viejo tendero. Se verían confrontados a su propio espejo de orgullo obcecado.

El aljibe del patio hace décadas lapidado ve interrumpido su sueño de óxido y cadenas. Los desconoce al verlos pasar, yelmo bajo, lanza en ristre. Con un golpe seco apartan las sábanas tendidas al sol, insensibles ya al perfume de magnolias que envuelve el patio. Pero ninguno dejará de venir.

- ¡Por ella !

Para el padre está bien, la madre mantiene unida la familia. Mientras ella exista...

El mito de la horda primitiva vuelve a la acción. Acabará por concentrar el odio en quien hace gala de su cetro. Sin un nuevo pacto entre los hermanos. Tiempos de rupturas donde el amor vuelve a quedar de rehén. Los lazos desgarrados por hebras de rencor se volverán materia palpable en los silencios y en las ausencias.

Postrado ya en casa de David, no volverá a ver a ningún otro hijo. Tampoco preguntará por ellos. No sabrá a quién ha sobrevivido.

Los arenques con crema rusa, el pan negro, los pepinos y el pescado ahumado, llegaban apretados en un mismo paquete. En aquella época feliz, a nadie le importaba demasiado que los sabores se mezclaran indefectiblemente a la hora de devorarlos. Si el pepino sabía a arenque, o la crema rusa a pescado ahumado.

CAPITULO VIII . MÁS ALLÁ DE LA VERSIÓN OFICIAL

Abraham el primogénito, Abraham el desdichado. Un niño siete veces abuelo, que todavía demanda y estira su mano de mendigo sin convicción. Agotada la veta de extorsionar a Alejandro y a David, su gimoteo logra conmover el corazón de Doña Pía y obtiene a instancias de la madre vieja, una casa, un lugar donde inscribir su nombre, donde instalar su cuerpo. En alguna parte.

Seguirá exhibiendo sus arcas siempre vacías, reiterando sus reivindicaciones infantiles. Torpe, como un mal actor, que no logra enmascarar su desmedida y robusta complexión.

En el hogar de David hicimos el intento. Lo invitamos a almorzar.

Creí que podíamos convocar a aquel otro Abraham, al que no era. Pero el que llegó a casa, era el que era. Casi un extraño para sí mismo, en lugar de hablar sucumbía farfullando soniquetes ininteligibles. Su demostración, para asombro de la familia, fue generosa. En su hermetismo, aquellas escenas se sucedían sin respiro, haciendo uso de gags demasiado conocidos.

Sujetó el salero y lo dio vuelta sobre la carne como un juego, como quien dando por terminado su almuerzo, arruina hasta los desechos. En realidad era su modo de sazonarlo: entonces, daba comienzo su festín.

Si acaso venía desbordando alcohol, no me di cuenta. Para mí era su estado natural. Pero dos copas de vino fueron suficientes para hacerle dar un traspié y derribarlo al suelo con estrépito. Ayudarlo a erguirse sobre sí mismo no era tarea fácil para David. En cada intento aquel corpachón lo hacía caer a él también.

El bochorno, que enrojecía al propio David, se había adueñado también de los niños, e imposibilitaba cualquier vía de acceso que mi ingenio intentara improvisar.

Su mujer -que nunca ha logrado descifrar qué icarajo! lo mantenía desconforme en esta vida- terminará abandonándolo, mal que les pese a las sagradas leyes. Ya fuera de su alcance, ella comprará un triciclo para repartir artículos de vestir y su rostro al viento logrará despejar algo de su propio desasosiego.

Solo, ya sin una labor que lo sostenga, exhortado a cocinar sopa para una madre en agonía, Abraham pretende algún dinerillo. Envalentonado, su descontento crece hasta adquirir forma de amenaza. El viejo paga sin proferir palabra.

El viejo paga su desconcierto ante la muerte. Paga también la jactancia viril de no saber hervir agua para hacer un té. Su propia bravuconada se vuelve metáfora de su desamparo.

Cuando ya no hubo más vieja que sostuviera el endeble pacto entrambos, por algunos días el primogénito sigue cobrando su jornal, cocinando de peor humor cada vez. Fustigado hasta el borde, Don Jacobo dice basta a la extorsión. Y Abraham dice basta a la sopa.

Y no volvió más.

Los equívocos se asemejan a las rocas, que hoy frente a mi ventana, el mar no alcanza a cubrir. A veces están a la vista y es posible sortearlas. Cuando quedan ocultas, su rigidez lesiona la piel, la deja en carne viva.

Mi memoria se ha vuelto implacable. Sin mi consentimiento está empeñada en recoger los restos de un adagio de la Biblia de Yacob. Espera verlo trastabillar y fragmentarse al caer.

- Cuando un hijo pide dinero al padre, ríe el hijo y ríe el padre. Cuando un padre pide dinero al hijo, llora el hijo y llora el padre.- solía rezar su anciana sabiduría.

La letra seguirá viva para él. Pero los acontecimientos cotidianos, tan necios, no lo saben. La van vaciando de risas, le van amputando de a uno sus cinco dedos ...

El detonante desata una vez más -como el gigante de la lámpara- los fantasmas sepultados, condenados a estrellarse periódicamente como el remolino contra las rocas. Enconos cósmicos vuelven a descerrajarse desde otros tiempos. En momentos privilegiados como éste, se los ve correr desbocados, arrastrando a los abismos todo lo que encuentran a su paso.

Luego, la brisa apaciguará las aguas y su acción permanecerá agazapada durante un tiempo inconmensurable. Cuando hibernen las iras y el mar recupere su sosiego azul, otro de sus retoños le habrá vuelto la espalda.

Abraham va a encontrar otra mujer menos judía y acaso más complaciente. Va a mantenerla el resto de su vida fuera del alcance familiar, casi en secreto.

Al fin, habrá logrado preservar para sí ... algo propio?

Sonante como un acorde, el dinero parece hacer lazo entre diferentes melodías que se cruzan de manera confusa.

Ora se vuelve terreno fértil donde se precipitan las furias, recogiendo los cadáveres sacrificados. Su propio patrimonio de primogénito no fue suficiente para traer a Braja y a su familia. La moneda de entonces ha quedado perimida. Embargado, él paga y paga sin poder saldar la cuenta. Sin obtener ya nada a cambio.

Ora sostiene aún toda su capacidad virtual de supervivencia.

Transcurridos los siete días de duelo, Don Jacobo se abre una vez más a "El trabajo". La tienda parece haber envejecido de golpe. Sin embargo engalanada con los vetustos atributos de su pasado, se niega a perecer. Cubierta de polvo digno de mejor suerte, se empecina ofreciéndose a bajo precio ante un público humilde que la ha traicionado.

Zapatos manteles ropa interior bombachas de montar ganchillos boinas telas para colchones crea para sábanas camisas mochilas duermen, amontonados como en un desván olvidado, el sueño de los justos.

En los estantes, un museo inextinguible de botones exhibe la moda de varias épocas. Entre los vericuetos, se ocultan sin que nadie lo pregone, codiciadas puntillas, festones e hilos "Cadena" de una calidad que la vida moderna ha convertido en reliquias.

Don Jacobo vuelve a ocupar su lugar detrás del mostrador de roble. El mismo lugar castigado durante décadas por un resplandor que ciega los ojos e impide ver quién entra. La palma de la mano volverá a servir de visera, como si nada hubiese cambiado. Como si Doña Pía trajinara en su cocina para volver a aparecer, cuando él se apodere del palo y la llame.

Acomoda un paquete aún sin abrir, ordena camisitas de niño en el estante. Alguna prenda más actualizada y estratégicamente expuesta frente a la entrada, puede atraer aún el interés del transeúnte.

Pero esta vez, sofocado y rojo de vergüenza, un poco gastado a la altura de la falda, amanece el último batón de la finada, colgado en la primera percha. Es David quien lo rescata de aquel cadalso, sacudiendo reiteradamente la cabeza.

El taimado tendero niega haberlo sustraído del ropero. Y cambia de tema. Hoy está interesado en saber a qué precio abrió el dólar.

En Siberia, en el interior de la cárcel, la mayoría de los prisioneros se moría de inanición. Para sobrevivir, él aguzará su ingenio comercial, tan falto de reconocimiento hasta ese momento. Si su padre hubiera vivido entonces, tal vez descubriera que una transacción comercial puede acaso salvar una vida. La propia, al menos. En la tierra, claro.

Yacob lograba comer cáscaras o papas a veces, salteando días, cuando obtenía algún rublo a través de ciertas escaramuzas con los guardianes.

¿De qué manera? Mi interrogante vuelve su mirada más de medio siglo atrás y vacila.

- No fue fácil -el vanidoso prisionero hace un breve silencio, pierde su locuacidad y yo mi curiosidad.

Esta vez su fragilidad queda a la vista y él no trata de cubrirla. Salta desde allí con elegancia hacia la otra orilla y ubica en la mira, designios más elevados. Ha ido juntando el dinero que ganó en la prisión y con él está pagando su fuga, justo antes de finalizar la guerra.

Su fuga ¿de Siberia? El dato es nuevo. El impacto me transporta a odiseas riesgosas, tan osadas que pierdo la ocasión de inquirir por más detalles. Cuando vuelvo al relato ya ha finalizado la guerra y él deambula por las calles de Rusia en busca de su hermano menor que acaba de ser excarcelado.

Y lo halla ien tan lastimoso estado ! Yacob le da de comer, le compra

ropas. ¡Hay que ponerlo en mejores condiciones para que su madre lo vea elegante y bien afeitado! Cuando llegue el momento del retorno, se lo ha de enviar a casa, en un tren de pasajeros de segunda ¡bah!, para no hacer ostentaciones innecesarias.

El ritornello de su narración se mantiene vivaz. Tañe como un aria conocida cuya letra y música vamos siguiendo. Aunque el relato parece adormecerme, algún matiz que no sé definir me sacude y despierta, al resonar de modo diferente. Tal vez espero que baje la guardia y algunos velos puedan descorrerse.

Y de pronto sucede. El mismo tema musical ha cambiado de tono. Una vez más a mi oído llega la fuga. ¡Otra, es otra!

De la heroica aventura en Siberia acaba de saltar a la víspera de lo que hasta hoy creí su exilio voluntario de Polonia.

¿Una fuga de Polonia? Ya estoy bien despierta e inquiero con perentoriedad. Me siento con derecho a saber.

Cuando su verdad estalla viene trenzada con la misma furia de entonces. Son una sola urdimbre y develar la una, libera la otra. No me deja respiro.

Toda una organización tan bien armada, desbaratada por un estúpido principiante que en pleno trabajo de contrabando, es descubierto in fraganti ingresando artículos de Alemania. Presa de su propio miedo, el insensato se precipita a confesar y en el enredo denuncia a los cabecillas. ¡Todo a destiempo! - Don Jacobo hace un gesto de impotencia- Un jefe de policía que no se halla en su distrito y un enorme despliegue policial para acorralarlo a él y sus tres compañeros: órdenes de allanamiento en sus casas, corridas a caballo, oficiales gritando a voz en cuello con rifles cargados prontos para disparar, ¿qué te parece? – termina fastidiado.

Recorro mi memoria para repasar con urgencia, la pieza de su historia que equivoqué desde el principio “... *cuatro amigos hastiados de buscar un trabajo digno, postergando durante meses la decisión del exilio hasta obtener el consentimiento familiar ... desgarradoras despedidas ... la promesa ... la certeza*”

Y rectifico. “Cuatro contrabandistas huyendo de la policía, apurando la noche para desaparecer del país, improvisando promesas sin tiempo de despedidas y dejando tras de sí -amputadas y en desconcierto- cuatro familias bajo vigilancia oficial”.

Me parece que escapar con la fuerza policial pisándole los talones, tal vez gane en audacia pero agrega un matiz de oprobio a la gesta, y ésta pierde -si no su encanto- algo de su dignidad.

En cuanto al delincuente, tal vez borrara tanta irritación si descubriera que una transacción comercial fracasada, también puede salvar una vida.

Jugado a cara o cruz con la suerte, munido de esa pujanza visceral que lo constituye, sorteando la muerte con la pericia de quien parece no apegarse demasiado a la vida, emprende viaje.

Subió al barco dando vuelta los bolsillos. El trayecto sería bastante largo, habría tiempo para pensar en algo. Durante la travesía, unas partidas al Ein un Zvantzik²⁰ matizaron aquellas horas largas y vacías. Y sin proponérselo le permitieron desembarcar con ropas nuevas y unos pesos para empezar a moverse en la nueva tierra.

Su olfato por la vida lo guió como lebre herido por los atajos buscando salidas, mal o bien habidas. Sostuvo la avanzada sin caer en la tentación de mirar hacia atrás a riesgo de convertirse en estatua de sal.

¡Matías!

Busco a Matías para ordenar mis pensamientos. Allí está su rostro rubio y serio. Me mira en silencio. Me parece verlo mover las comisuras de sus labios y esbozar una sonrisa que lo dice todo. ¿Qué espera de mí? Con mis escasas palabras, como puedo, voy apenas barruntando. ¿Cómo dar cuenta de ese resto? Él sabe bien que la herencia de sus ancestros, dejó también escritas sus capitulaciones. Pero ¿qué dolor ha hecho nido en mí, qué de esa historia me habita con su guadaña implacable?

Entre ambos, se ilumina en verde una pradera soleada. Una sombra de hombre la atraviesa. En su premura por abrir camino, pisotea florecillas silvestres de variados matices, esquivo cactus erguidos, arremete por encima de troncos caídos. Su ojos otean el horizonte, ocupados en vigilar sin reposo los accesos del enemigo.

Matías se ha puesto serio. Eso que no supo de sí mismo, ahora lo sabe. Renunció a su herencia, prefirió morir. El sereno que asoma a sus ojos parece humedecido. Lo que está a la vista no lo hiere ya, más bien restaña su herida.

¿Cómo reconocer las penumbras... si no se distinguen los goces! ¿Con cuál arte... si sólo hay apremios que no admiten desvíos! ¿Cómo sortear las espinas... si no hay espacio para rodearlas! ¿Dónde hacerlas resonar... si no hay amigos para acogerlas, si no hay nadie en quien confiar!

Las sombras se acumulan invisibles, en ningún lugar. Cuando estallan, alguien las hace suyas sin saberlo. A veces creo ver también a David, secuestrado por alguna materia que lo confunde y le impone un drama que no es el suyo. O es a mí que ...?

Echo un vistazo a Matías, abstraído en su silencio. No parece atribuirme un desvarío. Eso me alienta. Aún he de decirle cómo me veo abrasada en una titánica y ominosa tarea. Debo exorcisar un legado atávico que me hala en su órbita y me incauta en sus fueros. ¿Por qué a mí? ¿Qué espectros me involucran? ¿Cuál legado podría pertenecerme?

¡Tal vez él lo sabe ... y no puede decirlo?

Le confieso que muchas veces esta rebeldía que se cuela debajo de mi piel, la he arrojado al rostro del viejo, a su jerarquía de rama ancestral. Y sé bien que el efímero éxito roza apenas la corteza secular.

Matías ha encendido su pipa y fuma con parsimonia. Dibuja en su rostro esa sonrisa tierna que quedaba a medio camino, cuando vivía. La bocanada de humo la cubre por un instante y cuando lo busco una vez más, se ha desvanecido en el aire.

²⁰ Juego similar al Black Jack

Cuando me tocó comparecer en escena, la vejez ya había vencido parte de sus intransigencias. Tampoco me inquietaba cuando alguna reaparecía. El viejo y yo nos medimos y nos equilibramos, en un frente a frente mezcla de juego y verdad, que yo acompaño y él recibe con cierto alivio, porque es su estilo y en él me encuentra.

Quiere saber si David y yo vamos a salir esta noche. Asiento sin vacilar. Más aún, soy yo quien quiere saber si eso le ofrece algún inconveniente. Dulzón y meloso intenta hacerme comprender que David necesita descanso para volver a la faena del día siguiente, porque es “el trabajo” el que...

Una vez más el sino de David parece disputarse entre su mensaje secular y mi burdo desafío. Me empeño en desplegar el placer que nunca se permitió. También soy hija de inmigrantes. Subiendo de tono me vuelvo cruel y provocativa haciendo el balance de su propia vida, del surco que ha marcado para su hijo, convirtiendo medios en fines.

Ante mi vehemencia inesperada vacila un poco y yo arremeto con el golpe de gracia conminándole a que sea él quien habilite en su hijo ya mismo, más allá del deber cotidiano, un tiempo para el goce y la ternura, la distensión y el amor, el deseo y la entrega...

Allí me detengo y espero.

Entonces suspira brevemente, se mueve inquieto en el sillón y finalmente mi curiosidad lo oye rumiar:

- Ehh, David itu señora quiere pasear!

CAPITULO IX . DEMASIADO VIEJO

Volvíamos de una semana de descanso.

Antes de bajar el primer bolso, Magdalena –una cincuentona que había quedado a su cargo- deja rodar su humanidad por la escalera gritando que no iba a tolerarlo.

En medio de esa crisis hecha de aullidos, creo entender algo sobre propuestas deshonorosas, ese viejo depravado, decía que tenía frío en la cama, solo ... que si ella quisiera acompañarlo...! Lo amenazó con denunciarlo si insistía y ¡él insistió!

Cuando llegamos hasta el festejante, éste se mantenía erguido, barbilla en alto, sosteniendo una actitud de elevada dignidad. Ofendido con ella porque le había soltado una serie de improperios...

El escándalo hacía creíble el evento. Y aunque los vientos soplaban a tragedia, ambas declaraciones en contrapunto, lograban una perfecta armonía. He de confesar que el primer impacto fue, para mí, el de una revulsión estética.

Bajar los bolsos en medio de aquel pas de deux, me dio tiempo para considerar si debía indignarme o reirme. En ese momento inoportuno, mi memoria se anuncia con un tintineo de campanillas. Me recuerda algunas revelaciones que creí olvidadas. Son versiones de episodios tempranos en su vida, relatadas sotto voce por una de esas nueras, a la cual nunca le he dado crédito.

Parecía insertar las aventuras de su marido, en la cuenta del suegro.

Cuando David decidió increparle su comportamiento en casa, el viejo eludió como siempre el compromiso que durante toda su existencia se ha mantenido aferrado a la vida. Como si los placeres y las satisfacciones personales debieran jugarse a escondidas, guardadas celosamente en la privacidad de su cuerpo, para solaz de su boca, su vesícula, su sexo.

- ¡Era una broma, m´hijo! ¡Estoy demasiado viejo para eso!

Durante varios días lo observé de soslayo esperando ver aparecer al fauno que se ocultaba en su cuerpo viejo y su hernia inguinal. Descubrí que mi conflicto estético residía en esta última. A medida que había ido creciendo llegó a adquirir el tamaño de un balón de rugby, imposible de disimular bajo el pantalón. Eso parecía quebrar la armonía de todo el evento. ¿Cómo podía él con ese abultamiento enorme, pretender... ?

Pero no hice mención al hecho. No por pudor femenino, sino para dejar en evidencia sus goces, de los que habitualmente reniega.

Su energía como montura en galope furioso, corre desbocada y se le derrama por doquier. Brota orgullosa en la línea afinada de su boca, en la luminosidad azul de sus ojos, en la firmeza con que captura su bastón, en la negligencia de su camisa manchada. La vida, que no logra amordazar detrás de las frases vacuas, se asombra de sí misma.

- ¡No sé cómo estoy vivo!

Pocos años ha, un ladrón irrumpió en la tienda descargándole un golpe de hacha en la nuca.

- ¡Un hacha !? - uno por uno, cada quien manifestó su duda.

Su recia conformación resistió el golpe. Bañado en sangre mientras era conducido hacia el sanatorio, iba componiendo la escena e informando al agente que lo acompañaba, la identidad de su agresor.

- Se llama, se llama ¡Cruz!! Es hijo de Gualberto Cruz el albañil, que vive en La Estiba, frente al electricista Silva "El cortito" - explicaba mientras frotaba su cabeza con alcohol rectificado y sujetaba la botella debajo del brazo, siempre rumbo al sanatorio.

Media hora más tarde la policía había localizado a su hombre y lo apostaba en la esquina del nosocomio. Agregaba tres o cuatro varones de complexión y edades similares, asegurando del viejo una correcta identificación.

Desde el ventanal de su habitación en el primer piso, el viejo alzaba el índice y apuntando con certeza, lo señalaba sin vacilar.

Los médicos detectaron una herida externa en el cráneo, sin traumatismo.

En casa del agresor, detrás de un montón de cajones, hallaron el arma.

- ¡Me caí de la azotea a los cuatro años, doctor!

Ante la inminencia de ser reclutado en el ejército polaco, aquel intento de ser exonerado -atacando su ojo con orines- había resultado un rotundo fracaso. Jugaba ahora su postrer recurso en la última entrevista ante el médico. Éste se sacudió con una franca carcajada y de muy buen talante lo envió a la guerra.

A él en cambio la misión no le resultó divertida.

Con muy escasa preparación bélica había sido enviado al frente. Su patrulla estaba cumpliendo una misión de exploración. Se desplazaban con cautela por el terreno, cuando en medio de la llanura un violento ataque enemigo los tomó por sorpresa. Para alcanzar rápidamente la trinchera que les daba refugio había que arrastrarse con el cuerpo a tierra, quedar un par de segundos al descubierto y saltar luego aquel montículo, antes de lanzarse dentro. No era fácil cubrirse unos a otros mientras el fuego homicida silbaba sobre sus cabezas en un frenesí atronador e interminable. Cada cual hubo de ocuparse de su propia vida.

Cuando el estallido de las armas por fin se detuvo, nadie se movía. El humo se metía en los ojos y el acre olor de la pólvora atravesaba la garganta. Mientras el aire dispersaba la niebla, el silencio se había vuelto tan terrible que nadie parecía atreverse a respirar. No se escuchaba ni la imperceptible queja de algún herido.

Yacob se movió apenas. En lugar de su voz, su garganta emitió un sonido bronco. Pero nadie respondió al llamado. Tampoco a sus gritos, ni a sus sollozos acongojados.

Del fondo de la trinchera sólo él -únicamente él, Lázaro atribulado- se levantó entre los muertos y como pudo, echó a andar.

Fue con furia y desesperación que, tanteando el camino de retorno hacia su escuadrón, con las lágrimas marcando surcos en su rostro tizado, decidió dar por finalizada esa majadería de la guerra.

- ¡No sé para qué vivo!

Entre el lavatorio y la mesa servida para el almuerzo, el suspiro se desgrana en el trayecto.

Ocupa su asiento con aire displicente. Le gusta hacerse rogar mientras da buena cuenta de sus platos. Llegado el postre, sucumbe su arrogancia. No puede evitar echar un vistazo a las otras porciones, antes

de darse por satisfecho con la propia. Conociendo sus debilidades le ofrezco tan solo a él, al finalizar el almuerzo, una tableta de chocolate. La mirada brilla y sonríe mientras explica que es un exceso para él. Casi a escondidas la engulle rápidamente.

Si en ese momento le interrogara acerca de sus placeres almibarados, se apresuraría a responder, muy aliviado de poder invalidar su pequeño goce: - ¡Ya estoy demasiado viejo para esas cosas, m'hija!

Fue una cadera rota la que logró tumbar al héroe en cama.

Un torpe deslizamiento del bastón, una insignificante caída y la pequeña ciudad ya no verá abrir las puertas de aquella tienda que se llamó "El trabajo". El sol matutino no volverá a cegar los ojos que miran detrás del mostrador.

Las valiosas puntillas buscaron la proximidad de los botones viejos, cuando se vieron vergonzosamente expuestas como últimas ofertas "por liquidación de mercadería". Esclavos sin hogar ya, rematados al mejor postor. Abraham el primogénito, que había encontrado el buen motivo para poner en juego su iniciativa, se apresurará a reclamar su dinero.

En casa de David un puñado de auxiliares y cuidadores a quienes destratar, revolotearán a su alrededor. Lo escucharé toser su bronquitis crónica, hacer arcadas y expulsar flemas. Sentiré sus gritos airados, sus espasmos, sus carrasperas, entre riñoneras inservibles, éscaras... todo el día. Y si no tomare la precaución de cerrar dos puertas anexas, también toda la noche.

Durante todo ese largo tiempo, con ocasional excepción de algún nieto, ningún hijo llamará ni vendrá a preguntar por él. No recibirá más visitas. Tan solo una.

Apareció un día, llamó a la puerta y pidió verlo. Era una anciana pequeña y enjuta, de aspecto humilde. Dijo llamarse Julia De Puentes. Acusó cierto embarazo cuando la hicimos pasar a la habitación donde reposaba el viejo.

La presentación de aquel extraño personaje me hizo aproximar y aguzar el oído del otro lado de la puerta. No me era dable escuchar la vocecilla de ella. O tal vez no estaba diciendo nada. Pero su visita fue breve. En seguida el vozarrón se dejó oír con claridad, conminándola a irse. Tal vez fuera a perder el ómnibus como él repetía, pero no sonaba amable. Su presencia parecía inquietar al hombre.

Dos o tres meses más tarde la viejecita volvió renqueando. La hija que la acompañaba la esperó en el hall de entrada. También esta vez la entrevista fue debidamente restringida.

Lograba intrigarme.

A la siguiente vez, mientras yo buscaba la manera apropiada de abordarla, fue ella misma quien solicitó un momento para hablar con nosotros. Nos apresuramos a complacerla. ¿Por qué no ahora mismo? La condujimos a la recepción. Como era de esperar, tomó asiento en el borde de un sillón.

Y con esa formalidad excesiva que la gente recatada tiene para expresarse, comenzó por enunciar sus respetos para la familia. Siguió con su aprecio por el viejo. Luego incursionó en su admiración por Doña Pía. Habló de una vieja y fiel amistad...

La nómina parecía demasiado larga.

No, no vivía en el pueblo, pero solía ir allí a visitar a su hijo. Pasaba entonces por la tienda y saludaba a los viejos. Aún luego de fallecer la finada pobrecita, ella siguió visitando la tienda para prosiar con él. Se habían hecho muy amigos. Moraba en otra ciudad con su hija, sus nietos con los que

La última palabra que retuve, bloqueó el resto. "Amigo" no figuraba en el vocabulario del viejo. La cháchara se explayaba y perdía el rumbo. Esta mujer no confesaría lo que esperábamos si había un hombre -hijo además- en frente de ella. Miré entonces a David y le hice la señal convenida. Él se incorporó, se disculpó y sin el menor entusiasmo dejó la habitación.

Ya David fuera, vuelvo con cautela a esa palabra que había quedado resonando por las paredes.

¿Se habían hecho muy amigos con Don Jacobo? - pongo todo mi esfuerzo para que el "muy" no suscite suspicacias y el "amigo" no falte en la frase.

No se trataba de sutilezas. Julia De Puentes había venido a decir algo y era ella la que buscaba la oportunidad y la manera de hacerlo.

- Sí -pareció aliviada- me ofreció irme a vivir con él!

¡Oh! Al no encontrar la resistencia esperada, me sentí caer de bruces. Logré empero acomodar mi mejor sonrisa para envolverla en un hálito de total aprobación.

- Pero mire usted, qué bien! ¡Qué bien! - me oí decir tontamente Ahora podía contar todo de un tirón.

Está preocupada en extremo. La propuesta del viejo imprime en su vida un giro inesperado. Implica alejarse de su hija, de sus nietos que la necesitan, tomar una decisión como ésta ino le resultaba fácil !

Parecía pedirme la mano del viejo. Quería reasegurarse un lugar para re-comenzar su vida. Y buscaba en mí el voto familiar que consintiera esos sueños. Sueños que flaqueaban justo al llegar. No parecía advertir que desde el principio, esa fractura de cadera estaba marcando su imposibilidad.

Acusé el impacto. ¡Esa pequeña anciana y su utópico proyecto! Por un instante creí tener en frente de mi algún espectro ingenuo que renovaba sus reclamos de vidas pasadas. Yo ya estaba familiarizada con sus intempestivas apariciones.

Pero Julia De Puentes seguía allí, regalándome el tesoro de sus reflexiones. El hombre viejo le había aconsejado pensar en sí misma y en él, ino les quedaba mucho tiempo! Ella comprendía que en ese aspecto él llevaba toda la razón.

Mientras ella hablaba, yo asentía. La lógica era implacable.

Él le había prometido un buen pasar, le había asegurado que sabía ser muy buen compañero, que podían ir juntos al cine, que la llevaría a la confitería,iooh, ooh ... eso ya era otra cosa!

De súbito mi fascinación se había interrumpido. El hechizo estaba roto. En el mismo espacio de un sueño sublime se atravesaba una bufonada grotesca y absurda. Lo sagrado se había vuelto profano delante de mis ojos.

La metamorfosis hizo presa de mí sin transición.

Las lágrimas que la quimera de una abuela habían hecho asomar, se trocaron en un ataque de tos. Para ocultar el estremecimiento de una carcajada que ya no podía contener, daba vueltas la cabeza sin dejar de apretar la nariz.

¡¡Hijj odepuu ta!!! – temía que el alboroto de mis pensamientos llegara a sus oídos. Estaba viéndolo hablarle en voz baja, persuasivo, convenciéndola: evaluando la ganga de un servicio doméstico que supiera prepararle el té. Una presa que habilitara de nuevo, sus urgencias.

¡Noventa y tres años! ¿Cómo admitir la imagen de un seductor en un cuerpo reblandecido que a rastras con su cansada anatomía, mide aún con ella, sus opciones de placer!

Buscando letra para mi revoltijo de emociones, irrumpe aquel comienzo: En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme...

Y de pronto vuelvo a cumplir 15 años. Mi vaporoso vestido blanco, se desliza entre brazos varoniles, con la ilusión de Mi primer vals. El salón se ve colmado y todos danzan a mi alrededor. Strauss nos transporta ahora a Los bosques de Viena y la luna ilumina nuestras cabezas, derramando sobre ellas ese breve fulgor de eternidad.

El viejo ha tomado a la anciana de la mano y la enlaza. Juntos, giran y giran suavemente perdiéndose entre los árboles, sin dejar de bailar.

Julia De Puentes tampoco volvió más. Meses más tarde algún familiar tuvo la gentileza de informarnos su necrológica.

CAPITULO X. CHAC CHAC CHAC

Aquellos hombres definían su vida y tomaban usufructo de ella en forma casi instintiva, envolviendo en su saga a la mujer que elegían o les tocaba en suerte.

La mujer tomará un lugar más equívoco a la zaga, en la medida justa. Acallará sus objeciones para no interferir en la acción. El lugar del poder no se comparte. Todo el peso de la historia secular, además, cae sobre el hombre.

Son sus ancestros los que montados en viriles mandamientos, vigilan con celo inmortal cada uno de sus eslabones. Y es él, quien al perpetuar la cadena generacional ha de darle sentido a sus precedentes existencias.

Por eso, el amor se confundirá con la posesión y ésta con la esencia vital. La convicción del varón no contemporiza con vacilaciones.

Las mujeres no cuentan en la columna vertical de las generaciones. Se ocultan en los huecos de los edictos varoniles. Cuánto menos las consideran, más se opaca y abruma la vida de esos varones. Pero ellos necesitan no saberlo. Si en medio de alguno de sus discursos de macho acreditado, yo mencionara la carta de Braja, todo se le vendría al suelo con estrépito. Porque esa mujer, su hermana, va restando de su propia imagen de hombre -cada vez- lo que no supo prodigar. Mejor es que sigan hablando entre hombres, creyendo sostener al mundo.

- Tu padre - su tono se vuelve ceremonioso- tiene que ocuparse de tu hermano y su familia. ¡De tí y tus hijos me encargo yo!

Además de erigirse legislador de las obligaciones de mi padre y adosarme a su libreto, ha borrado de un plumazo la existencia de David. Su declaración de principios ya en los albores del siglo XXI y mi indignación, me obligan a reconocirme en etapa de transición transgeneracional.

Me veo en medio de una multitud, reclinada sobre el muro de los lamentos tratando de insertar entre las piedras algún mensaje de protesta para antepasados. Deseando escabullirme del cepo, mascullo para

mis adentros un yonomecaséconusted y no se lo digo porque lo utilizaría para demostrar lo efímero de mi bravata.

El viejo acaba de reinstalar de un solo golpe al Patriarcado, destruye años de lucha de los Movimientos Feministas y me da clase de Antropología Cultural.

- ¡Cuénteme de sus novias!

Los ojos celestes adquieren un brillo picaresco y una ancha sonrisa algo bobalicona queda dibujada en su rostro por largo rato.

Yacob estaba prometido para casarse con Leie. El convenio había sido acordado por el autor de sus días, que apostaba a una mujer algo mayor, para hacer de él un buen judío.

Ese padre temeroso de Dios suspiró aliviado el día que Yacob cumplió trece años y se volvió responsable de sus propios actos. Binam oró y dio gracias al Señor por quedar redimido de tantos yerros ajenos.

Había transmitido los divinos preceptos y dejaba un contrato matrimonial debidamente certificado por el rabino. Ese era su legado, su último intento de asentar esa cabeza indómita que ya a los doce años pretendió trazar su propio destino. Su misión y su compromiso tocaban a su fin. A Dios gracias.

Y el Señor se apiadó de Binam. Durante la peste negra, atravesó el santuario y se lo llevó envuelto en fiebres, para que no fuera testigo de la transformación hereje de su vástago primogénito. Yacob tenía 19 años.

En su itinerario de pueblo en pueblo, el joven viajero llegaba a una de las plazas donde vivía aquella novia por contrato. Las esquelas que le enviaba, eran encomendadas a una jovencita que aún no contaba catorce años, emisaria indiferente, muy ajena a lo que le depararía el verdadero destino de su función correo.

Yacob no amaba a su novia, como no amaba ninguna cosa que su padre delineara para él. En la oportunidad de la conscripción involuntaria al ejército polaco, vislumbró la ocasión de un audaz rompimiento. De ese su infortunio, obtendría una tajada.

¿Cómo hacer para soslayar la sensibilidad de una mujer, burlar la ley mosaica y salir incólume de aquel trance?

El zorro -compungido, meloso y cabizbajo- vigila atento cómo su víctima ingenua se acomoda en la trampa primorosamente preparada. Y le habla. Le explica -hasta volverse locuaz y convincente- que él no tiene razón para sacrificarla. Ella no merece vivir uniendo su destino a una atadura que podría ser nefasta si algo irreparable le sucediera a él durante la contienda. Por eso le ofrece devolverle su palabra y su compromiso, liberándola de una anticipada y estéril viudez.

Si el destino quisiera que él retornase ileso, él jura que se casará con ella.

- ¿Lo juras?

- ¡Sí, claro, lo juro !

Y de regreso, doblando el recodo de la plaza, el brillo avieso relampaguea en la mirada del zorro, que pegando un salto feroz se aleja, relamiéndose del banquete devorado.

Su figura diseñó para mí una leyenda de gestas gloriosas, de elevados arrojados que no se someten a leyes de urbanidad ni a juzgamientos de mortal alguno. Que no hicieron concesión a todo lo que se esperaba de él. Aún con la gracia de un antihéroe ha jugado su hálito de vida en cada decisión, y no ha vacilado -en cada mojón de su historia- en desviarse si era necesario, para ser el creador de su propio destino. Su vida fue un tiro de flecha, que arranca con violencia su trayecto, para clavarse directo en el blanco. Tiene la fuerza de una cascada, imposible de detener.

Otra vez aparece Matías. Ahora es una osamenta irreverente que se ríe de mi vehemencia.

- *Imposible de detener* -repite mis últimas palabras varias veces en eco con su voz cavernosa- *imposible de detener, imposible...*

Me somete al ejercicio contrario sin el menor esfuerzo. El verso que brota parece ya escrito en los cielos. Y un shofar lanza su gemido con breves intermitencias.

Sin saber

Me veo rodeada de túnicas largas, en medio de un coro que canta tragedias. Con su timbre sostenido, el eco de las voces me envuelve. Solloza el shofar.

Sin saber

... ralentar la marcha, mirar a los lados para saber de los otros con sus sueños incipientes. Lanzarles un guiño, una sonrisa, hacerles un lugar a su lado y caminar juntos.

... retroceder un trecho para vislumbrar lo que perdió por el camino, lo que olvidó en las sombras y confortar algunos fantasmas.

... descansar alguna vez acunado por las vacilaciones que le habrían permitido añorar, enternecerse, regalar una flor, llorar, dejarse amar.

Creyendo que lo podía todo arremetió con marchas forzadas, impuso su ley y se precipitó finalmente en excesos a los que la vida - su única acreedora- le pasaría factura.

Percibo que mis pensamientos han avanzado solos, ya sin eco. ¿Será ese su juicio final? ¿Habría llegado ya el día de su perdón, acaso de su condena?

¿Matías? Matías, el coro y los mismos cielos se han desvanecido.

Pero aquí, sobre esta grava, son aquellos excesos los que prevalecen hoy, sin sus glorias de entonces.

La vida cotidiana también se hace cargo de ahuyentar el mito. Las mismas frases flotan cual pompas de jabón, brillan al primer reflejo de luz y se desvanecen luego en el vacío. La epopeya se va mezclando con los eructos, con la negativa de bañarse porque ya es viejo. Se va diluyendo en estériles empecinamientos.

Ora rechaza la carne para demandar a gritos huevos fritos porque éstos son los que alivian su castigada vesícula.

Ora reclama cada día, cada hora, su trámite jubilatorio con su vozarrón de patriarca. Lo impone como tema privilegiado, como urgencia en la mesa familiar. Por hartazgo, David cumple la tarea. El resto de la familia, suspira aliviado.

Cuando finalmente obtiene el considerable monto, guarda celoso el dinero y oculta la información. Su repentino acallamiento del tema, su reticencia a mencionarlo, lo deja en flagrante evidencia. Sin duda, se lo haré notar para ponerlo en aprietos. Me gusta ver cómo se escabulle de sí mismo.

Esboza un gesto de “eso no tiene importancia” y esconde su propio placer:

- Unos pocos pesos...

Esos pocos pesos que retacea cuando -agotada la reserva- el panadero viene por su paga y yo no estoy en casa.

¡Chac, chac, chac! Aquella enorme y gruesa cuchilla, casi cuadrada -de modelo irrepetible- cae pesadamente machacando carne, perezil y ajo. Decenas de veces percute con cadencia la gran tabla, anunciando el menú de klet. Es un trabajo artesanal cuyo sabor - que habrá de perdurar el resto del día- podrían gozar los paladares, si fueran bien resistidos aún por los estómagos de hoy.

Me mira condescendiente, y con desprecio burlón perdona mi ignorancia cuando aludo a ciertas máquinas de picar - apenas las de manivela- como si yo no supiera valorar la diferencia. Permanezco mirando fascinada la cuchilla cuadrada que cae -chac chac- en sucesión regular, desmenuzando la pasta en un picado grueso y desparejo que hiere esa sensibilidad estética que inútilmente conservo.

Deja la cuchilla para correr a la vieja olla esmaltada donde bulle la sopa del almuerzo, agregando un puñado de sal acá, una cebolla allá, volviendo a la pasta de klet, rápida y eficiente, con ese automatismo de quien no piensa, pues lo que hace forma parte del bagaje de gestos que lleva incorporado.

Abre el placard para retirar un plato. Los estantes aparecen forrados con papel de diario y el polvillo deja una película sobre la vajilla. Tal vez sus ojos ya no ven. Tal vez ya no importa. Algunas normas no parecen sostenerse a la vejez. Se vuelven polvo.

De pronto se escuchan algunos topetazos. Ahogados y distantes en breve sucesión, insistentes y en tropel. Se detienen y vuelven a sonar. Al principio mi escucha desprevenida no llegaba a percibirlos.

Yo no entendía por qué, de súbito, todo se interrumpía. Doña Pía soltaba la cuchilla y echaba a andar.

Solía arrastrar las zapatillas con sus pasos cortos, ágiles y de ritmo parejo. Nunca logré darme cuenta, si en esas especiales ocasiones, se estaba apresurando.

Ella respondía a una señal. Don Jacobo la llamaba al sector de las puntillas, los elásticos, las bombachas. Cosas de mujeres.

Tenía cierta presunción el acto de aporrear con el bastón la pared posterior de la tienda. El toque de diana de una trompeta intrusiva, se sabe con derecho a irrumpir en cualquier sueño. Tendría además ese goce adicional que puede detectarse en la soberbia con que expresa hoy sus mínimas necesidades. Así de arrogantes debieron ser los apremios del hombre que olvidaba cerrar la puerta, sin importarle que el pequeño David tuviera que taparse airadamente los oídos.

Año tras año la vi responder con menos premura a los golpes que la reclamaban. A veces estiraba su mano derecha como si intentara detenerlos. La he visto demorarse primero. Luego reaccionar ante la segunda tanda. Por último, hacer caso omiso de ellos y los golpes cesar, sin más apremios.

Después de huir de la prisión en Siberia, el malogrado soldado buscó el calor de su comunidad. Ésta, temerosa de asilar un enemigo fugado, le ofrecía apenas refugio por una noche. Haciéndose cargo de lo insostenible de su situación y sin más preámbulos, Yacob se dirige a la Gobernatura correspondiente para presentar su caso. Les habla con vehemencia de la dificultad que le ocasiona ser un extranjero sin papeles. Y reclama una solución.

Cuando vuelve a ganar la calle, tiene una innoble sonrisa en el rostro y doblado en su bolsillo, un permiso legalizado para trabajar a todo lo largo del territorio ruso.

Ahora encontraba trabajo digno, buena paga y una habitación para él en algún patio trasero. Había ganado, por encima de todo, el respeto de sus paisanos. Éstos, observándolo a hurtadillas comenzaban a considerar sus agallas y su audacia. Podría resultar un excelente partido.

Acorralado por entusiastas y promitentes suegros que ofrecían hijas casaderas al esquivo muchachote rubio, esgrimirá como escudo aquel perimido contrato matrimonial. Tentadores ofrecimientos se estrellaban contra un Yacob apesadumbrado, subrayando que de su palabra empeñada, él era hombre de honor.

Si alguno sospechaba que una buena dote podría tentarlo, lo ponía al tanto de su status de primogénito que lo reclamaba de regreso en Polonia, junto a una madre viuda y en aprietos.

Allá en las nieves rusas, él aguardaba el final de la guerra para expatriarse. Se había propuesto volver a Polonia.

Aún había otra razón que había ido tomando cuerpo en sus fantasías solitarias. Era una figura que se iba imponiendo subrepticia ante su propia extrañeza, hasta adquirir la fuerza justa de un reconocimiento. La jovencita que cumplía la función de correo entre él y su novia de contrato, se volvía una añoranza recurrente, hasta quedar convertida en objetivo de sus empecinamientos. Se llamaba Feigl y sólo restaba trazar un plan de acción.

Sentado sobre la plataforma embaldosada del jardín lanza un enorme escupitajo que él mismo hace circular con la suela de su zapato. Lo veo a distancia y pegando un salto de resorte, me acerco como una exhalación.

¡De ninguna manera!!

Él conoce bien mi indignación en esta escena, que desde su propia casa repite de modo irreductible e inmodificable. No puedo hacer otra cosa que chillar fuerte -¿podría golpearlo?- cada vez. Aunque desearía que algún día modifique sus reflejos condicionados, sé que mi reacción hará que por algún tiempo no vuelva a repetir la infamia.

Su gesto de aquiescencia conlleva la intención de ignorarme.

- Se lava...

- ¡No, señor! ¡Y no le voy a permitir esta falta de respeto! ¡Ud. no es un cerdo! ¿O sí? - aún conservo cierto prurito.

Mi mirada, más que mis palabras lo enfrentan. Mis gestos dejan ver mi indignación, y ese es mi objetivo. Se trata de cierta dignidad conmigo misma. He de percibir que la pulseada se ha establecido, que vuelvo a existir mal que le pese. Y que debe responder.

- Está bien, mañana me voy! -en efecto le toca viajar.

- No, señor, no le estoy diciendo que se vaya, le estoy diciendo... - repito con firmeza mi posición, defendiendo mi lugar con toda la dureza que él desata en mí y que soy capaz de hacerle rebotar- ¡Esta es mi casa y le recuerdo que yo no soy su mujer!!- era el punto final de mi arenga y la última palabra debía ser mía.

Ante su silencio, mi interrogación suele deslizarse invariable hacia otro personaje, sin lograr comprender por qué Doña Pía claudicaba en esta materia. De todos modos el afán de venganza perdura en mí, un par de horas más. Y al compás de vigorosos acordes, inserto en mi partitura imaginaria un contrapunto lleno de bemoles. Para mis adentros, suelto un soliloquio que necesito dejar correr. Las palabras fluyen atravesando su historia y expulsando bilis hasta agotar esa indignación, que no admite ninguna otra realización.

¿Qué le resta de ese sitio, sostenido por un derroche de autocracia que aún rehusa dejar vacío? Ese solio, que en lugar de medirlo con su padre, tomó por asalto. ¿Aún mantiene el desafío? ¿Es acaso un mal judío! ¿Es Hamlet reviviendo el fantasma paterno, es Claudio erigiéndose en rey luego del crimen? ¿Qué sacrificios creía que su padre exigía de él? ¿Cómo debía ser ese hijo que él nunca fue? ¿Qué falaz unión familiar invoca, cuando ésta estalla en fragmentos una y otra vez, a un lado y otro del océano! Amputándose siempre del tronco ancestral, ¡para poder existir!

¿Cómo un niño que hace ochenta años cumplió su Bar Mitzvá en la lejana Polonia, aparece en mi vida para, para intentar marcarme con un deseo que ni siquiera es el suyo! No, señor, ¡usted, el *ishive bujer*!

Me he quedado sin aire y respiro profundamente.

Palabras...palabras - me burlo de mi propia ira - pero ¿cómo expulsar este galimatías universal que gravita inexplicable sobre mí?

Años de práctica lo han convertido en peligroso rival del dominó, y se ufana de sus triunfos denigrando al adversario con risas y gestos casi obscenos. Por eso, no me apena revelar que muchas veces para doblegar a tan petulante exterminador, no he vacilado en hacerle trampas a su desgastada visión.

Al ver alejarse sus laureles, utiliza variados recursos para disimular su malestar. Pretende falsear los resultados confundiendo los puntos que llevo ganados. Ante lo infructuoso de su intento, sonrío y me hace creer que mi capacidad de superarlo, lo hace feliz.

Es entonces cuando yace derrotado a mis pies, forzosa, pública y ostensiblemente vencido, que en algún resquicio surge desde mí, cierta conmiseración.

No por él -como he podido confesarme- él nunca la tuvo para con otros. Es por la leyenda que inexorable se pierde, se desliza como un anillo que cae sobre la arena. Cuanto más la removemos, más rápido se extravía. Por último, sin poder creerlo, hemos de admitir que ha desaparecido de nuestra vista y ya no habremos de recuperarlo.

CAPÍTULO X I. UN CÚMULO DE AUSENCIAS

Ella nunca mencionó su nombre. Era el único hijo del carnicero de la vuelta y había sido destinado a territorio alemán. Feigl aguardaba por él. Los tempestuosos vientos de guerra arrasaban aquella quimera que ora vacilaba, ora volvía a tomar cuerpo cuando alguna carta de él lograba llegar a destino. El amor y la congoja como siempre, enlazados.

En medio de la estremecida espera, un emisario desconocido se anuncia y pregunta por ella. Viene de Alemania y le trae un encargo. Feigl se apresura a abrir el envoltorio y desfalleciendo casi, acaricia entre sus manos trémulas un flamante corte de lino blanco bordado en raso. Al instante su imaginación diseña immaculado, un traje de novia.

Pero los hados no tenían dispuesto unir sus destinos. El lino bordado durmió su sueño sobre el estante. Soñó a la novia, soñó al enamorado. Cuando despertó, él se había desvanecido en el aire como si nunca hubiese existido. Sin la consistencia de su voz y sin más signos, aquel himno al amor perdió su letra, fue desgajándose con la ventisca.

No hubo más misivas.

Un desaparecido nunca es un cuerpo enterrado para olvidar. Es una presencia siempre posible que detiene al tiempo y desafía a la muerte. Feigl aguardaba por él.

Pero no fue él quien volvió. Terminada la guerra, quien regresaba de la contienda era Yacob, con el mismo desenfado y buen humor que ella le conocía. Volvió a llamarla, como antes. Pero esta vez no había misivas para una novia por contrato. ¿Qué decía? Era ella quien había ocupado ese lugar en sus pensamientos durante todo su cautiverio. ¡Quería casarse con ella!. - ¡Ohh! El asombro dejó escapar esa ingrátida exclamación que Doña Pía repite ahora, para mí.

Tal vez el halago alivió su alma, pero su ensueño habitaba aún sus pensamientos y la nueva propuesta sólo logró aguzar la punzada del dolor. No pudo decir nada.

Pero él sabía. Con su llaneza habitual abordó el doloroso asunto, porque un muerto -al menos en aquella época- no podía implicar para él un obstáculo serio en su camino. Le habló de la inutilidad de la espera, de la vida que debe continuar, de la que estaba dejando perder, de la seguridad que él le brindaba...

Reiteraba los argumentos, se volvía convincente. Feigl comenzó a vacilar.

Él pidió su mano, ella se dejó escoger.

Doña Pía me apremia con insistencia para que los lleve conmigo. ¡Ahora!. Quiere que sea yo quien conserve sus pendientes antiguos y su viejo tapado de lute. El honor que me hace me toma por sorpresa y hace tambalear los enigmas de la roca. Acaso ¿me quiere? Yo, que de su carne soy otra, yo ¡otra mujer! ¿Por qué a mí? ¿Por qué me elige a mí?

- Cuando el viejo y yo no estemos más...

En las últimas semanas sus recuerdos se han apaciguado. Las escenas que la inquietan no son ya las que ha vivido, sino las que nunca habrá de presenciar. Está signando su testamento privado. Esos objetos dejan ver su valor material, su lugar entrañable y también algo inestimable: el secreto deseo de entregarme además de esos objetos, su deseo secreto. A esa complicidad a la cual me llama, no puedo sustraerme. ¿Puede ella acaso incidir en un futuro que no le ha de pertenecer?

El tapado y los pendientes los guardo conmigo. Casi en secreto.

Aunque comprendo, quiero saber porqué a mí, su nuera más nueva y menos complaciente. Mis preguntas empujan la imprecisión de sus imágenes, fuerzan su descripción hasta que ella logra definir bajo qué formas habitan su cabeza.

En el comedor de su casa un corrillo de hijos y nueras rodea la mesa de roble. Aunque algunos están sentados y otros caminan alrededor, la estancia parece vaciada. Los viejos ya no están y nadie se siente demasiado autorizado a estar allí. El grupo está tenso y parece reinar una sorda discusión. Las mujeres parecen reñir entre ellas por aquel mueble, alguna joya, sus ropas sin usar. No me ve a mí en la sala cuadrada. Ella sabe que no he de intervenir.

¡Amén! Por mucho tiempo creí que sería así, tal como ella lo decía. Hoy debo confesar que se equivocó ella y me engañé yo. Abraham el primogénito se arrogó el derecho a rematar todo en la primera oportunidad y nadie participó de ninguna repartija.

Pero el verdadero tesoro ha estado a la vista siempre, oculto para las miradas que no creen en lo que no tocan. Ambos ancianos han ido entregándomelo día a día, sin ellos saberlo. Y yo me he ido apoderado de él, o tal vez sea mejor decir que él ha ido adueñándose de mí. Son sus más preciosas perlas, esas que durante años destellaron, empalidecieron y perecieron casi, sin que les fuera reconocido valor alguno.

Palabras, palabras. Hoy con sus mágicos sonos recreo melodías, convoco claves ausentes y recorro el pentagrama combinando sus sonidos y haciéndome heredera de sus historias.

Las voy modelando como el artesano a su vasija, con un poco de barro. Es necesario partir de un hueco para poder darles forma. Es necesario el calor para darles consistencia.

Luego, sin duda, cualquier roce podrá hacerlas caer y quebrarlas.

Qué otra cosa es una historia sino un cúmulo de ausencias que entre suceso y suceso, uno busca armonizar mal o bien, creando algún argumento. A veces sirve para aligerar algún lastre. Otras, intenta velar los huecos una y otra vez, en un vano esfuerzo. En eso se nos va la vida.

Don Jacobo no lograba sostener el zurcido de una falla tan abisal, aunque no cesaba de insistir en el intento. Hoy me habla de su tío Pinkus, el hermano de Binam. El cuento lo trajo el viajero que vendía cotín para colchones, que a su vez lo adquirió vaya a saber cómo. Con gentileza se apresuró a entregárselo. Así empaquetado con papel para regalo como lo recibí, así me lo muestra, sin haberse animado a abrirlo.

Érase el tío que había logrado llegar a América ila verdadera, la del Norte! El tío que había acogido a una de sus hermanas. ¿O eran dos? Las había rescatado de la desesperación primero, de la indigencia después. Ese era el tío que se ocupó de su familia luego que él desapareciera sin aviso de Polonia, lacerado por la marca de una traición nunca perdonada.

El cuento del tío no lograba rescatar en su memoria la huella de un real acontecimiento y lo dejaba vacilante sobre el filo de una creencia. Prefirió el refugio de la ilusión. Nunca se atrevió a corroborar esa historia buscando a sus hermanas. ¿Qué temería?

Hoy me siento capaz de acicatearlo, de horadar lo que ese hueco promete develar, precisamente en lo que no me está diciendo.

- Su tío Pinkus, habrá rescatado a su hermana Braja?

Él sabe bien que ella y su familia no lograron huir de Polonia y que hoy no son otra cosa que un número más en los seis millones de muertos. En los veinte millones de muertos. Y yo sé bien que son las cartas de Braja las que rondan sus tormentos.

- ¡No, a Braja no!

Sus titubeos me muestran el resquicio y su viejo estribillo me conduce. Ya dentro de la brecha, una sospecha se abre camino. Mi voz suena ajena y neutra cuando inquiero su propia reiterada afirmación.

- ¿No podía Ud. en verdad ... ayudarlos?

El silencio que sigue ya es parte de su respuesta. Luego, un resoplido largo le da el aliento para decirse en ese preciso momento, lo que se debía a sí mismo:

- ¡Sí!

Sí. Podía haberles pagado aquel viaje a la vida. Sí. Podía haberlo financiado en cuotas, como solía hacer con la mercancía que compraba. Si no tenía el dinero en fecha, podía pagarlo un poco más tarde. Si tan sólo hubiera dejado de lado el viejo resentimiento hacia la familia que lo señaló con la marca de la traición. Sí.

La traición de pronto se ha vuelto suya. ¿Es necesario que yo se lo haga notar?

Aquella había sido la hora de su venganza y la había cumplido allende el mar. Ahora llegaba para él la hora de la vergüenza.

Aunque algo rasgado, el velo puede aún volver a tomar cierta consistencia.

- ¡Sí, hubiera podido! Pero quién podía saber lo que iba a pasar... quién podía saber?

¿Es un mal judío? Él mismo confunde algunos términos. No se trata de lo que hizo mal, se inculpa por lo que en realidad, no hizo.

Y yo no soy el juez a cargo de un tribunal, sino un obsecado sabueso empeñado en desenterrar carcasa del hoyo.

Tal como lo acordáramos aquel día, Elena trajo consigo a su abuela Yine, asombrada de llevar aún a cuestas sus noventa y tres años. Ella y el viejo se estudiaron brevemente. A esa edad ya no hay tiempo ni remilgos para tantear nuevos lazos. Sin dilaciones, como viejos amigos, acometieron con entusiasmo la tarea de rescatar juntos, palabras rusas que creían olvidadas.

Las palabras tironearon los recuerdos y éstos exhumaron una época que a ambos aconteciera. Uno desde la Polonia invadida, la otra desde Riga su ciudad natal. Estarían ocupados mucho tiempo. Nuestra presencia allí, entre los abuelos, parecía una mera interferencia.

Nos arrellanamos entonces en cómodos sillones y mi atención apremió a Elena a ir recomponiendo todo lo que sabía de su *bibi*.

La pequeña Yine había perdido a su madre a los 9 años y poco tiempo después comenzaba a sufrir en silencio los destratos de una madrastra demasiado joven para dirigir aquella familia de pequeños huérfanos. Los niños nunca denuncian a los adultos de quienes dependen. Su padre viajaba con mucha frecuencia y su ausencia dejaría en ella el estigma del abandono y del miedo.

Yine tiembla en las noches de tormenta y gime cubriéndose la cabeza. Los truenos se vuelven bombardeos en la Rusia del 17, donde una niña aún llora a lágrima viva para apartar de sí, su endémico terror. Yine fue la que mejor comprendió la lucha de los Tupamaros, porque también sus guerrilleros luchaban contra los poderosos ejércitos del zar.

En aquel entonces los revolucionarios obtenían refugio en casa de su padre, que no medía el riesgo en el que sumía a toda su familia..

La humanidad está condenada a repetir historias. Tal vez saberlo pueda desviar su determinismo.

Desde el momento en que la sensible Yine amó al apuesto Kazriel, sus destinos quedaron unidos por la guerra, la indigencia y el exilio.

La ternura y la adoración de él, construía vergeles donde antes había azotado el cierzo. Se casaron raudos, contra la voluntad del padre de ella que jamás sospechó lo que ocurría en su propia casa.

La madre de él les hizo lugar en su pequeño departamento. La luna de miel fue breve, Kazriel fue movilizado. Ella nunca creyó poder sobrevivir a tantas privaciones.

Elena deja perder su mirada en el horizonte. El mar está arrullándonos pero ella no lo ve.

- Nunca sabremos qué significa pasar hambre - susurra al cabo de un largo rato.

Yine había sufrido hambre, ¡hambre! Cuando Elena le lleva pan negro y queso blanco, Yine solloza. Y con la rebanada de pan temblando en su mano, le habla del hambre. El hambre es un bicho que corroee las entrañas cada minuto del día, que la devora y la va vaciando por dentro. Imposible de soportar, corrompida por el dolor, la frágil Yine se vio azuzada a la acción.

La destilación de vodka acababa de prohibirse. El desborde, la competencia y la mala calidad del producto, conminaron al gobierno a tomar esa determinación. Pero la pequeña fuente de ingresos era casi lo único que permitía sobrevivir. La desesperación empujaba a una clandestinidad cuya proscripción resultaba inaplicable.

Yine cuenta con el terror pintado en sus ojos, el día que se inclinó para colocar su segundo botellón en el rellano de la escalera. En el momento en que se yergue, su vista choca con el cuerpo uniformado de un enorme policía que desde el mismo cielo, la está mirando. Altanero, dejando asomar un rictus triunfante en sus poblados mostachos, acomoda su rifle en bandolera. - ¡Nomemateporfavor, nome mate!! - grita, con la desesperación intacta

Y estalla en sollozos. No es una narración. Es la escena misma que se impone y nos deja clavados allí, como a ella, cual testigos congelados. Solloza al recordar a aquel hombre que de modo inesperado dibuja en su rostro un gesto compasivo y tranquiliza a una pobre adolescente que ha logrado conmoverlo.

El silencio se vuelve necesario. Me doy vuelta para mirar la sala contigua. Por un rato nos hemos hecho cargo de sus espantos y aligerados de su peso, ambos ancianos pueden reír divertidos. Sus miradas han rejuvenecido. La de Yine es cristalina y evoca un cielo diáfano sin nubes. Los estragos de la edad, no han borrado las huellas de ese rostro bellísimo de niña aún asustada y sorprendida. ¡Sus ojos son tan azules!

- Esa era mi abuela cómplice -está diciendo mi amiga- la que me consolaba cuando mi madre no podía comprender. -y luego de una pausa agrega- Nunca entendí porqué mi madre no la quería.

No dije nada, pero la respuesta la estaba dando en su siguiente frase. Yine se asfixiaba en el pequeño departamento de su suegra, con un esposo tierno pero ausente, un embarazo inoportuno y aquella niña luego, a la que no podía desear, porque no tenía nada para ofrecerle.

Hoy la bella Yine ya no puede coser delantales ni dar vuelta los cuellos de las camisas. Necesita explicar una y otra vez cómo le acaeció. Estaba trabajando en la máquina, cuando de pronto todo se oscureció y con un estrépito ensordecedor, se desplomó la vida. Con un gesto señala el suelo, como si hubiera perdido algo allí, al alcance de su mano y no lograra volverlo a encontrar.

Su máquina de coser fue el último bien al que debió renunciar, su más preciado bien. Con él había logrado granjearse el cariño de ese barrio en el que aún vive. Los vecinos, hombres inclusive aunque no lo crean, a veces pasan a saludarla. Y la anciana solloza por el amor con que la han privilegiado. ¡Tanto amor!

Yine también acostumbra discutir consigo misma. Una mitad suya le reprocha a la otra por quejarse de algún dolor, cuando podrían sucederte cosas peores. Pasa rauda en la feria delante de los tomates que ese día se ofrecen muy caros. Cuando llega a la esquina se detiene y se increpa, ¡para qué quieres el dinero, Yine! Entonces gira sobre sus pasos y vuelve por los frutos prohibidos.

Sonreimos. No hacemos comentarios. El mar está blanco de espuma y danza travieso arrullándose con su propio ronroneo.

De pronto Elena adquiere una sonrisa enigmática y picaresca. Un gesto mío le hace poner en palabras la trayectoria de sus pensamientos.

Su abuelo Kazriel es recordado por toda la familia como hombre airado y enfermo, intratable y temido en su etapa final. Un monstruo egoísta que podía engullir una palangana de ciruelas él solo, sin convidar a quien departía con él, a su lado.

Mientras todos se laceran con esos recuerdos, ella esconde celosamente uno secreto y exclusivo. Parece albergar otro varón -desconocido para ellos- más próximo al hombre que enamoró a su abuela. Se ve niña aún, sentada sobre sus rodillas, escuchando con mucha atención las narraciones que de su propia vida le entregaba aquel hombre duro y castigado, con su voz pausada y queda.

Convocado al servicio militar atravesó un largo y crudo año en las filas rusas. Al finalizar el período, el azar de un bolillero decidiría si continuaba un año más o se marchaba. La tristeza del abuelo resurgía aquel día mientras una niña que él mismo creería apenas capacitada para comprender, escuchaba con la boca abierta y la pena de él deslizándose en su pecho, aquel su modo de relatar el veredicto que le había tocado en suerte.

- Entonces me volví al dormitorio, colgué un almanaque encima de la cama y cada vez que amanecía, yo iba marcando los días. Necesitaba saber cuántos me faltaban aún para dejar aquel infierno.

El misterio de los lazos vuelve a habitarme. Aunque aquel hombre regase su alma con cuentos de terror, Elena guarda para sí el privilegio de su caricia.

Mosaicos de historias de inmigrantes que nos sellaron con su impronta. Sus aconteceres semejan puzzles, piezas pasibles de intercambiarse en los mismos lugares. Tal vez la diferencia resida en la manera de encajarlas, en el color del pincel que acaricia el óleo, en los fortes o pianos de sus cantares.

A veces me parecen vidas pletóricas de audaces aventuras que podríamos admirar y hasta envidiar, tan sólo si ellos mismos pudieran aceptar sus amputaciones. Si más que a sus sacrificios, les dieran relieve a sus pequeños actos heroicos.

Le transmito mis reflexiones a Elena y su mirada se alarga hacia el mar.

Desde la sala nos llega un tumulto. Volvemos a echar un vistazo. Él se sacude de risa, ella con más discreción cubre su boca con la mano. - ¡Qué linda la viejita, qué simpática! - galantea Don Jacobo

- ¡Qué hombre más inteligente es Ud! - responde ella complaciente.

Han olvidado nuestra proximidad y se creen solos.

Es entonces que somos testigos de una inédita transformación. Sus miradas irradian tal luminosidad, que sus torpes y flácidas anatomías se han esfumado. En su lugar de pronto, se revelan dos jóvenes que desatendiendo esos cuerpos viejos que los atrapan, intercambian con entusiasmo, sus mutuas ternuras.

¿Acaso hay un hedonismo cómplice entre ellos que nos está vedado presenciar?

¿Qué otra cosa que abuelos nuestros son nuestros abuelos?

¿Es porque el gozo de los viejos se nombra impudicia, que cuando se saben mirados, se disponen a representar su impostura de ancianos?

He quedado atrapada en mis propios devaneos. He de confesar que a mí los viejos no me gustan. A veces me asustan. Y huelen mal. Su piel tiene un olor acre que no puedo dejar de percibir. Ha de ser por eso que sucumben de modo tan vergonzoso ante los bebés. Don Jacobo los olfatea varias veces cuando los toma en sus brazos. Aspira con fruición ese perfume de carne joven tierna y moldeable, con impregnaciones de primavera, talco y cosquillas.

Lo veo como un vampiro al asalto prendido de su presa, nutriéndose de ella. Temo ver al rosado bebé ennegrecer y marchitarse como una ciruela seca, mientras las arrugas del viejo se van estirando, su papada se va reduciendo, el cabello ralo y blanco comienza a crecer y se pigmenta. Temo ver a su cuerpo restablecer la musculatura y comenzar a erguirse.

Habrà de soltar entonces con garbo su bastón y extenderà orgulloso sus brazos. Ocultará una sonrisa abyecta, mientras su mirada se alumbrará en flagrante desafío.

Así, su acto de magia habrá terminado. Rozagante y jovial se inclinará lentamente ante el público, recogiendo los aplausos.

La abuela Yine sollozó agradecida por la invitación y dejó la casa. Él deambuló un rato algo desconcertado por el vacío que dejaba aquella presencia. No le quedaban muchos interlocutores en este mundo. Seguía molesto cuando se apoltronó en el sillón.

Mi ignominia aguardaba con paciencia. ¡Qué se le iba a ocurrir para llenar el hueco que había vuelto a abrirse?

Entonces volvió a recordar a su amigo Stepan Kravkievich, el que compró una quinta en Pajas Blancas. Carraspeando, su voz se hizo más ronca. - ¡Caramba! -parece afligido. Su cabeza sube y baja en pequeños movimientos, mientras su mirada queda fija en la mía.

- ¡Es una lástima! Debió haber comprado campo durante las sequías de 1930. Se requería poco dinero. Los hacendados lo hubieran recibido con los brazos abiertos, porque los bichos morían de sed y no valían nada en el mercado. La lana era canjeada por alimentos y por yerba, los cueros quedaban tirados sobre el alambrado, abandonados a la polilla que los devoraba . No debió desanimarse entonces.

Mientras lamenta su flaqueza, está dispuesto a reiniciarse como hacendado. Porque eso fue lo que finalmente vino a realizar. Le ha sugerido a David tantas veces la idea de comprar campo...

Pero no es David quien está con él en ese momento. Estamos solos él, yo y algunos espectros. Ellos y mi silencio lo impelen a continuar.

Lo oigo hablar de la muerte de Stepan, sin saber cuánto toca la propia. De las posesiones del amigo, sin rozar el fracaso de aquello que nadie lleva consigo, cuando el reloj biológico se detiene.

Qué rebeldía fulguró en su mirada para que de pronto apuntándome con el índice, decidiera cambiar la historia:

- ¡Y te voy a decir más! Stepan compró una tierra de mil acres. Era un hombre muy rico. Él sabía trabajar, hizo mucha plata y murió ¡muy rico! -luego con un gesto de desesperación levanta los brazos y deja caer las manos sobre su regazo- Los hijos lo arruinaron todo ... vendieron todo: lo dejaron en bancarrota! ¡Yo te lo aseguro!

CAPITULO XII . PENTAGRAMA

La ceremonia de un entierro no escatima la marca del dolor. El oficiante rasga las vestiduras de padres, hijos y hermanos, como vestigio del duelo. Hace un pequeño corte de tijera sobre la camisa, a la altura del corazón dejando a la vista la hendidura de la aflicción.

En el cementerio, ante el féretro de Matías, el rabino que ha cortado ya una hilera de blusas y camisas, se acerca a Doña Pía instantes antes de emprender la marcha hacia la fosa preparada para recibir al hijo en su lecho definitivo.

Ella, que desaparece en su mirada ausente, imposibilitada casi de sostener su cuerpo, evoca la imagen misma de "La desolación" que Miguel Angel podía haber esculpido. La observo con atención porque temo verla desmayar y caer.

Cuando la tijera se aproxima a ella, su mano indolente parece emanciparse, deslizándose hacia el cuello. Tantea la blusa que lleva puesta y con un ademán inesperado de pulgar e índice, sujeta un buso viejo y gastado que lleva debajo. Sin que su rostro modifique la expresión, tira un poco del buso en el momento justo, para ofrecerlo al sacrificio de la tijera.

La leyenda se va empastando con la tos vieja y húmeda. La cantilena de su relato se ha vuelto réquiem que desmaya y cesa, ante mi curiosidad ya ahita y sin demanda. Tal vez ésta le ha permitido revivir sus escarceos heroicos e introducir cierta tregua entre los actos y sus secuelas.

Los hijos han crecido oyendo a su padre, sin escucharlo. No quieren saber de su irascible intransigencia, de su desesperado esfuerzo por unir lazos, de sus fantasmas demoledores. Así, los lémures pasan desapercibidos y se deslizan de manera sorda en sus propias corrientes sanguíneas. Allí perviven y gozan a sus anchas...

Que no haya palabras para interpelarlos, forma parte de una herencia que no ha podido diseñar un puente entre una y otra orilla. Los débitos no fugan, se cuecen dentro de los intestinos, los pulmones, la bronquitis crónica... Su hálito es de tal magnetismo que se ha ajenizado también entre mis vivencias como un polizonte. No sale de mí, ni sale de ésta mi casa donde él entró para dejar su marca.

Pasó por ella el tiempo justo para saber que dentro suyo ha desbordado la vida y él es aún, un sobreviviente. Para arrancar temores e impotencias, para aligerar sus quejas, su feroz boomerang de aborrecimientos.

Pasó por la casa el tiempo justo para embadurnar las paredes con su estertor, sus flemas, sus requerimientos agónicos y sus epopeyas. Para engullir como una sanguijuela nuestra energía nueva, nuestra autonomía, nuestros años por vivir.

Cuando creyó despojarse de todos los extravíos que lo sofocaban, tomó un pequeño aparato para sordos y con él pretendió volver a su puesto. Un guerrero siempre se ve a sí mismo con las botas puestas mirando al mundo desde una nueva trinchera. Su placer reside en dejar los cuervos detrás de sí, merodeando frustrados en busca de cadáveres apetecibles.

Una vez más el mar -hoy gris plomo encapotado de nubes negras- será el único testigo de un testimonio ya ni siquiera esperado.

El acorde desmembrado resuena de pronto luego del final, cuando su público -mi merodeo inquisitivo- ya había abandonado la sala. Sólo yo permanecía demorada, deambulando sin objetivo alguno.

Entonces, sin ser convocada, la clave se abrió como la dama de la noche, blanca y aromática, prodigando toda su fragancia de una sola vez. Y el escurridizo pentagrama en el que durante años se deslizaba el enigma, encuentra la nota que se ofrece para ensamblar todas las disonancias.

El secreto aparece como el lobo muerto que ha tragado el océano, hace mucho tiempo. Yace de pronto ahí, en otro lugar de la orilla. Un ominoso, enorme, bulto negro.

El viejo ha permanecido en silencio, abismado en una desazón diferente de las que conozco. ¿Qué cruza su razón? Las imágenes ya no acuden a mis llamados. Es casi por fuerza de costumbre que le pregunto en qué piensa. En un movimiento rítmico apenas perceptible, eleva su cabeza -redonda, rala, con pelusilla blanca- y la deja caer. Es algo más que una expresión de asentimiento, porque esa pelusilla blanca se yergue, de punta. Porque sus ojos celestes están demasiado abiertos. Un interlocutor invisible parece increparlo y él, acusando el golpe, le concede algo... atroz.

Comienzo a asustarme. Mi pregunta parece terciar la escena porque él suspira aliviado.

Se toma su tiempo.

- La carta de Braja -susurra casi. Y vuelve a repetir el gesto, en silencio.

¡La carta! -arrojados al abismo, mis pensamientos vuelven a ponerse en guardia y discurren apresurados- ¡La carta una vez más!

La que por siempre me ha dejado ver y me ha ocultado al mismo tiempo. La que no supe o no pude -o no quise- atenzarle. Allí está a la vista, condenada a insistir una y otra vez como un eco en ese acorde, enmascarado de silencio. Es ella la que no le ha dado tregua, la que ha destruido su vesícula. ¡Es esa la clave! Lo siento en mi rostro que enrojece con violencia. Lo siento irrumpiendo en mi estómago y deteniendo los latidos en mi pecho. La atención se concentra en mis oídos, que se tensan ante lo que van a escuchar aunque en verdad, no lo deseen.

¿Ha decidido por fin, abrir la carta y leerla ?

Braja no necesitaba de nadie para pagar su traslado. No sólo poseía sobrada riqueza, sino que la ponía toda a su disposición. El dinero carecía de suficiente valor para comprar su vida y la de su familia. En esa oportunidad, en esa su última carta, se volvía clarividente y vaticinaba el futuro inmediato.

Le hablaba de un mundo en tinieblas. Polonia, su malhadado hogar se volvía hoy, una trampa mortal para la dignidad humana, para cazar judíos -no como ovejas, sino como ratas acorraladas en un armario. No se trataba de los antisemitas de siempre. La amenaza venía de otra parte, flotaba en el aire como la negra nube de un tornado anunciado.

Ella sabía. Sabía bien cuál sería el papel que les tocaría actuar en la tragedia. Advertía la inminente invasión alemana. El pánico devoraba sus entrañas. ¿Cómo huir de aquel infierno en el que sus alas comenzaban a chamuscarse? Era acuciante abandonar el país, sacar de allí a su familia. Necesitaba un permiso oficial. Un Certificado de llamado reclamándola legalmente desde el Uruguay desconocido y lejano, entonces cielo de gaviotas. Le rogaba al hermano que firmara esa hoja de papel y enviara por ellos. Se lo imploraba una vez más.

Eso está diciendo Don Jacobo... lo está diciendo

Las palabras fluyen de su boca sin esfuerzo, sin pasión, sin matiz de dolor. Sin *mea culpa*. No es siquiera una confesión. Es ... su verdad.

Esa verdad requisada durante toda su vida, encuentra el atajo que la restituye a su lugar, en el pentagrama.

Aunque advierto que el soliloquio no me va dirigido, yo estoy ahí. Exangüe, me siento empalidecer. Mis rodillas se han aflojado y no parecen resistirlo. Mis ojos en cambio centellean, buscando de prisa hurtarse de aquella escena. Oscuro y generoso, el océano se ofrece una vez más para ahogar el estertor y el horror que temo dejar escapar.

No intenté consolarlo. No hubiera podido decir nada. Tampoco había nada para decir. Era su cruz y el judío cargaba con ella. Él sabrá hacer con eso. O no.

El largo silencio nos concedió a ambos, un respiro. Nos confortó con su terciopelo.

Luego él -el héroe- supo lo que debía hacer.

Arremetió contra las zancadillas del destino y volvió a su senda, trazada sin vacilaciones ni desviaciones inútiles. Sin fragancia de naranjos en flor. Sin la ilusión multicolor de un arco iris.

Casi con alivio, finalmente, lo escuché murmurar:

- ¡Así es, quién podía saber...!

La lluvia ha empezado a caer copiosamente, oscureciendo aún más el abismo gris de las aguas y las arenas. El mar empieza a crecer y las olas avanzan. Ya están lamiendo los flancos exánimes del lobo muerto.

Las aguas frescas volverán a hundirlo y sus restos retornarán a la profundidad.

Alemania ha hecho un pacto con Rusia para invadir Polonia y cada uno ataca por diferentes flancos, a su debido tiempo. Pero antes de saberlo, ante la primera inminente invasión nazi, los judíos pensaron en los rusos como su salvación. Millares de ellos emprendieron con precipitación a campo traviesa, el camino hacia Rusia. Iban encomendados a su última opción, ese su Dios que los había elegido para morir.

Por su parte, los rusos -desde su historia- saben bien que para vencer cualquier intrusión extranjera, es preferible hacer... nada.

Poco antes de perpetrar cada invasión, los alemanes mantenían un estilo. Llegaban al nuevo distrito, detectaban líderes y caudillos judíos y los retiraban de circulación, apartándolos del pueblo. La comunidad lo sabía. Pocas horas después, emitían aquel comunicado. Todos los judíos debían presentarse en la plaza del pueblo, a la mañana temprano.

Desobedecer la orden sería castigado con la pena de muerte.

Las ausencias parecen juntarse y girar todas a una. Tan solo en una ocasión Doña Pía mencionó a su pequeña. La niña murió de tristeza cuando su padre partió. Él lo supo cuando enviaba los pasajes para traer a su familia. Habían pasado dos años.

Esa niña de la cual nadie sabe hoy su nombre, de quien nadie jamás pudo hablar. Esa niña cuyo paso por la vida quedó apenas prendido en una frase. Esa niña innombrable, yacerá por siempre como una omisión velada. Tal vez quisiera yo darle cuerpo a esas ausencias y subrayar su existencia, para arrebatárselas a los espectros. Tal vez intento reunir a la hija con la hermana para que no estén tan solas, tan abandonadas.

Pero la frase persiste en mi pensamiento y sin mi autorización, decide darse vuelta. ¿No murió acaso de tristeza ese padre al saber que la niña había partido? ¿Cuántas veces se puede -acaso- morir de tristeza?

Me detengo un momento. Enciendo un cigarrillo. En la tercera bocanada de humo veo delinearse la rubia barba de Matías. Pero no estaba yo invocándolo esta vez. Apenas llegado, me increpa:

- *No había tiempo para morir de tristeza, era tiempo de sobrevivir. Tiempo de decisiones y no de miramientos. Tiempo de respuestas y no de cavilaciones. Recuerdo la zozobra del viaje cuando el barco nos conducía hacia nuestros inciertos destinos. Había una mujer muy pobre con la cual se apretujaban sus 3 hijos: una niña de 10 años, un chico de 6 y otro de 3. El pequeño era rubio, de enormes y sorprendidos ojos color tostado. Su rostro tan especial, cautivaba por su belleza. Viajaba también otra joven mujer, que si bien parecía disponer de dinero, no podía en cambio tener hijos. Durante el trayecto se fue sintiendo tan seducida por aquella criatura, que ofreció comprárselo a la madre. ¿Y sabes qué sucedió? Fue la niña la que llorando, suplicante y abrazando con fuerza a su hermanito, impidió que la madre claudicara ante la oferta. Creo, estimada amiga -terminó Matías- que ino has comprendido nada!!*

Me irrité con él. El tiempo de urgencias deja huellas. Habrá otro tiempo después, en que cada uno mida las consecuencias de sus errores o aciertos. ¿Acaso puede evitarse? Su propio padre servía de ejemplo.

Matías no se molestó en discutir. Con la siguiente voluta de humo, desapareció sin responderme.

El verano languidece, próximo a su fin. A sus pies, descansa el océano. Testigo de mis castillos de arena ha acunado en su cauce, mi viaje por tierras remotas. Del ocaso anaranjado de la tarde, me envía un puñado de luces.

Casi desierto a la mañana, albergará en su orilla otras memorias deshilvanadas. Habrá de devorar en su lecho grandioso, la luz en la piel de los veraneantes. Y rugirá de placer, estallando en espuma.

En pocos días estaré lejos. Él quedará solo, llamándome con su eterno tronar. Con sus aguas vivas siempre acercándose, pero sin llegar.

Estamos despidiéndonos hasta el próximo verano. Entre los dos, se recorta de pronto caminando, una figura inconfundible. Se detiene un instante, tal vez reclamando del mar sus recuerdos. Y retoma la marcha con su bastón sin pulir que, pegado a la pierna derecha, ya forma parte de su cuerpo vacilante, de su cuerpo fuerte, empecinado.

Caminando.

Si lo viera de cerca avanzaría con pequeños tropiezos, arrastrando sus viejos zapatos, enfundado en cilíndricos pantalones sucios, asegurados con tiradores y un cinturón inútil. La boina violeta encasquetada, jadeando de a ratos.

Pero de lejos no trastabilla, se mueve lento con su marcha firme, decidida a atravesar el espacio, sin apuro, sin tiempo.

No sé cómo se metió dentro de mí, ocupando un espacio que yo quisiera vacío. Odio pensar que algo de él, seguirá conmigo para siempre. Se cuela entre mis ojos, mi estómago, mi garganta. Se aloja entre el humo del cigarrillo que acompaña mis cavilaciones. Se adhiere a mis sensaciones en el momento justo en que intento desprenderlo.

No se cómo se metió dentro de mí. No ha servido de nada escribirlo, aunque imperiosa, la necesidad haya hecho restallar su látigo, en este ilusorio intento de buscarlo, aprehenderlo y expulsarlo.

Algunas veces me pareció haberlo asido, resistente y vibrante, rebelde y aquiescente. Pero no ha sido así. Efímero, se extravía una vez más. Se escabulle como la arena rubia de las dunas inciertas. Se metamorfosea como en un sueño de relojes blandos, de rostros furtivos. Me mece para atraparme y luego, rehusarme.

No, no ha servido de nada escribirlo. Tampoco permanecerá en el papel. No será nunca parte de la letra, aunque por allí se deslice, siempre entrelíneas.

Mi mirada lo intercepta. ¡No! Es él quien intercepta mi mirada, mientras sigue avanzando, aún sin moverse del lugar.

No está fuera recortándose en el mar que parece delimitar su figura.
Tampoco dentro cuando lo inquiero entre mi cascada de sensaciones.

Pero aunque no lo veo, igual lo miro, con su bastón secular.

Caminando.

DESPUÉS DEL FINAL

El relato había finalizado. Pero su conclusión no lograba armonizar con la mía.

Yo erraba una vez más, reclamando de mi memoria lo que ésta nunca podría atesorar.

Don Jacobo había perdido protagonismo, pero me había lanzado hacia una senda inédita e insensata: el enigma de los orígenes, como si éstos pudieran ser capturados.

Eso insistía en mí. Su cifra me interpelaba sin sosiego, presente siempre como mi propia sombra.

¿Qué debía rastrear? ¿Cómo hallarlo sin saber qué estoy buscando?

Una vez más retorna el verano. Traigo conmigo un hatillo de hebras hechas un lío y vengo de prisa. De prisa buscando su cauce. Me hacía falta su glauca frescura. Sé que al amparo del mar, este embrollo trenzará su estambre. Ronronea ya detrás del Réquiem de Weber y ambos aquietan mi impaciencia.

Es preciso volver a desplegarlo todo. Ajustar la letra, refrescarla en las aguas profundas. Volver a leer la partitura, en otra clave. Es preciso.

Una mañana decido interrogar a mi padre.

La pregunta misma, nos sorprende a ambos y revela mi curiosidad, aún alerta e intacta. Y acuso el efecto de mis propias palabras, con la certeza de una saeta directa al blanco.

En seguida supe también el motivo por el cual nunca antes la había indagado.

El rostro de mi padre adquiere una inusual seriedad. Dibuja el rictus amargo de un padecimiento que yo desconozco. Incursionar esa zona era entonces, abrir heridas.

- Eso duele... - lo escucho balbucear- algún día te voy a contar!

Di un respingo y ya no tuve piedad. Él mismo volvía pura urgencia, ese algo nuevo que se me volvía imperioso saber. O algo viejo, qué más da.

Vuelvo a escuchar en susurros -ahora es la voz de mi padre- historias de Polonia, de antisemitismo, de ciudades borradas del mapa como la de sus orígenes.

Cierta impaciencia mía detecta una renuencia, que con dificultad va cediendo paso a su verdad, que será la mía.

Me habla de la invasión alemana, del decreto de presentarse en la plaza a la mañana siguiente, luego que Liberman, el líder de la *Hashomer Hatzair* desapareciera de su domicilio, un par de días antes.

Su abuelo era químico, un hombre inteligente. Sabía lo que estaba en juego. Resolvió desobedecer la orden nazi, haciendo lo único que podía hacer. Debió elegir con cuidado la última ingesta de esa noche para morir en su lecho y a su modo, sin sometimientos de última hora.

Mi bisabuelo entonces, ¡había decidido no presentarse!

Su mujer en cambio daba cumplimiento a aquel mandato y a la mañana siguiente llegaba a la plaza. En qué condiciones logró reunir fuerzas, quedará para siempre en las tinieblas.

Una multitud llenaba el ágora. Como una nube de avispas, la consigna se propagó, apesadumbrando los corazones.

- Emprender la marcha hasta Treblinka. ¡Ahora mismo!
- ¡Andando! No hacen falta equipajes, allá recibirán lo necesario.
- No. No se requiere ningún medio de transporte. Estamos apenas a 8 kilómetros de distancia. Vamos. ¡Caminando!

Tampoco ella se ofreció a la ignominia. A su manera, en medio del camino, su corazón se partió y acabó así con el terror.

Mi padre hace una pausa. Durante algunos segundos, retiene aún su dolor.

El viejo químico había enviado una carta a Montevideo, a su hijo Joshua. Advertía la inminente invasión alemana. Mandaba pedir un Certificado de llamado para poder salir de aquel infierno. Que firmara aquella cuartilla, ... era todo lo que necesitaba!

Joshua su padre, Joshua mi abuelo -Joshua el tímido, el tierno- no respondió la carta.

Mi padre meneaba la cabeza y su mirada hurta la mía.

Un estilete perfora mi pecho y el vahido confunde por un instante, mis pensamientos. ¿Dónde había yo escuchado esa historia?

Sus palabras se precipitan.

- Vivíamos en Polonia aún. Mi viejo hacía ya 3 años que había llegado a Montevideo. En Kozuf, nuestro pueblo, el abuelo decidió comprarnos la casa y darnos el dinero. Fueron esos fondos los que permitieron que mi madre, mis hermanos y yo, pudiéramos llegar. El abuelo sabía.
- Sí. Él sabía... y yo he sospechado siempre que mi padre, -tristeza y furia rivalizan en su mirada- mi padre nunca nos hubiera mandado llamar.

No logro detener esta sal resbalando por mi rostro. No en aquella mañana. Hoy, cuando el mar la mezcla con la suya y su brazo fuerte hunde mi peor sonrisa. Hoy el cielo es una bóveda surcada de colores y en dirección al este, se ha vuelto azul pastel.

El estribillo del réquiem canturrea en mi cabeza mientras salgo chorreando y la brisa juega a secarme.

Había sido su propia existencia la que había vacilado.

Y la mía.

EPÍLOGO II – AÑO 2014

Ha pasado algún tiempo desde la última vez que nos despedimos, ¿verdad?

¿Años?, ¿ya?

Siempre resulta impactante pegar un salto en la historia y aterrizar en el futuro; quiero decir aterrizar hoy, en el presente.

La vida se me ha cambiado tanto... parece que toda su estructura se ha modificado más profundamente que en todos los años anteriores juntos. A veces siento que ésta no es mi vida y no sé qué pasó con la mía. ¿Alguien me la quitó? ¡Me la cambiaron! ¡Quien se ocupó de que yo no me sienta más aquella que fui? ... Y por qué se viene demorando tanto en lograr que me acostumbre a tener esta nueva personalidad... que me cae... no sé de dónde!

El cambio tiene aspectos dolorosos. Han muerto ya algunos de los personajes. David y yo nos hemos divorciado: sí, pensé que el contrato era de por vida, pero no fue así y creo que eso lo cambió todo. Este libro se lo había hecho para él, quería que su historia no lo condicionara tanto. Hoy me queda una inútil sensación de misión cumplida y el libro. Ojalá que a alguien pueda serle de utilidad.

El cambio trajo nuevas experiencias, nuevos vínculos, más integrantes pequeños a la familia. Más posibilidad y disponibilidad para escribir, para ampliar horizontes y hacerlos míos.

Pero también quedé en deuda con mis lectores; mi mail, para que puedan enviarme sus observaciones porque me gustaría saberlas. Pero fundamentalmente, les debo este nuevo **Epílogo II** que tenía pendiente hace tiempo y no sabía cómo encararlo.

Espero haber logrado suscitar el suspenso necesario para despertar un renovado interés. Claro, los nuevos lectores no sufrirán intrigas, lo leerán directamente. Pero piensen: han pasado 14 años. Tengan a bien hacerme un favor: dejen en suspenso el final anterior y esperen unos días antes de leer el Epílogo II. Los suficientes al menos para que redimensionen la distancia, la diferencia, el tiempo transcurrido, el cambio producido.

El cambio tocó además de mi vida, al libro. Mejor dicho el libro presentado tuvo para mí y para más gente, consecuencias inesperadas. Los familiares de Carlitos, por ejemplo, se enojaron conmigo y no me hablaron nunca más. Al pueblo donde Don Jacobo vivió no le pasó para nada desapercibida la historia relatada. Un día, unos años después, en la orilla del mar junto a mi casa, apareció un lobo muerto. Otro. Mi sorpresa fue que los operarios que llegaron de la Municipalidad a retirar el cuerpo que ya se había vuelto maloliente, me vieron en el balcón y me preguntaron:

- ¿Lo llevamos o va a escribir otra novela con esto?
- Vaya, pensé sorprendida, todo el mundo sabe todo de todo el mundo... ¡!

Pero no fue nada de eso lo que me hizo sentir en falta con mis lectores.

El cambio tocó la verdad. Porque todo es creado por el registro del lenguaje. El lenguaje hace al mundo. Verán cómo al cambiar las palabras, cambia el mundo.

Un tiempo después de editado el libro viajo a México, donde tengo familiares. Les llevo el libro, sin saber –nunca lo supe, lo cual me da la pauta que nadie lo leyó- cuál sería su reacción. Me intrigaba saber su posición acerca de lo que impregnó de dolor a mi padre. Él, por su parte, ya no estaba tampoco al alcance de mi interlocución.

Indolente llevé el libro para dejarlo de regalo en casa de Julia, la tía Julia que no viviría muchos años más pero me dejaría el lazo con su sobrina, mi prima segunda o algo así. Julia era hija de Rishke. Rishke,

la hermana de mi abuelo paterno a quien conocimos y amamos apenas verla llegar a Montevideo cuando aún era una elegante y cálida cincuentona.

Ni siquiera hablamos del libro. Intercambiamos historias familiares, relaté nuestra experiencia con Rishke en Montevideo, las anécdotas fluían junto a los recuerdos avivando los afectos. De pronto, la tía Julia, con mi libro terminado al costado de la mesa y sin haberlo tocado aún, dice como un recuerdo más:

- Mi madre nos contaba de su llegada a México antes de la 2ª guerra. Su hermano (mi abuelo, sí) estaba en Montevideo, otra hermana viajó a Brasil. La familia se había desparramado por el mundo aunque hubiese logrado embarcar a tiempo. Pero los viejos quedaron en Polonia. Mi madre –la tía Julia evoca la escena- ella penaba y se entristecía al recordar cuántas veces escribió a sus padres rogándoles que vinieran. Se cansó de ofrecerles los medios necesarios, se desesperó por advertirles del peligro que corrían. Las cosas siempre se ven mejor desde lejos, desde el exterior más que desde la misma Polonia. Ellos nunca quisieron abandonar su casa, su pueblo.

No dije nada. El revoltijo que se operó en mi exiguo cuerpo no fue registrado por los presentes. Me sentí tambalear en la silla, el mareo o las náuseas lo enredaron todo dentro de mi cabeza; habría perdido el equilibrio si hubiera estado de pie. Un golpe en el estómago retorció los órganos contiguos. Perdí contacto. Sumergida en otra época, buscaba a mi padre.

- ¡Papá, viejo!!! - fue mi peor agonía.

Luego la conversación hizo suficiente ruido... no tengo idea... hasta que volví a oír voces, volví a intervenir, volví a hablar.

Nadie podía percibir que esa última frase de la tía Julia lo había cambiado todo: la perspectiva, la historia, lo vivido... la verdad! Incluso el propio libro quedaba cuestionado: ¿habría valido la pena escribirlo?

Otra vez aparecía la inutilidad de la apuesta. El futuro en presente hace que el pasado cambie. Si cambia el pasado, el futuro es otro. Dicho de otra manera el presente da cuenta de ello.

Me había equivocado yo, mi padre, tal vez mi propio abuelo no lo sabría o no lo dijo. El razonamiento se muerde la cola. Mi abuelo no transmitió, mi padre malentendió y lo contó equivocado, yo hice una montaña del error... mis lectores fueron engañados.

Pequeño desastre que trato de enmendar en este Epílogo II

Pero ¿qué hago con mi padre?

No pude contarle. No pude decirle que murió con un dolor equivocado. Que su abuelo (mi desconocido bisabuelo) resolvió quedarse en Polonia y cumplir su destino.

De regreso a mi país, volví a casa del abuelo. Atravesé la puerta y observé que en aquel entorno, todo estaba en su lugar. Antes de sentarme a la gran mesa cubierta con el sempiterno mantel blanco, me acerqué al perchero de entrada, me miré en el espejo y volví a tomar uno de los sombreros que colgaban allí, para encasquetármelo con una sonrisa.

Raquel Zieleniec

rayosel@gmail.com

Í N D I C E

CAPÍTULO I.	AQUEL DOMINGO
CAPÍTULO II.	EL HOMBRE QUE PERDIÓ EL JUICIO
CAPÍTULO III.	NADA A LA VISTA
CAPITULO IV.	UN ISHIVE BUJER
CAPITULO V.	EN PRIMAVERA
CAPITULO VI.	MAASÉ UBOS IOSE BUNIM
CAPITULO VII.	ARENQUES, PEPINOS Y PAN NEGRO.
CAPITULO VIII.	MÁS ALLÁ DE LA VERSIÓN OFICIAL
CAPITULO IX.	DEMASIADO VIEJO
CAPITULO X.	CHAC CHAC CHAC
CAPÍTULO XI.	UN CÚMULO DE AUSENCIAS
CAPITULO XII.	PENTAGRAMA
DESPUÉS DEL FINAL.....	
EPÍLOGO II.	